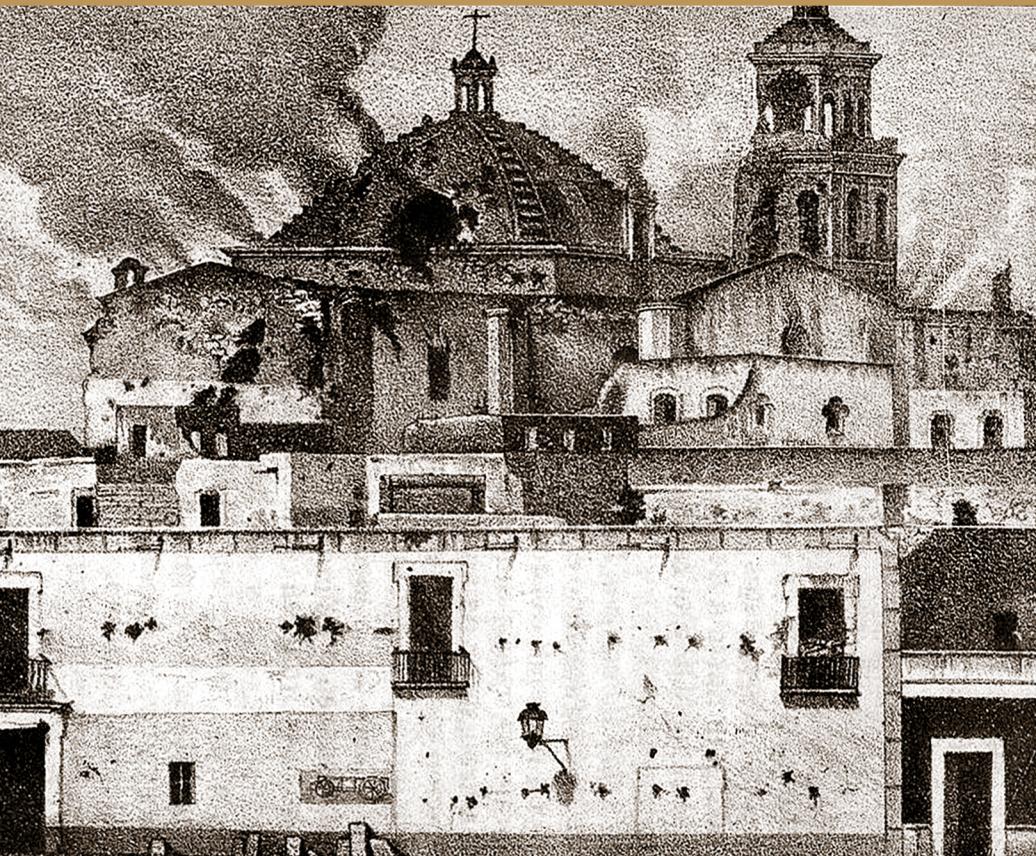


TESTIMONIOS E INTERPRETACIONES DEL SITIO DE PUEBLA 1863

PROTAGONISTAS, TESTIGOS Y CONTEMPORÁNEOS

Raúl González Lezama

Selección, introducción, estudio y notas



CLÁSICOS DE LA
REFORMA LIBERAL 

TESTIMONIOS E INTERPRETACIONES DEL SITIO DE PUEBLA 1863

PROTAGONISTAS, TESTIGOS Y CONTEMPORÁNEOS

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

Secretaria de Cultura



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Director General

TESTIMONIOS E INTERPRETACIONES DEL SITIO DE PUEBLA 1863

PROTAGONISTAS, TESTIGOS Y CONTEMPORÁNEOS

Raúl González Lezama

Selección, introducción, estudio y notas

MÉXICO 2020

Portada: “Incendio del templo de San Agustín”, Puebla. Córdoba,
Tirso Rafael, *El sitio de Puebla o Apuntes para la Historia de México*,
sacados de documentos oficiales y relaciones de testigos fidedignos,
Puebla, Imprenta a cargo de J. M. Vanegas, 1863, p. 63.

Selección de imágenes:

Rafael Hernández Ángeles.

Ediciones en formato electrónico:

Primera edición, INEHRM, 2020.

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM),
Francisco I. Madero núm. 1, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.
www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN: 978-607-549-192-9

HECHO EN MÉXICO

*Para los amores de mi vida:
Adriana, Pilar y María José.*

Índice

INTRODUCCIÓN	11
LOS PLANES DE DEFENSA	19
La estrategia de los ejércitos de Oriente y del Centro	
<i>Jesús González Ortega</i>	23
Sitio y defensa de Puebla en 1863 — González Ortega y el ejército de Oriente — Firmeza de Juárez	
<i>Juan de Dios Peza</i>	31
Los dos campos	
<i>J. E. Bustamante</i>	37
Cambios al Plan de Zaragoza	
<i>Jesús González Ortega</i>	47
Acta del 5 de febrero de 1863	
<i>Ignacio Comonfort y Jesús González Ortega</i>	51
Plan de campaña para el próximo período de la guerra de invasión que la Francia hace a la República	
<i>Ignacio Comonfort y Jesús González Ortega</i>	59

LAS FORTIFICACIONES.....	63
Construyendo las defensas de Puebla	
<i>Francisco de Paula Troncoso</i>	67
Fortificaciones.....	67
Obras intermedias.....	74
Línea interior.....	76
EPISODIOS MILITARES - SAN JAVIER	79
La acción de San Javier	
<i>Tirso Rafael Córdoba</i>	83
Toma de la Penitenciaría	
<i>Paul Laurent</i>	91
La acción de San Javier vista desde Guadalupe	
<i>Tranquilino Cortés</i>	99
¡Los mexicanos dispararon más que nunca!	
<i>Jules A. J. Bochet</i>	103
Memorias	
<i>Ch. Blanchot</i>	107
EPISODIOS MILITARES - SANTA INÉS	123
Manzana Sánchez Román - Santa Inés	
<i>Porfirio Díaz</i>	127
Los prisioneros y heridos de Santa Inés	
<i>Tranquilino Cortés</i>	133
La derrota francesa	
<i>Tirso Rafael Córdoba</i>	135



Las posiciones mexicanas durante la acción de Santa Inés	
<i>Francisco de Paula Troncoso</i>	141
LA RENDICIÓN	153
González Ortega pretende que Forey le permita abandonar Puebla con su ejército y armas	
<i>Tirso Rafael Córdoba</i>	157
Los defensores de Puebla destruyen sus armas	
<i>Francisco de Paula Troncoso</i>	171
Visitando el campamento de Forey	
<i>Salado Álvarez</i>	177
PRISIONEROS DE LOS FRANCESES	189
Primera evasión de Puebla del 19 al 23 de mayo de 1863	
<i>Porfirio Díaz</i>	195
Camino al exilio	
<i>Francisco de P. Troncoso</i>	197
Los prisioneros mexicanos en Francia. Diario de un desterrado	
<i>Juan de Dios Peza</i>	221
BIBLIOGRAFÍA	235



Introducción

Raúl González Lezama



INTRODUCCIÓN

Después de la derrota sufrida frente a Puebla el 5 de mayo de 1862, las fuerzas expedicionarias del general Charles Latrille, conde de Lorencez, se replegaron a Orizaba desde donde esperaron refuerzos.

Un nuevo comandante en jefe fue nombrado por el emperador Napoleón III, el general Elías Forey, quien con un contingente mucho mayor que el de su antecesor se dispuso a lavar la afrenta conquistando la ciudad de Puebla. Después de un sitio que se prolongó por 62 días, del 16 de marzo al 17 de mayo, el ejército intervencionista apoyado por fuerzas conservadoras tomó la ciudad de Puebla guarecida por el Ejército de Oriente bajo las órdenes de Jesús González Ortega y auxiliada por el Ejército del Centro comandado por el general Ignacio Comonfort.

Pese a que el saldo final resultó en la pérdida de Puebla—considerada en esa época la segunda ciudad en importancia de la República— y el desmembramiento del ejército republicano, el sitio de 1863 no carece de mérito y gloria para los sitiados ni de orgullo para el resto de los mexicanos de ayer y de hoy.

Con la intención de que sean los participantes directos de este episodio bélico quienes narren su experiencia, hemos dejado de lado la abundante obra historiográfica y elegido para esta breve antología, textos producidos por los

propios protagonistas y en su mayoría escritos al momento en que las acciones se desarrollaban.

Entre las obras mexicanas, que con exclusividad se ocuparon de narrar el episodio, se han seleccionado textos de diversa índole; uno de ellos es un documento oficial, tres pertenecen al género de las memorias y otro es un editorial publicado en un diario de la época días antes de que iniciara el sitio. Se trata del *Parte General que dio al Supremo Gobierno de la Nación, respecto de la defensa de la plaza de Puebla* de Jesús González Ortega, las *Memorias de Porfirio Díaz*, el *Diario de las operaciones militares del sitio de Puebla en 1863*, de Francisco de P. Troncoso, *El sitio de Puebla* de Tirso Rafael Córdoba y el *Diario de Operaciones del Sitio de Puebla* de Tranquilino Cortés.

El parte de Ortega firmado en Zacatecas el 16 de septiembre de 1863, quiere cumplir con dos misiones, la primera cubrir el trámite administrativo que como militar estaba obligado a presentar y la segunda, la de su reivindicación ante las críticas que comenzaron a levantarse por diversos motivos, contra su actuación antes y a lo largo del sitio.

Francisco de P. Troncoso es un testigo privilegiado, pues a su perspectiva como militar se suma su labor como ingeniero militar miembro del cuerpo responsable de la edificación de las fortificaciones que guarecieron Puebla y de las que nos proporciona abundantes detalles. Pero su diario no se conforma con las descripciones de las obras materiales. Gracias a Troncoso conocemos muchos aspectos biográficos e incluso íntimos de muchos de sus compañeros, a los que conoció desde sus años de formación en el Colegio Militar.

Tranquilino Cortés, originario de Galeana, Nuevo León, militó durante la Guerra de Reforma bajo las órdenes de Mariano Escobedo y Silvestre Aramberri, donde alcanzó el grado de comandante –equivalente a mayor–. Al ocurrir la Intervención Francesa se incorporó al Ejército de Oriente dentro del Estado Mayor de Zaragoza como ayudante y



participó en las batallas de Cumbres de Acultzingo y el 5 de mayo. En el sitio de 1863 prestó sus servicios defendiendo los fuertes de Loreto y Guadalupe. Prisionero de los franceses fue deportado a Francia y confinado a la ciudad de Tours. Su diario escrito durante el sitio no es tan abundante en detalles como el de Troncoso. Por la posición que le tocó defender, Tranquilino no es partícipe de los hechos más destacados –San Javier, Santa Inés o el Carmen–; sin embargo gracias a él, podemos conocer lo que ocurría en otros puntos de la ciudad mientras se desarrollaban esas acciones.

Tirso Rafael Córdoba hace un buen equilibrio con los autores anteriores, pues a diferencia de Ortega, Díaz, Cortés y Troncoso, Córdoba es un conservador quien deseaba ardientemente el triunfo de las armas francesas y se preguntaba “¿cuándo llegará a Puebla el ejército que debe romper nuestras cadenas? ¿cuándo lucirá el día de nuestra paz, del reinado de la justicia y del orden?”¹ “las gentes honradas suspiraban en secreto por el día de la verdadera libertad”.² Su postura, rabiosamente antiliberal y antijuarista nos muestra el otro lado de la moneda que es necesario conocer para comprender con mayor precisión este pasaje de nuestra historia.

Los franceses, por su parte, describen en sus diarios esa pequeña porción de la realidad de la que son testigos como soldados. Pese a pelear bajo una misma bandera, son hombres con orígenes y formaciones muy distintas: Paul Laurent del 3º de Cazadores de África que viajó desde Constantina, Argelia, para formar parte de la expedición a México que vengaría la derrota de Lorencez. El capitán Jules A. J. Bochet, educado en la Escuela Militar de Saint-Cyr, tuvo su bautizo

¹ Tirso Rafael Córdoba, *El sitio de Puebla o Apuntes para la Historia de México, sacados de documentos oficiales y relaciones de testigos fidedignos*, p. 11.

² *Ibid.*, p. 15.



de fuego en la guerra de Crimea y participó en la aventura mexicana desde el primer desembarco hasta que fue repatriado el último contingente francés en 1867; su carrera tuvo fin en la batalla de Saint Privat de la guerra franco-prusiana en 1870. A diferencia de sus compañeros, no tenía la intención de publicar su diario, fue Georges Bertin quien se dio a la tarea de recopilar las cartas que desde México dirigió Bochet a su familia para publicarlas en 1894. El teniente Joseph Spitz del 2º Regimiento de Zuavos se aparta un tanto de sus compañeros, pues no es su intención hacer un recuento personal de sus experiencias, su deseo va más lejos e intenta escribir la historia del total de su regimiento desde su fundación, por lo que su obra, a diferencia de las de sus compañeros, está llena de referencias bibliográficas y documentos de archivo.

El Sitio de Puebla, tanto por su duración como por la naturaleza de la guerra, crisol de acciones heroicas, sacrificio, drama y acción, tiene miles de anécdotas de toda clase y por lo mismo es una fuente rica para la literatura. Dos notables escritores mexicanos del siglo XIX supieron explotarlo. Juan de Dios Peza, liberal de corazón pero hijo de un destacado conservador que prestó sus servicios al imperio, escribe lo que vivió u oyó siendo un muchacho. Victoriano Salado Álvarez, a quien le tocó nacer pocos meses después de restaurada la República, a pesar de no haber sido testigo presencial de lo narrado en sus *Episodios Nacionales Mexicanos*, recupera con gran acierto el ambiente de la época, contando además con el mérito de no alterar la realidad histórica salvo cuando se permite hacer interactuar a sus personajes ficticios con los reales, licencia que obra en beneficio de los documentos que emplea como fuente, pues con ello logra darle cuerpo y voz a los fríos partes militares y a las lacónicas frases de los diarios.



En su conjunto, los textos seleccionados representan tan sólo una pequeña muestra del caudal de material con que se cuenta para el estudio del momento, pues para nuestra fortuna, en los archivos mexicanos y franceses existen todavía numerosos documentos con valiosa información en espera del momento de ser analizada.



Los planes de defensa





Bandera del Ejército de Oriente. General en Jefe
Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec, INAH.
Secretaría de Guerra

Para hacer frente al enemigo, el 31 de octubre de 1862 el gobierno de la República ordenó la creación de dos nuevos cuerpos que se sumarían al Ejército de Oriente. El Ejército del Centro y el Ejército de Reserva. El primero de ellos se conformaría con soldados provenientes de Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas. El segundo, reclutando fuerzas en los estados de Querétaro, Guanajuato, Aguascalientes, Jalisco, Colima, Durango, Chihuahua, Sonora y Sinaloa.

En varios puntos de la República se inició una campaña de reclutamiento, exigiendo que todos los varones de 16 a 60 años de edad prestaran servicio. El resto de la población encontró un espacio de participación en mayor o menor medida.

Se crearon juntas patrióticas que se dieron a la tarea de recaudar fondos para equipar a los reclutas, pero no sólo atendieron a la dotación de los cuerpos armados, consideraron también el dotar a los hospitales de sangre. Así por ejemplo, Margarita Maza, a principios de enero, había entregado a los tesoreros de los hospitales de Puebla y al ministro de la Guerra, la cantidad de 3908 pesos, además de ropa y materiales de curación,¹ en Guanajuato se efectuaron corridas de toros, funciones de teatro con actores aficionados y hasta una ascensión en globo efectuada por la señorita Luciana González.² En otros puntos del país se realizaron actividades similares y los fondos recaudados en cada una

¹ *El Monitor Republicano*, 21 de febrero de 1863, p. 3.

² “El grito de guerra”, citado por *El Monitor Republicano*, 8 de febrero de 1863, p. 4.

de las entidades federativas contribuyeron al equipamiento de los hombres que los representarían en el teatro de guerra.

Sabedores de que un encuentro decisivo se desarrollaría en Puebla, en diciembre de 1862 José María González de Mendoza presentó a Juárez el plan de defensa de esa ciudad, que elaboró por instrucciones de González Ortega.³ Poco más tarde, el 5 de febrero se verificó en Puebla una reunión de los jefes del Ejército de Oriente y del Ejército del Centro, acompañados por el cuartel maestro González de Mendoza, para definir el plan de acción contra los invasores. Como resultado de la discusión se elaboró el *Plan de Campaña para el próximo período de la guerra de invasión que la Francia hace a la República*.

El punto más destacable del Plan de Campaña y que fue blanco de importantes críticas entonces y después, fue la decisión del Gobierno de dividir el mando en lugar de depositarlo en un solo individuo. Esto es: cada uno de los cuerpos ejército de Oriente y Centro obrarían de forma independiente el uno del otro y para actuar, los respectivos generales en jefe acordarían y aprobarían conjuntamente las operaciones.



³ González de Mendoza a Benito Juárez, Puebla 18 de diciembre de 1863, en Jorge L. Tamayo, *Benito Juárez. Documentos, discursos y correspondencia*, T. 7, cap. LXVI.

La estrategia de los ejércitos de Oriente y del Centro¹

Jesús González Ortega

El día 3 de Febrero del presente año, llegó a la Ciudad de Puebla de Zaragoza, el señor General D. Ignacio Comonfort,² en jefe del Cuerpo de ejército del Centro, comisionado por el Gobierno Supremo, para acordar con el que suscribe, como General en jefe del Cuerpo de ejército de Oriente, el plan de campaña que debía adoptarse en la guerra que la nación sostiene contra la Francia, y muy especialmente en la defensa de las Ciudades de Zaragoza y México.

Para cumplir, respecto de este punto, con las órdenes del mismo Supremo Gobierno, tuve dos o tres conferencias reservadas con el señor general Comonfort, sirviéndonos en ellas de Secretario el señor General D. José María González de Mendoza,³ Cuartel Maestro del Cuerpo de Ejército de Oriente.

¹ “Parte General que dio al Supremo Gobierno de la Nación respecto de la defensa de la plaza de Zaragoza el ciudadano general Jesús González Ortega”, en Luis Chávez Orozco, *Jesús González Ortega defensor de la Patria*, México, Colegio Coahuilense de Investigaciones Históricas, 1981, pp. 4-8.

² Ignacio Comonfort (1812-1863). Presidente Sustituto y Constitucional. Al iniciarse la intervención extranjera ofreció sus servicios a la República siendo nombrado general en jefe del Ejército del Centro en octubre de 1862.

³ José María González de Mendoza (1809-1875). Originario de la ciudad de Puebla, fue hecho prisionero de los franceses en 1863 y deportado a Francia.



Anónimo, *General Jesús González Ortega*, óleo sobre tela, siglo XIX
Museo Regional de Puebla, INAH

En todos los puntos que creímos a propósito poner a discusión, nos convenimos con la mayor facilidad, en atención a que nos servía de norte la buena fe y el sentimiento noble y patriótico de salvar a toda costa, el buen nombre de México y el honor de sus armas, excepto en un solo punto, y que yo juzgué el más esencial y como la sólida base de todas nuestras operaciones militares, y era nada menos que establecer,



para tales y cuales casos, la unidad de mando en ambos Cuerpos de Ejército.

Los principales argumentos que aduje en apoyo de la precedente proposición, eran: que obrando independientemente uno de otro Cuerpo de Ejército, y siguiendo el sistema de combinaciones, íbamos a debilitar nuestro poder y quizá a nulificar del todo nuestra acción; porque la guerra, como es bien sabido, tenía emergencias e incidentes imprevistos, que era necesario atender en el acto, de una manera decisiva y sin vacilar, para salvar un ejército, y porque una vez comenzadas las operaciones militares, los acontecimientos de la guerra hacían las más veces impracticables e inútiles las combinaciones, y que cuando llegaba el caso de que algunas de ellas fueran acordadas, antes de ponerse en práctica, ya los mismos acontecimientos habían hecho caducar las causas que las habían motivado. Que estos pensamientos no eran originales ni míos, sino bien comunes y ordinarios, por haber dejado ya los hechos canonizados, más de una vez, las verdades que aquellos entrañaban. Además, que si la responsabilidad del éxito de la campaña en general quedaba dividida entre dos jefes, éstos, como era natural, por más patriotas que fueran y superiores a sus propias pasiones, procurarían cada uno de ellos salvar, por su parte, la que pesaba sobre él, por más que en lo exterior se tratara de dar a los hechos un colorido distinto del que real y positivamente tuvieran; y que de esta manera: comprometeríamos indudablemente los intereses más caros de toda una Nación.

Por estas razones manifesté al mismo señor General Comonfort, con la franqueza y sinceridad que usa un hombre cuando ve comprometidos el nombre y derechos del suelo en que naciera, que las naciones en sus días solemnes y de prueba, no se salvan sino con actos inusitados y sacrificios heroicos de sus hijos, que yo tenía orgullo de ser uno de los muchos mexicanos que amaban sin límite a su país natal, y



que creía tener la abnegación necesaria para hacer por mi patria toda clase de sacrificios, si con ellos le resultaba un bien a aquella, porque era sacrificio separarse del mando de un ejército en vísperas de una batalla, en la que se iba a combatir y a defender lo que tienen de más caro los pueblos; y que aunque reconocía y admiraba esas mismas cualidades en el señor General Comonfort, las circunstancias que lo rodeaban no eran las mismas en que me encontraba yo, y que aunque me fuera penoso, como me es hoy referirlo, tenía que hacer con toda franqueza algunas comparaciones personales.

Que él había desempeñado los más altos y honoríficos empleos de la República, y ensanchado con esto el vasto círculo de su influencia y relaciones, antecedentes que yo no poseía; que el mismo señor había adquirido conocimientos militares, haciéndolos más sólidos con dilatados servicios prestados a la patria, en la carrera de las armas, cuando yo era, como todo el mundo lo sabía, un soldado de circunstancias, cuya espada me habían ceñido los últimos sucesos políticos de mi patria: que por todas estas razones le cedía con gusto y de una manera honrosa el mando.

Noté que mi raciocinio ofendía la modestia del señor General Comonfort, y por esto le propuse la adopción de este otro medio que lo conciliaba todo y salvaba la dificultad.

Si el Ejército francés hacía un movimiento con el objeto de atacar a la Capital de la República, esquivando batir a la Ciudad de Zaragoza, lo que no era de esperarse, pero debía preverse porque tal paso se hallaba en la esfera de las probabilidades, en este caso el Cuerpo de Ejército de Oriente quedaba a las órdenes del señor General Comonfort; y en consecuencia, sobre dicho señor pesaría la responsabilidad de la defensa de la Plaza de Zaragoza, pudiendo hacer a su arbitrio que quedara poca o mucha fuerza dentro del recinto fortificado. Mas si el ataque se dirigía sobre la referida Pla-



za de Zaragoza, entonces el Cuerpo de Ejército del Centro quedaba a las órdenes del General en jefe del de Oriente, pudiendo el primero obrar independientemente siempre que no recibiera del Jefe de la Plaza una orden terminante, en cuyo caso toda la responsabilidad de la defensa de ambas Ciudades pesaría sobre el General en Jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente.

Todo esto quedaba reducido a la siguiente proposición:

Si el Ejército Francés atacaba la Plaza de México, el General en Jefe de los Cuerpos de Ejército de Oriente y Centro sería el C. Ignacio Comonfort, y si el ataque lo sufría la Plaza de Zaragoza, el General en Jefe de ambos Cuerpos de Ejército sería el que subscribe.

De este modo se utilizaban los conocimientos que ambos generales tenían del personal de sus respectivas fuerzas, y se satisfacía además, aunque en parte, la primera y más imperiosa necesidad de la guerra, que es la unidad en el mando.

El señor General Comonfort convino en la fuerza y verdad de mis argumentos, y en consecuencia en la necesidad que había de establecer la unidad en el mando: pero me manifestó al mismo tiempo de un modo concluyente, que tratándose de intereses de la Patria y no siendo nosotros imparciales en este grave negocio, por afectar el mismo a la persona de ambos, dejáramos pendiente el punto en cuestión, para que lo resolviera el Supremo Gobierno en uso de sus facultades, a fin de no presentarle, con lo acordado por nosotros, una dificultad tanto más grave para el mismo Supremo Gobierno, cuanto que hasta cierto punto tenía un carácter personal.

El raciocinio del ya citado señor General hizo fuerza en mi ánimo, y quedó acordado que ambos pasaríamos a México a dar un informe circunstanciado y verbal al mismo Supremo Gobierno, o por mejor decir, a hacer ante él mismo una



amplificación de las razones que habíamos tenido presentes al acordar los puntos principales en que se fundaba nuestro plan de campaña o defensa; quedando acordado también que el punto en cuestión no sería resuelto por nosotros.

Lo más esencial de lo contenido en ese plan, era: poner como base de operaciones militares de ambos Cuerpos de Ejército a las Ciudades de Zaragoza y México, que uno de los referidos Cuerpos de Ejército sería el auxiliar del otro, y que verificara la ocupación de San Martín de Texmelucan el del Centro, como punto estratégico: contenía además el plan mencionado, otros muchos puntos referentes a las fuerzas y Estados del interior, y cuyos puntos creímos conveniente y esencial dejar comprendidos en nuestro plan, si bien no tenía ni podía tener otro carácter que simples indicaciones, hechas al Supremo Gobierno de una manera respetuosa, por si él mismo tuviera a bien adoptarlas.

El señor General Mendoza, con su feliz memoria y claro talento, recogió e hizo constar en una acta todos los puntos discutidos y acordados en nuestras conferencias. Después de haber sido aprobados y firmados tres ejemplares de este documento, se remitió uno de ellos, con el carácter de muy reservado y por extraordinario, al Supremo Gobierno, quien aprobó su contenido un poco más tarde, como consta de la nota oficial que, con el carácter de reservada también, recibió el señor General Comonfort y el que suscribe, suscrita por el señor Ministro de la Guerra. Los otros dos ejemplares quedaron, uno en poder del citado señor General Comonfort y el otro en mi archivo reservado.

El día 8 del mismo mes, esto es, cinco días después del en que llegó el citado señor General a Zaragoza, emprendimos nuestra marcha para la capital de la República.

En una conferencia que tuvimos con el señor Presidente y sus Ministros, desempeñamos la comisión que nosotros mismos nos hubiéramos dado. Allí volví a insistir en que



se estableciera la unidad de mando, porque, como he dicho, creí que de esto pendía el buen éxito de todas nuestras operaciones militares. El señor Presidente ofreció resolver oportunamente este gravísimo punto, reservándose sin duda meditarlo y acordar lo conveniente en Junta de Ministros.

Al día siguiente en la noche, 10 de Febrero, el señor Ministro de la Guerra, el demócrata y recomendable General C. Miguel Blanco,⁴ tuvo la bondad de pasar a la posada en que nos hallábamos, siendo el mismo señor el portador de una nota oficial procedente del Ministerio de la Guerra, en cuya nota quedaba resuelto definitivamente el punto objeto de la cuestión: pero no en el sentido que yo lo había iniciado, sino en otro diametralmente opuesto; porque se prevenía en aquella, que los Cuerpos de Ejército de Oriente y Centro obraran independientemente uno del otro, no quedando por esto entre ellos otra liga que las combinaciones acordadas y aprobadas mutua y previamente por los respectivos Generales en Jefe de ambos Cuerpos de Ejército.

Con la mayor pena leí la comunicación de que me ocupo, pero no hice ni quise hacer ya la menor observación respecto de su contenido, porque ya mi conciencia estaba enteramente tranquila, cuando había hecho cuanto me aconsejaba la lealtad con que serví a mi Patria y a mi Gobierno, y cuanto me impusiera el deber en la posición que ocupaba como soldado, y cuando había, hecho también cuanto pudiera hacerse en la órbita de mis facultades, a fin de que la República Mexicana pudiera jugar, en contra de sus injustos invasores, de una manera simultánea, sin dificultad alguna y en la hora y punto que se creyera más conveniente, todos sus elementos físicos.

⁴ Miguel Blanco (1816-1900). Originario de Monclova, Coahuila. Combatió contra la invasión norteamericana y durante la Guerra de Reforma luchó en favor de la causa constitucionista. Durante el Imperio permaneció retirado a la vida privada.



Creí, pues, que sólo me restaba, para cumplir mis deberes como soldado, prestar una ciega obediencia a las órdenes del Supremo Gobierno, y más cuando tenía la convicción, de que esas órdenes eran la expresión de la buena fe más pura y del más acendrado patriotismo. Así lo hice, y me volví en unión del señor General Comonfort, para Zaragoza, el día 11 del mismo mes. El citado señor General se quedó en Texmelucan, en cuya población se encontraba la mayor parte de sus fuerzas.



Sitio y defensa de Puebla en 1863 — González Ortega y el ejército de Oriente — Firmeza de Juárez¹

Juan de Dios Peza

De lo que fue el sitio de Puebla en toda su grandeza épica, hasta ahora podemos con imparcialidad darnos cuenta; pues han transcurrido cerca de cuarenta años, y ha amenguado un poco el hervor de las pasiones de partido.

Los contemporáneos prodigan encomios o denuestos; levantan o abaten a los personajes que culminan; los dignifican con un *hosanna* o los befan con un grito de muerte; pero la fría posteridad les hace justicia.

La defensa de la plaza de Puebla, digámoslo mejor, de la ciudad de Zaragoza, estuvo encomendada al general Ortega, jefe del Cuerpo del Ejército de Oriente.

Al través de la bruma de los recuerdos de la infancia, la figura de ese guerrero se destaca y surge, tal como pasó algún día delante de mis ojos: arrogante, marcial, simpática para el pueblo que se entusiasmaba contemplándola.

La cabellera negra, abundante y rizada; la frente amplia; la nariz aguileña; la mirada franca, penetrante, expresiva; el bigote cuidadosamente atusado; el conjunto de la fisonomía revelando un carácter enérgico; de maneras atrayentes, de pa-

¹ Juan de Dios Peza, *Epopéyas de mi patria: Benito Juárez*, México, J. Ballecá y Cía., 1904, pp. 67-86.

labra fácil; insinuante y dócil en el trato; devoto galán de las damas y amable camarada de la plebe, aquel hombre fue, en el período álgido de las guerras de la Reforma y de la Intervención, la esperanza de un partido, el terror del Ejército antiguo, la gloria de las tropas liberales y el ídolo de las turbas.



JUAN DE DIOS PEZA

29 de JUNIO de 1852
16 de MARZO de 1910

E. CORTÉS
1954

Erasto Cortés, Juan de Dios Peza, grabado, ca. 1950
Archivo Gráfico de *El Nacional*, Fondo Gráfico, INEHRM



Halagaba á los humildes, porque él era tan humilde como el que más lo fuese; amaba a sus soldados, porque los afilió en su tierra nativa y creía llevar con ellos todo lo que en esa tierra zacatecana constituía su culto más tierno y más íntimo; respetaba sumiso á los militares de su partido que registraban buenos antecedentes, porque él se había improvisado guerrero en unas cuantas horas.

En el parte general que rindió al Supremo Gobierno de la Nación respecto de la defensa de la plaza de Zaragoza, dice con una modestia admirable, hablando del general Comonfort:

Que él (Comonfort) había desempeñado los más altos y honoríficos empleos de la República, y ensanchado con esto el vasto círculo de su influencia y relaciones, antecedentes que yo, no poseía; que el mismo señor había adquirido conocimientos militares, haciéndolos más sólidos con dilatados servicios a la patria, en la carrera de las armas, cuando yo era, como todo el mundo sabía, «un soldado de circunstancias, cuya espada me habían ceñido los últimos sucesos políticos de mi patria»; por todas estas razones le cedía con gusto y de una manera honrosa el mando.

Pero aquel soldado de circunstancias, había desde su primer combate alcanzado tan ruidosas y trascendentales victorias, que su nombre corrió de boca en boca, del uno al otro extremo de la República; el pueblo lo miró como un ser elegido y misterioso, y en la Navidad de 1860, cuando entró en la capital, con la clásica corbata roja al cuello y ostentando en la mano la espada con que hiriera de muerte al partido conservador, ese mismo pueblo no se conformó con vitorearlo y con regar laureles y flores á los pies de su corcel de combate, sino que se apoderó de las torres de Catedral, y repicó tres días y tres noches, al grado de que fue preciso hacerlo retirar



por medio de la tropa, porque ya se volvían locos los habitantes con aquel no interrumpido resonar de las campanas.

Él, entonces, veneraba a Juárez y se estremecía de júbilo al depositar en sus manos el fruto moral de cada una de sus victorias.

Juárez recompensaba en justicia cada nueva hazaña del audaz batallador, que no tenía escuela militar ni hoja de servicios, ni antecedentes de ningún género en la Secretaría de Guerra; y en la hora solemne de la defensa del territorio, cuando la Francia napoleónica, cargada de prestigio, de armas y de dinero, se arrojó impiamente sobre nuestra Nación, le confió el mando del Cuerpo de Ejército que sostendría la lucha titánica con esa Francia, y puso en sus manos, ya ungi- das por el éxito, la inmaculada bandera de la patria.

Sesenta y dos días duró el asedio de la plaza de Zaragoza, y en ellos se registran hechos de heroicidad sin ejemplo, hasta concluir con una rendición que la misma Francia admiró y citó como única en el proceso de Bazaine, lo cual confirma la gloria de González Ortega, porque el extranjero es frío como la posteridad, y sus juicios, exentos de pasiones, conducen a un hombre a la región de los inmortales, es decir, a ese cielo palpable, tangible y real que sobre la Historia tiene cada pueblo, para mostrárselo a las generaciones que se suceden sin tregua, como una inmortal enseñanza.

Se nos creía en la barbarie, desprovistos de valor, de amor a la patria, de dignidad y de inteligencia para gober- narnos. Se aseguraba que nuestros soldados correrían, al ver acercarse en vistosa línea desplegada a los batallones france- ses, herederos de aquellos soldados cuyas frentes quemó el sol de Austerlitz, enfriaron las nieves de los Alpes y caldearon las arenas del desierto, al pie de las Pirámides.²

² Peza se refiere a algunas de las batallas y campañas más destacadas de Napoleón Bonaparte.



Se esperaba que en caso de que nuestras tropas resistieran el empuje, harían una guerra cruel, sin derechos que respetar, ni leyes que cumplir, ni fueros que salvar, ni noblezas a que atender; hordas de caníbales, que serían arrolladas y deshechas, con el aplauso de las naciones civilizadas, por los primeros soldados del mundo.

¡Y el sitio de Puebla prueba lo contrario!

Después de que la Francia, por el órgano *Le Moniteur*, declaró que no podía aceptar la convención de la Soledad, por ser “contraria á la dignidad nacional”; después de los sucesos de las Cumbres de Acultzingo, el brillante ejército, triunfador en Magenta y en Solferino, estaba frente a Puebla, porque su Gobierno despreció la firma de Jurien de la Gravière para realizar la esperanza de Napoleón III, que dijo que la expedición á México sería la obra mejor de su reinado:

Y aun pensaba más hondo en ese asunto, pues en el poético Fontainebleau, donde el gran Bonaparte se había despedido de sus soldados,³ el vástago “pequeño”, como le llama Víctor Hugo, elevado al trono sobre los crímenes del 2 de Diciembre, escribía en 3 de Julio de 1862: “Si, por el contrario, México conserva su independendencia y sostiene la integridad de su territorio, si un gobierno estable se perpetúa allí con la ayuda de la Francia, habremos devuelto a la raza latina su fuerza y su prestigio al otro lado del Océano. — *Napoleón*”.

Y enfrente de todos esos planes, de todos esos ensueños, Juárez encarnaba a la nación, un ejército la defendía, y ese ejército estaba confiado á González Ortega.

Él hubiera querido la unidad de mando, respetando al general Comonfort, un corazón de oro, lleno de raudales de ternura y de bondad; pero el Gobierno dispuso, en 10 de Fe-

³ En el bosque de Fontainebleau se firmaron en 1814 los tratados de ese nombre mediante los cuales el emperador Napoleón I abdicaba y se retiraba a la isla de Elba.



brero de 1863, que González Ortega mandara el Ejército de Oriente, dentro de Puebla, y el general Comonfort el Ejército del Centro, obrando independientemente el uno del otro.



Los dos campos¹

J. E. Bustamante

En el debate de las grandes cuestiones hay que atender a toda clase de argumentos, aun a aquellos que por su carácter deben llamarse argumentos prácticos. En la política, en esa ciencia de las circunstancias, esos argumentos tienen una influencia capital porque forman si no el centro, sí el perímetro, por decirlo así, de las disposiciones de un gobierno. Ellos las limitan o las hacen avanzar: por ellos se dictan esas determinaciones en espiral que se desarrollan a buen tiempo o determinaciones, al contrario, que se enroscan de mil maneras y cambian de forma a cada minuto. De parte de los gobiernos, es indispensable, por eso, la mirada penetrante que puede bajar hasta el fondo del alma de una nación; que busca en ese tejido de circunstancias diversas de cada una, un poro por donde resbalarse a su interior a producir un mal inmenso como un átomo de aire que logra introducirse en el sistema venoso de un individuo. Esos argumentos prácticos que forman como las labores caprichosas y en hueco de un molde deben ir a producir en cada acontecimiento político, una forma que únicamente depende de ellos. La guerra, por ejemplo, en todas partes es la guerra; y hay países que la sufren con sólo incendiar una sementera

¹ J. E. Bustamante, *El Monitor Republicano*, Editorial, 29 de enero de 1863, pp. 1-2.

de algodón y otros con poner sobre sus capitales el peso de doscientos mil soldados.



Según fotografía directa.

Benito Juárez, litografía, 1900
Fotomecánico. Acervo INEHRM



Vemos, pues, cuanta influencia tienen en todos los sucesos, los argumentos de esa especie. Pero de ellos se ha desatendido antes que de otros en la cuestión de México, el emperador de los franceses. Ha desoído la voz de la justicia que condena la guerra: ¿querrá también desoír la voz de la victoria? Si la justicia no baja hasta el trono de Francia, ¿se perderán antes de llegar allí, los ecos de nuestras dianas, los rumores de nuestros aplausos? Ese ruido del Océano que ha ahogado sin duda la voz de nuestro derecho, las protestas de nuestra defensa ha tenido que callarse para dar paso a los rumores de nuestro triunfo, a los vivas de nuestro corazón. Más solemne que el eco de las olas, más terrible que el grito del rayo, nuestro triunfo ha sonado por todas partes, y ha excitado el sentimiento más noble en todos los corazones libres.

Pero sin referirnos a ese triunfo, y acallando, si es posible acallar, un sentimiento de esa especie, examinemos lo que pasa actualmente entre las fuerzas de México y Francia, enfrente unas de otras, desde mayo del año pasado. Escribimos con la mano derecha mientras llevamos la izquierda sobre el corazón para tratar de contener un movimiento violento que se efectúa al recordar aquella fecha.— Los soldados enemigos, fieles a su consigna, permanecen en sus puestos: el nuevo general francés conduce refuerzos numerosos: dispone lo conveniente para auxiliar a sus soldados de cuantos modos puede: consigue trenes y transportes de que carecía; y a pesar de eso el ejército francés queda como petrificado en sus posiciones, se mueve con trabajo como una mole sin vida, y va dejando por todas partes soldados dispersos de los que triunfaron tal vez en África y en Crimea, y que no tienen aliento para batirse en México. Esos soldados que al derredor de sus fogones de vivac hallaban, tal vez la víspera de la batalla de Magenta, de su triunfo de día siguiente, en Orizaba y en el Palmar, apenas salen de sus cuarteles para hablar en voz baja de esa guerra injusta que vienen hacien-



do, de esos riesgos infinitos a que se les trae. Ese fuego interno que mantiene en pie los ejércitos de todas las naciones, languidece en el ejército de Francia; y los soldados franceses, como si fueran soldados de nieve, se batirán en México con valor pero sin entusiasmo. Caerán sobre Puebla como lluvia de piedras; pero nuestros soldados están allí para resistirlos; y los cadáveres de los que sucumban no servirán, como en Malakoff,² de escala para los asaltantes sino de parapeto para los defensores. Los soldados franceses harán fuego sobre nuestros soldados, asaltarán nuestros reductos, se batirán con nuestros guerrilleros; pero no con esa fe, no con esa decisión, no con ese entusiasmo, que hace de las miradas del soldado, una arma más terrible que la que maneja y de las columnas de un ejército, olas que no pueden dominarse sino sólo temerse. Ese ejército francés, sorprendente por su ligereza, notable por su actividad, admirable por sus golpes de mano, no acierta a moverse, como si caminara en un terreno que va a abrirse; emprende movimientos y los deshace; ocupa y desocupa plazas; se fortifica, avanza, retrocede: no obra sino a medias y pesadamente, como si los soldados estuvieran atados por los pies en los puntos que ocupan actualmente. Se bate siempre a la defensiva, cambia sus tiros con nuestros guerrilleros pero sin emprender un combate formal, como si le pesaran sus fusiles, como si no acertara a esgrimir sus armas. Es que sólo el sentimiento puede determinar un movimiento activo como el de la guerra, como sólo el fuego interno puede determinar un terremoto: es que existe, como creían los egipcios, un nervio que une el corazón y la mano. Esos soldados que han enterrado sus pies en la arena caliente del África y que han sentido en ellos el frío de la Rusia,

² La batalla de Malakoff (recordada por la alta mortalidad de los combatientes de ambos bandos) se desarrolló durante el asedio de Sebastopol en la guerra de Crimea.



esos de los que podría decirse que andan lo mismo sobre el fuego que sobre la nieve, no se atreven a pisar las flores de nuestros campos. Se dirá propiamente que el agua de México es un bebedizo fatal que ha matado en ellos la antigua actividad, el antiguo espíritu que los convertía en los triunfadores de todas las batallas.

El Ejército de Oriente, al contrario, animado con sus primeros triunfos, se prepara con fe a nuevos combates, levanta parapetos en aquellas posiciones desnudas que defendió en mayo, artilla convenientemente la plaza de Puebla y descansa sobre las armas, reclinándose sobre los parapetos y esperando así impasible la hora de la batalla. Aquellos lugares sagrados para nuestras tropas porque ha caído sobre ellos el rocío de la victoria son, por decirlo así, una esperanza de triunfo decisivo; las manchas de la sangre de nuestros heridos de mayo volverán a aparecer en el día del combate para deslumbrar a estos soldados que jamás han bajado la vista para hacer caer a esos hombres que no habían caído nunca. Entretanto, nuestras secciones volantes aumentan, nuestros guerrilleros se multiplican, por decirlo así, y están por todas partes. Caen sobre los convoyes, atacan los destacamentos, capturan los víveres. El ejército francés avanza, y les siguen nuestros guerrilleros; retrocede, y le acompañan los tiros de nuestros soldados; ocupa una plaza, y nuestras tropas le hostilizan en ella; levanta un parapeto, y nuestros valientes le atacan. Por todas partes subsiste ese sistema de guerrillas; y esa guerra, en la que no se descansa; esa guerra a toda hora; esa guerra más de fatiga que de riesgo desanima a un ejército que considera su suerte en poder de un hombre atrevido que se salva en los accidentes de un terreno para volver a poco rato a nuevas hostilizaciones a nuevos ataques. Un soldado que dormita después de una fatiga prolongada será despertado por el hierro de una lanza; un soldado que no ha podido cargar su fusil porque acaba de dispararle será ad-



vertido de su falta por medio de una bala. Y no poder avanzar en orden, y encontrar la muerte sin saber de donde ha partido, y tener que caminar entre balas por todas partes, es una circunstancia que desanima a cualquier ejército; pero más que a otro alguno, al ejército francés. Esa expansiva, por decirlo así, de dificultades, esa renovación de hostilidades, ese fuego de obstáculos, no atemorizan pero si desespera a ese soldado de genio de brinco, que quisiera reunir en un punto todos los elementos contrarios para aplastarlos como con el puño, y que quisiera tener en la extremidad de su fusil, no una bayoneta sino un rayo. Para el soldado francés importan poco los riesgos y las dificultades de una batalla, pero no soporta los de dos. Y menos puede sufrir esos combates parciales, picaduras en el mismo punto, que no permiten ni el movimiento ni el descanso: esas guerrillas que se baten de día y de noche y a toda hora; esas guerrillas, débiles de suyo y por eso fuertes, porque su fuerza consiste en la actividad y en la violencia. Esas secciones volantes, cuyos movimientos rápidos deslumbran, cuya actividad desvanece primero para atacar después, y de las que se podría decir que destruyen el ejército más poderoso como la gota de agua que puede destruir la piedra más compacta.

Pero ya que examinamos la cuestión por su lado meramente práctico, no dejaremos de notar que esa situación y no otra han de ser, en toda época, la respectiva de las fuerzas beligerantes. Hoy, la plaza de Puebla, como el centro fortificado de todas esas fuerzas, como el pecho cubierto de una coraza del Ejército de Oriente, extiende, como mil manos ágiles, todas esas guerrillas y todas esas secciones que harán más fructuosa la resistencia el día de la batalla decisiva. Entonces nuestros enemigos, recibidos de frente por un fuego tan vivo como el entusiasmo de nuestros soldados, serán hostilizados en sus costados por todas las guerrillas. Más adelante, si suponemos que triunfe cabalmente en Puebla,



va a encontrar en México con una nueva plaza fortificada, con más guerrillas, con nuevos puntos en que puedan obrar. En la marcha a México, tendría que lidiar a cada paso para la defensa de sus transportes; encontraría las cenizas de nuestras cementeras, porque el ejército y las guerrillas las incendiarían al retirarse; y no tendría más víveres que sus cadáveres y los de nuestras tropas.

Si, avanzando nuestra suposición, queremos creer que un entusiasmo artificial levante a esos soldados; que su comandante en jefe, como un nuevo Milón,³ venza el peso de ese ejército, decaído por la injusticia de su causa y por las desventajas de su posición; que destruya, como con el soplo, nuestras primera resistencias, y pisotee, por último nuestros parapetos, haciéndose dueño de la capital: ni entonces habrá cambiado la situación de los combatientes. México, entonces, como hundida bajo el peso de los invasores, formará un fondo al que concurran los elementos de todos los Estados de la Unión; y de todas partes, fuerzas regulares o guerrillas, secciones de consideración o partidas insignificantes, convergerán como en un centro, en el valle de México, y vendrán, como ha sucedido en esta época, desde la frontera de Chihuahua y Nuevo León, a cambiar sus balas por las balas francesas.

No creemos que entonces los invasores pretendieran internarse en los Estados del centro o del Norte. No tenemos la idea de que pretenden una conquista total y pie a pie del territorio; nos parece más bien que su deseo se limita a posicionarse de la capital y a oprimir pesadamente lo que es, en su concepto, el centro de circulación en el sistema de la República. Pero si lo intentaran, allí, como en todas partes, se seguiría el mismo sistema de defensa. Conocedores prácticos de los terrenos se armarían, como ha sucedido otras ve-

³ Milón de Crotona, atleta campeón olímpico del siglo VI a. C. célebre por su descomunal fuerza.



ces, y los soldados franceses estarían expuestos a cada paso a resbalarse en su propia sangre, a morir, si podemos decirlo de este modo, de una muerte anónima, de una muerte que no amenaza sino hiere. Tenemos la esperanza de que en ese caso remotísimo no faltaran entre los nuestros ni Viriatos⁴ ni Vercingentoriz.⁵

La guerra cruel, la guerra sin fin, la guerra incasable, sería entonces lo único que podría haber en la República. Y esa guerra a todas horas y de todos modos no dejaría en pie un soldado francés, y terminaría quizá de un modo más sangriento. Durante ella, nuestra debilidad nos haría fuertes, porque nos permitiría transigir; nuestra falta de tropas regulares nos salvaría de las grandes batallas, y por consiguiente del riesgo de las grandes derrotas; y la guerra, subdividiéndose de mil modos y esparciéndose por todas partes, sería más enérgica y más terrible. Nuestro terreno, accidentado de mil modos, forma parapetos escalonados, nuestra escasez de población es un elemento, nuestra falta de caminos un auxilio. Los invasores no se moverán sino difícilmente, batiéndose siempre; y eso para encontrar terrenos incultos y selvas espesísimas. Si avanza por ese dédalo que forman nuestras barrancas y nuestras cordilleras, si se interna en nuestras guerrillas: de cada pliegue del terreno, de cada grupo de árboles, saldrán tiros como si tomaran parte en nuestra resistencia hasta los árboles y las piedras. Esas resistencias se multiplicarán por todas partes; y los franceses, en su expedición a América, habrán encontrado

⁴ Se refiere a Virato, caudillo lusitano que en el siglo III a. C. se opuso a la conquista romana del actual Portugal.

⁵ Vercingentorix, jefe de los arvernos, unificó a las tribus galas e intentó expulsar a los romanos de sus territorios. Vencido por Julio César en Alesia en 52 a. C. sufrió una cautividad de varios años, tras la cual fue ejecutado.



no lo que buscaban los aventureros españoles, una tierra de que brotara oro, sino una tierra de la que brota fuego.

Esa es y esa será la situación respectiva de las fuerzas mexicanas y francesas en la República. Por eso decíamos que el emperador de los franceses ha desatendido en la cuestión de México, lo mismo la justicia que la conveniencia, lo mismo los argumentos teóricos que los argumentos prácticos. Sin argüir, porque no hemos querido hacerlo, valiéndonos de todo el fuego del razonamiento de un triunfo; sin presentar como argumentos nuestras dianas y nuestros aplausos, no hemos hecho más que examinar lo que pasa actualmente y lo que pasará en lo sucesivo. Creemos que la conquista es una temeridad, y tenemos fe, por eso, en el triunfo de México. Nos basta, para eso, ver a ese ejército que esta estereotipado en sus posiciones actuales, a ese ejército minado por la deserción, abatido por las circunstancias. No, no son esos soldados hijos de Hoche⁶ y defensores de la libertad; no son descendientes de aquellos que pusieron sus armas como en horquilla para batir a la vez a dos ejércitos austriacos; no son como los que a las órdenes de un general de 28 años, lograron, por un golpe de mano, introducirse en Francfort. No, no son los mismos que han combatido hace poco por la libertad italiana, y que han hecho oír por todo el mundo los estampidos de sus cañones de Montebello⁷ y Solferino.⁸ No llevan hoy en las puntas de sus bayonetas ese fuego de San

⁶ Lazare Hoche (1768-1797), de cuna en extremo humilde, con base en su arrojo y talento, desarrolló una meteórica carrera en el ejército revolucionario francés que lo llevó de simple fusilero a general.

⁷ Batalla librada el 20 de mayo de 1859 donde la infantería francesa y la caballería piamontesa derrotaron a las fuerzas austriacas.

⁸ La batalla de Solferino tuvo lugar el 24 de junio de 1859, en ella las fuerzas combinadas de Napoleón III y Víctor Manuel II, derrotaron a los austriacos comandados por el emperador Francisco José.



Telmo,⁹ que se comunica de los corazones a las armas de los hombres libres. Hoy, al contrario, como si sobre el corazón de cada soldado hubiera un hielo que amortiguara su sentimiento, el ejército francés se bate maquinalmente y por disciplina; y camina a la muerte por deber y no por convicción.

Tenemos fe, por eso, en el triunfo de México. Ese valor estoico, ese valor frío que es lo más que puede pedirse hoy al soldado francés, nada vale contra el valor ardiente, contra la fe de nuestros soldados. El soldado francés se bate por deber, el nuestro por sentimiento; aquel con los ojos cerrados, éste con los ojos abiertos.

Que el emperador de los franceses vuelva la vista a la situación de sus tropas en Orizaba y en el Palmar; que mire a esos soldados, ayer ardientes y hoy abatidos; que consulte a sus generales sobre la expedición a México; que vea a un pueblo dispuesto a resistirle con la fuerza de todos sus elementos, con la sangre de todos sus hijos. Cese entonces de continuar una guerra desastrosa para la Francia, porque vendrán a ahogarse en sangre sus elementos y sus soldados. Levante el pabellón francés hasta donde no le alcancen la traición y la perfidia, y sea, entonces y de ese modo, el primer ciudadano de la Francia. Emplee su poder en beneficio de la libertad y no en su contra; sea de veras el representante de los principios de 89,¹⁰ y alcance el mayor triunfo reconquistando el brillo de la Francia, quitando de la historia la más injusta de las guerras y admirando la vida de los pueblos libres



⁹ Fenómeno luminiscente que se observa en los mástiles de los barcos producto de la ionización del aire. Los marineros lo consideraban un signo de buen augurio.

¹⁰ Se refiere a los principios de la Revolución Francesa de 1789, Libertad, Igualdad y Fraternidad.

Cambios al Plan de Zaragoza¹

Jesús González Ortega

Creo también conveniente decir al Supremo Gobierno: que del plan de campaña que había formado mi antecesor, el demócrata General Zaragoza,² según pude inferirlo por sus disposiciones previas, no porque respecto de esto me dejara documento alguno, sólo hice las variaciones siguientes:

¹ Parte General que dio al Supremo Gobierno de la Nación respecto de la defensa de la plaza de Zaragoza el ciudadano general Jesús González Ortega, en Luis Chávez Orozco, *Jesús González Ortega defensor de la Patria*, México, Colegio Coahuilense de Investigaciones Históricas, 1981, pp. 14-15.

² Ignacio Zaragoza (1829-1862). Nació en Bahía del Espíritu Santo, en la provincia de Texas. Cursó sus estudios en las ciudades de Matamoros y en Monterrey. Ingresó a las Guardias Nacionales con el rango de sargento. Durante la revolución de Ayutla peleó en contra de la dictadura y en la Guerra de Reforma abandonó la facción de Santiago Vidaurri alineándose al gobierno constitucional, participando como segundo en el mando en la batalla de Calpulalpan. En 1861 fue nombrado ministro de Guerra y a finales de ese año general en jefe del Ejército de Oriente, cuerpo con el que enfrentó y derrotó a los franceses el 5 de mayo de 1862 en Puebla. Murió de tifo, el 8 de septiembre de ese mismo año.



Retrato del general Ignacio Zaragoza, *ca.* 1860
Biblioteca del Congreso de Estados Unidos

- 1ª. Abandonar el proyecto de defender las Cumbres de Acultzingo, que habían comenzado a fortificarse con parapetos pasajérisimos y de campaña, con solo el objeto de causar algunos males al enemigo. Este proyecto lo abandoné, porque con él iba a dársele a aquel una victoria, en cambio de algunos centenares de muertos



que pudiéramos hacerle, aumentando en consecuencia, la moral del ejército francés, todo lo que iba a disminuir la del nuestro.

- 2^a. Reunir en la plaza de Zaragoza todos los elementos de guerra que estaban diseminados desde el Puente Nacional hasta la fortaleza de Perote, y desde la fortaleza de Perote hasta el Palmar.
- 3^a. Aumentar los fuertes que circunvalaban la plaza de Zaragoza con los que se levantaron, por mi orden, un poco después, y que llevaban los nombres de Zaragoza, Morelos y el Demócrata; cuyas modificaciones fueron también aprobadas por el Supremo Gobierno.

Los movimientos y aprestos que se notaban en fines de febrero en el campo enemigo, indicaban ya con toda claridad, que el día del combate se aproximaba, y así se lo manifesté al ciudadano ministro de la Guerra, por medio de mensajes telegráficos. En vista de esto, tuve una conferencia con el señor General Paz,³ Comandante General de Artillería, respecto del estado de municiones y parque existentes en la plaza, y tanto yo, como dicho señor, juzgamos ineficaces los que había para llenar el objeto a que estaban destinados, por su poco número, y muy especialmente por la falta de pólvora para utilizar todos nuestros proyectiles.

El señor General Paz, me dirigió una comunicación, en la que me decía el estado que guardaba nuestro parque, y que necesitaba, de absoluta e imperiosa necesidad, y con cuanta prontitud fuera posible, unos setecientos quintales de pólvora. Me decía también: que la manifestación y pedido que me hacía, era para salvar la responsabilidad que pesaba sobre él

³ Francisco Paz (1825-1888). General de brigada, desde 1861 comandante en jefe de la artillería de la ciudad de Puebla.



mismo, en el caso desgraciado en que, por falta de parque, sufriera una derrota el Cuerpo de Ejército de Oriente.

A mi vez, porque era mi deber y porque quise también eximirme de toda responsabilidad, transcribí dicha comunicación, con el carácter de muy reservada, al Supremo Gobierno, de la que obtuve la contestación respectiva, ofreciéndoseme en ella, que se me remitirían oportunamente los elementos de guerra que pedía, y que para ello el Gobierno estaba haciendo toda clase de sacrificios.



Acta del 5 de febrero de 1863¹

Ignacio Comonfort y Jesús González Ortega

En Puebla de Zaragoza, a los cinco días del mes de febrero del año de 1863, reunidos, para conferenciar, los Sres. Generales en Jefe de los Ejércitos de Oriente y Centro de la República y teniendo a la vista la suprema orden del 1o. de febrero corriente, habiendo convenido previamente en que concurriese a esta conferencia el que suscribe, Cuartel Maestre General de Oriente, se establecieron, como preliminares para la adopción del plan de campaña que debía discutirse, las proposiciones siguientes:

- 1^a ¿Es conveniente la concurrencia del Ejército del Centro, como auxiliar del de Oriente, en el valle de Puebla, tanto para la defensa de la plaza, caso de que el Ejército francés intente un sitio más o menos regular contra ella o algún ataque a viva fuerza, cuanto para las demás operaciones estratégicas que puedan ocurrir en el curso de este período de la presente campaña?
- 2^a ¿Estará convenientemente situado en San Martín de Texmelucan, en las condiciones precisas para atender

¹ Genaro García, *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México. Correspondencia Secreta de los Principales Intervencionistas Mexicanos*, 2^a ed., México, Editorial Porrúa, [1905-1911] 1972, pp. 491-494. (Col. Biblioteca Porrúa, 51).

a los objetos indicados y, a más, cubrir la Capital de la República, si el enemigo, cambiando de punto objetivo, se dirige a ella, ya sea por el mismo San Martín de Texmelucan o por la línea de los Llanos de Apan?

- 3^a ¿Está el Ejército del Centro en fuerza competente y en condiciones capaces de llenar su objeto?
- 4^a ¿Está el Ejército de Oriente en el mismo estado para defender la plaza y tomar la ofensiva si las circunstancias se presentan?

Estas cuatro proposiciones se juzgaron dignas de ser resueltas antes de proceder a las diversas combinaciones que se presentaron para llenar los deseos del Gobierno; así es que, reconocida, no sólo la conveniencia, sino la necesidad de la presencia del Ejército del Centro en el teatro de las operaciones, se dio por discutida y por resuelta afirmativamente la primera.

La segunda, emanación de la primera, fue resuelta también de un modo afirmativo, teniéndose en consideración que el Ejército, situado en San Martín Texmelucan, se encontraba a una jornada de Puebla y a tres de México, cubriendo el paso de las montañas, y que, ya escogiese el enemigo como punto objetivo Puebla o México, siempre estaría en disposición, o de proteger a Puebla, si éste era el punto atacado, o bien de retirarse a defender la Capital, si para allá se encaminaba el Ejército invasor, anticipándosele, ya fuese que éste escogiese su línea de operaciones por el mismo San Martín y Río Frío, o ya por los Llanos de Apan y de Teotihuacán.

La tercera proposición fue objeto de serias consideraciones, y se declaró que los cuatro mil y pico hombres situados hoy en San Martín de Texmelucan no eran bastantes si estaban en las condiciones requeridas para llenar su objeto. Ese Ejército debía aumentarse por lo menos a un efectivo de



doce a quince mil hombres, provisto de lo preciso y con la movilidad necesaria e indispensable para su objeto.



Según grabado de la «Historia de la Revolución de México» por Portilla, 1855.

Ignacio Comonfort, litografía, 1900
Fotomecánico. Acervo INEHRM

Supuesta esta declaración, se pasó al examen de la cuarta proposición y se decidió que, si bien el Ejército de Oriente está dispuesto a defender la Capital de Puebla a todo trance y sea cual fuere el número de sus combatientes, así como el



del Centro a desempeñar el papel que el Gobierno le encarga, esto no obstante, se requiere, para que los esfuerzos sean fructuosos y la acción expedita, con más probabilidades de éxito en la ofensiva o de resistencia en la defensiva, que al Ejército de Oriente se le aumente una brigada más y que al del Centro se le eleve la fuerza indicada, y que, como medio de conseguir esto, se iniciara al Supremo Gobierno la necesidad de hacer concurrir, supuesto lo urgente del caso, todas las fuerzas existentes de la República. Que, al formar este parecer, han obligado a los señores Generales las consideraciones de la política astuta que sigue el enemigo, procurando, por todos los medios posibles, ganarse amigos, dividiendo cada vez más a los mexicanos; la circunspección y medida de sus movimientos; el incesante esfuerzo que hace para reunir sus materiales de guerra sin aventurar nada al acaso, lo que hace concebir de su parte un designio muy meditado y con mucho arte ejecutado, abrazando, al mismo tiempo que marcha, grande extensión de territorio, del que aleja a nuestras fuerzas y desde donde difunde para el interior todos sus medios de seducción. Que, si bien la plaza de Puebla se halla fortificada, esta fortificación tiene defectos cuyo origen no es del caso por hoy examinar; pero que, admitidos éstos como positivos y en ella la reunión de un material de guerra considerable, son motivos poderosos para hacer la defensa, supliendo con unos elementos los que de otros pueda faltar, entre los que se encuentran, como eficaces, el aumento en infantería del Ejército de Oriente y la elevación, hasta los quince mil hombres indicados, del Centro, sin que sirvan de obstáculo, para llevar a cabo estas ideas, las muchas dificultades que naturalmente se presentarán, primero, porque, por grandes que puedan ser ellas, no tocan en lo imposible, y segundo, porque, para conservar la independencia, no se debe estimar, en manera alguna, por grande, ninguno de los sacrificios y esfuerzos que se hagan, pues que, si el Gobierno



se viera vencido en una de las dos capitales, Puebla o México, muchos mayores serían los que tendrían que hacerse para reconquistar lo perdido y que, de facto, fuesen cuales fuesen, tendrían que hacerse. Por consiguiente, es prudente y provechoso hacerlos hoy, que hay más elementos o que reunirlos, que mañana, que puede estar en poder del enemigo parte de los que hoy poseemos y en el Gobierno la obligación de crear otros nuevos medios hasta conseguir la tarea que se le ha encomendado, que es la salvación de la independencia nacional. Que es el momento, porque el caso es supremo, de desplegar toda la acción, toda la actividad y toda la energía de que la Nación es capaz, porque en casos como el presente y en guerras de esta naturaleza y cuando ya el enemigo está en el centro de la República, porque está en lo más poblado de ella, es preciso hacer los esfuerzos supremos que han salvado a otros pueblos y salvará también a éste; pero haciendo concurrir con estos sacrificios, y con estos esfuerzos, no sólo a la parte del pueblo comprendida entre México, Puebla, Veracruz y Oaxaca, sino a la República toda entera, comprendiendo el más pequeño ángulo de ella. Para la guerra nacional se necesitan los sacrificios, los trabajos, no sólo de la generación presente, sino de las que ya no existen, de las que nos precedieron, y de aquellas que todavía no vienen, de las que están por llegar. A la generación presente todo se le debe exigir: su trabajo personal, las privaciones a que se sujeta, los sufrimientos físicos y morales y aún la sangre y la vida de sus hijos, que es el dominio eminente de la Nación; pero a los venideros, el pagar los inmensos gastos y las deudas de todas especies que se contraigan después de haber vendido y consumido en toda la República todos los bienes públicos y valores de todas especies con que el pueblo mexicano cuenta en común en todos los ángulos de su territorio, levantando fuerzas que concurren al teatro de la guerra, sin cuidarse de las pequeñas partidas reaccionarias que puedan



invadir tal o cual pueblo o tal o cual comarca, pues es evidentemente cierto que si, como es de esperarse, por los esfuerzos nacionales se llega a vencer al enemigo, aquí, donde está el núcleo de su fuerza y el centro de su poder, todo se recobrará y el Gobierno habrá obtenido ese prestigio que da la victoria sobre sus enemigos, así como de ninguna utilidad le será el haber conservado libres de la invasión reaccionaria tal o cual pueblo, si él es vencido en la grande lucha que prontamente tiene que emprenderse.

Si a todas estas consideraciones se agrega que, mientras más detengamos al enemigo y le aumentemos dificultades, tendrá que multiplicar sus medios, dándonos tiempo a nosotros para hacer lo mismo, y que estas demoras para él son un sacrificio en la opinión europea, complicándose allí tal vez la política, porque hay gérmenes para todo; que la deserción creciente del enemigo lo va desmoralizando y robusteciéndonos a nosotros, y que este concurso de circunstancias puede sacar la cuestión del terreno material al terreno moral, nosotros no debemos dudar emprender toda especie de medios de defensa; y porque, si la cuestión no varía de naturaleza y se mantiene en el terreno de los hechos, cada día que pasa somos más fuertes que lo que éramos ayer, no debemos olvidar que, aun cuando la Francia tuviera derechos, preparados con la fuerza, de ellos la haríamos desistir, lo que será tanto más fácil cuantos son los ningunos que la asisten. “Véate tu enemigo preparado con la fuerza y él desistirá de sus mismos derechos”.

Guiados de estas consideraciones los Sres. Generales conferentes, y atentos sólo a la salvación de la patria, así como convencidos del celo e interés que el Gobierno toma por ella, presentaron en pliego separado y adjunto el plan de operaciones estratégicas que por hoy puede preverse, no hablando de las tácticas, porque ellas están subordinadas, en la parte de ejecución, a los ataques que el enemigo empen-



da o al sistema de campaña que se proponga; todo, salva la aprobación del Supremo Gobierno, cuyas luces y patriotismo suplirán lo que aquí falte; con lo que concluyó esta acta que firmaron.

I. COMONFORT (rúbrica). J. G. ORTEGA (rúbrica)

JE. MA. G. MENDOZA (rúbrica).



Plan de campaña para el próximo período de la guerra de invasión que la Francia hace a la República¹

Ignacio Comonfort y Jesús González Ortega

- 1o. El Ejército del Centro, auxiliar del de Oriente, se hará subir en fuerza hasta doce o quince mil hombres, y el Gobierno definirá las obligaciones y atribuciones de los Generales de ambos Ejércitos.
- 2o. La guarnición de Puebla se aumentará por lo menos con una fuerte brigada de infantería, que pertenecerá al Ejército de Oriente.
- 3o. El ejército del Centro se proveerá de todo lo preciso; pero se mantendrá en estado de perfecta movilidad para atender a los puntos del teatro de la guerra de la manera más conveniente.
- 4o. Se tendrá como punto objetivo, para la defensa, las Capitales, alternativamente, de Puebla y México.
- 5o. Se tendrán como bases de operaciones, México en la defensa de Puebla, y Puebla y Querétaro en la de México.
- 6o. Se tendrá como línea de comunicaciones la vía que une las dos Capitales, México y Puebla.

¹ Genaro García, *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México. Correspondencia Secreta de los Principales Intervencionistas Mexicanos*, 2ª ed., México, Editorial Porrúa, [1905-1911] 1972, pp. 494-495. (Col. Biblioteca Porrúa, 51).



Tropas francesas combatiendo durante el sitio de Puebla
en el fuerte de Loreto, litografía
Fotomecánico. Acervo INEHRM

70. El ejército auxiliar se situará, por ahora, en San Martín Texmelucan, sin permitir que el enemigo se le sitúe en la retaguardia.
80. El ejército auxiliar conservará, con la Capital de la República, expeditas sus comunicaciones y el camino seguro para poder ocupar y defender la Capital, si el enemigo intentase atacarla, llegando primero a ella.
90. Si el enemigo intenta algún ataque verdadero o simulado sobre la Plaza de Puebla, el ejército auxiliar debe encontrarse en situación conveniente, según las circunstancias y las localidades, para proteger la plaza, atacándolo por la retaguardia o flanco.



- 10o. Todas las veces que el enemigo, como es natural, procure atacar al Ejército para alejarlo del campo de batalla y de la protección de la plaza, se retirará para no recibir un ataque; pero de tal manera, que tan luego como el ejército enemigo quiera volver sobre la plaza, regrese el auxiliar sobre él, aprovechando todas las oportunidades para dañarle.
- 11o. En caso de que el enemigo se dirija a la Capital de la República, El Ejército del Centro, como queda dicho, marchará a ella para defenderla, y el de Oriente marchará al valle de México a desempeñar las funciones que en el de Puebla estaban confinadas al del Centro. Esto se entiende, ya sea que el enemigo haga su movimiento por la línea de San Martín o por la de los Llanos.

Cuartel General en Zaragoza, a 5 de febrero de 1863.

I. COMONFOT (rúbrica). J. G. ORTEGA (rúbrica).

JE. MA. MENDOZA (rúbrica)



Las fortificaciones



Después de experimentar los terribles reveses de Barranca Seca y Cerro del Borrego, el general en jefe del Ejército de Oriente llegó a la conclusión de que por la escasa o nula preparación de los individuos que conformaban su tropa y por el inadecuado y escaso armamento con el que contaba, no debía comprometer a la fuerza de su mando en batallas directas en campo descubierto. Sobre todo considerando que debían enfrentar a un ejército moderno, bien equipado y con muy amplia experiencia de combate.

González Ortega determinó que la mejor opción para la República era situar en la ciudad de Puebla los mejores efectivos y realizar los trabajos de fortificación para convertir a esa capital en un reducto de difícil conquista.

El proyecto de ingeniería fue diseñado y ejecutado por los miembros de la Sección de Ingenieros del Cuerpo de Ejército de Oriente bajo las órdenes del coronel Joaquín Colombres, ingeniero egresado del Colegio Militar que al momento de ocurrir la intervención francesa ya contaba con una amplia experiencia en trabajos de fortificación militar y de combate.

Tras siete meses de arduos trabajos, fueron construidos o habilitados un total de ocho fuertes, una línea de redientes, diez obras intermedias y más de 100 parapetos en calles y edificios.



Francisco de Paula Troncoso, siglo XIX
Fotomecánico. Acervo INEHRM

Construyendo las defensas de Puebla¹

Francisco de Paula Troncoso

FORTIFICACIONES

En el mes de mayo de 62, y luego de que se incorporó a la Sección de Ingenieros la que fue de México, se tuvieron varias juntas para hacer el proyecto de fortificación de la Plaza, decidiéndose de una manera general, lo siguiente:

- 1º- La fortificación consistiría en un sistema de fuertes destacados, debiéndose fortificar también cuatro zonas de grupos de manzanas.
- 2º- Debía fortificarse el cerro de San Juan, y si esto no era posible por resultar muy extenso el perímetro fortificado, y necesitarse aún, dos fuertes más, entonces el fuerte de San Javier (Penitenciaría), se haría de muy grandes dimensiones, echando abajo la Penitenciaría hasta la altura del primer piso, que es de bóveda, y que serviría como reducto del fuerte.
- 3º- Los fuertes serían *ocho*, más una línea de redientes, como sigue:

¹ Francisco de Paula Troncoso, *Diario de las operaciones del sitio de Puebla en 1863*, Puebla, Editorial Cajica, 1963, pp. 85-104.

- Fuerte en Guadalupe.
- Id. en Loreto (5 de mayo).
- Id. en Santa Anita (Demócrata).
- Id. en San Javier (Iturbide).
- Línea de redientes en el Parral (Morelos).
- Fuerte en el Carmen (Hidalgo).
- Id. en la Garita de Teotimehuacán (Ingenieros).
- Id. en la Iglesia de los Remedios (Zaragoza).
- Id. en la Misericordia (Independencia).

4° Los fuertes no serían de muy grandes dimensiones, puesto que no estaban muy alejados unos de otros; que tal vez no alcanzaría el tiempo para hacer fuertes muy grandes, y que se harían obras intermedias.

5° Se proyectó el detalle de los fuertes y su defensa, según el efectivo del Cuerpo de Ejército que había de defender la Plaza, así como los elementos existentes, y se dio parte al General en Jefe con el proyecto general para que decidiera lo que tuviere a bien.

El General en Jefe lo aprobó y lo pasó al Ministerio de Guerra, que también dio su aprobación.

Cuando por muerte del General en Jefe, General Ignacio Zaragoza, tomó el mando el General González Ortega, creyó conveniente, así como el Cuartel Maestre, General Mendoza, que se hiciera un número mayor de fuertes y otras obras; pero el Coronel Colombres manifestó: que según el plan proyectado con el General Zaragoza, ya se tenía decidido, en relación con la guarnición, que no fueran más que los que se tenían estudiados, como se podía ver en dicho proyecto y en el plano, y que, si no se habían comenzado todas esas obras, era porque estando fuera de la Plaza casi todo el Cuerpo de



Ejército, no se le daban los soldados que pedía para trabajar en las fortificaciones; que además, los fondos que se ponían a la disposición de la Comandancia de Ingenieros, eran muy cortos y no alcanzaban para pagar más trabajadores civiles, todo lo cual había ya manifestado. El General en Jefe prometió hacer venir al menos una división para los trabajos, y aumentar los fondos para el pago de albañiles, peones, etc., etc.



Johan Moritz Rugendas, "Soldados (cívicos) de tierra caliente y fruteros".
Imagen tomada de *Mexico and mexicans*, London, Trubner & Co., 1859

El mismo día el General en Jefe citó a una Junta al Comandante General de Artillería, General Francisco Paz, al cuartel Maestro, General José María Mendoza y al Coronel, Comandante de Ingenieros Joaquín Colombres. Esta junta adoptó por unanimidad, tanto el plan de fortificación, como el de defensa; siendo de opinión el General Paz, que los oficiales de Ingenieros se encargaran de la construcción de los repuestos de municiones y de las plataformas para los cañones. Respecto a esto dio por causa, la escasez en que se encontraba de oficiales de artille-



ría, y los grandes trabajos que habían emprendido, pues se trataba de disponer más de cien cañones de Sitio y de campaña, cuyas cureñas y demás carruajes, así como el tren, estaban en muy mal estado. Dijo además, que estaba comprometido a formar un parque inmenso de municiones de toda especie, de las cuales sólo tenía a la fecha la cuarta parte, teniendo que luchar con escaseces y dificultades mil, como constaba, tanto al Sr. General en Jefe como al Cuartel Maestre. Las proposiciones del General Paz fueron unánimemente aceptadas, y se decidió por indicación del Coronel Colombres, que aunque los parapetos estaban proyectados de seis metro de espesor, se harían de siete, pero solamente en los frentes que daban a la campaña, pues creía que no había tiempo para más. Dijo, que si alcanzaba el tiempo y se le daban los recursos necesarios, se aumentarían a 7 ½ u 8 metros. A petición del General Paz, se comprometió el Coronel Colombres a ejecutar todos los trabajos de albañilería y de carpintería que demandara el establecimiento de la artillería en los fuertes. El General en Jefe dio parte al Ministro de Guerra con el acta que se levantó de esa Junta.

En la noche me comisionó el Coronel Colombres para ir al Cuartel general y sacar una copia del acta que se levantó en la Junta, cuya acta, como es natural es reservada. Estando con dicho Coronel, llegó el General Paz, que fue con el objeto de pedir al mismo Coronel Colombres, que se le diera una copia (calca) de los planos de los fuertes, siendo yo comisionado para esto cuya comisión recibí con mucho gusto, tanto por el cariño que tengo a un jefe tan distinguido, como porque así estaré al tanto de lo referente a la artillería de la plaza, que es un arma que tanto quiero.

Obtenida ya la completa aprobación de las obras proyectadas y de la defensa, se continuaron aquellas con actividad, las cuales eran y estaban encomendadas a los Jefes y Oficiales siguientes:



Fuerte de Guadalupe.- Comandante, Emilio Rodríguez.- Este fuerte, de muy cortas dimensiones sólo tendría dos pequeños baluartes y un rediente para cubrir la entrada, pues el terreno no se prestaba para más.- Se echaría abajo la Iglesia y se harían repuestos subterráneos de bóveda y un aljibe. Este sería el solo fuerte de mampostería, exceptuándose el viejo Loreto. Todo se hizo nuevo pues nada existía antes, más que el parapeto de tierra, de un metro de espesor, que se construyó violentamente el 5 de Mayo.

Pequeño fuerte de la Misericordia (Independencia).- Capitán 2º Manuel Zuloaga.- Lo formarían cuatro dientes de sierra apoyados en dos pequeñas lunetas y cerrándose todo por la gola. La pequeña iglesia se fortificaría convenientemente. Esta obra tenía que ser muy irregular por la disposición propia del terreno.

Fuerte de los Remedios (Zaragoza).- Sería un fuerte cuadro de baluartes con el lado de 160 a 180 metros. La mitad de este fuerte lo comenzó el Comandante Revueltas, quien pasó a construir los redientes del Parral (Morelos), y en su lugar quedó el Comandante Rodríguez.

Fuerte de Teotimehuacán. (Ingenieros).- Comandante Francisco Troncoso.- Esta obra sería un fuerte cuadrado de baluartes de doscientos metros por lado, teniendo a derecha e izquierda, a cien metros, dos pequeñas obras irregulares para defender sus flancos. Sus repuestos serían subterráneos. Respecto a la situación de esta obra, hubo sus discusiones, pues al principio se había proyectado en el lugar en que está la Garita; después, trescientos metros delante de su actual colocación, y por último donde está ahora construyéndose.

Fuerte del Carmen. (Hidalgo).- Teniente José Pérez Gallardo.- Este fuerte será irregular, y tanto más, cuanto que, habiéndose proyectado de muy pequeñas dimensiones, se agrandó después, y entonces se le agregaron varias obras a



uno y otro lado, reformándose algo las construidas que estaban muy débiles y estrechas. Este fuerte lo unió más tarde el Teniente Coronel Troncoso con los redientes de Morelos, haciendo varias obras en los frentes de las 3 manzanas de la derecha. Toda la hermosa huerta del Carmen y sus árboles frutales, las bardas y algunas construcciones cercanas, se talarán y arrasarán y se harán pequeñas obras avanzadas sobre las bardas de la huerta y en el molino de la izquierda.- La iglesia y el convento se fortificarán muy fuertemente.

Línea de redientes del Parral. (Morelos).- Comandante Ignacio Revueltas.- Esta será una extensa línea de redientes con largas cortinas, apoyándose por su derecha en una tenaza sobre el ángulo que hace el frente de la línea con el costado de la Alameda o Paseo. Los hornos de cal y ladrillo están detrás de los redientes, y las casas, se fortificarán.

Fuerte de San Javier. (Iturbide).- A este fuerte, que también se llamó de la “Penitenciaría”, le comenzó un frente el Comandante Revueltas, y lo construyó en gran parte el Capitán Mariscal. Después, los Comandantes Troncoso y Rodríguez le aumentaron un medio baluarte y una cortina en el frente izquierdo, apoyándolo en San Javier. En la puerta de entrada al convento, se construyó un rediente. El edificio de la Penitenciaría, que aun no estaba concluido, se fortificó, y al último se reforzaron los parapetos y se ancharon los fosos. –Este fuerte o debía haber sido como quedó, puesto que se abandonó el proyecto de fortificar el cerro de San Juan, a causa de quedar muy extenso el circuito fortificado; de no disponer el tiempo y los recursos suficientes; de no permitirlo el número de las fuerzas que habían de defender la plaza, y de tener que construirse dos fuertes más para ligarlos con San Juan, teniendo que ocuparse el barrio de Santiago. Por consiguiente se proyectó en su lugar lo que sigue:

Se haría un fuerte cuadrado de baluartes, sirviéndole la Penitenciaría y San Javier de cuarto frente; se tomarían



como lados de un reducto interior, las fuertes tapias de la Penitenciaría, que se reforzarían con tierra, y se destruirían los pisos superiores de la Penitenciaría, dejando el primero, que es de bóveda, sobre el cual se echaría el escombros, quedando todo casi a cubierto por las cortinas y baluartes. Así se tendría un reducto interior de gran defensa, donde estaría a cubierto la guarnición y con San Javier a retaguardia. Todas las casas y las pequeñas iglesias de San Matías y San Diego, se destruirían para despejar el frente del fuerte, que estaría a unos cien metros de la Penitenciaría, y tendría sus parapetos de grandes alturas y espesores. A derecha e izquierda del fuerte se harían buenas obras, siendo la primera en la manzana de Guadalupita, y la segunda la línea de manzanas detrás del Paseo Nuevo, incluso la Plaza de toros. La arboleda de este Paseo se talaría, como definitivamente se hizo.

Por desgracia este proyecto no se llevó a efecto, bien sea porque se creyó que no había tiempo o recursos suficientes, o bien, según se llegó a decir en el Cuartel General de Ingenieros, porque se consideró por ciertas personas que el derribo de la Penitenciaría sería visto como la manía de destrucción que tenía la Sección de Ingenieros, pues ya se habían destruido mucho, como se acababa de efectuar en el barrio de Santa Anita, en los Remedios, en el Carmen, etc. Cualquiera que haya sido la causa, el resultado fue que se abandonó el proyecto primitivo, con gran sentimiento de la Sección, y lo diré francamente: principalmente por mí, que iba a ser encargado de la obra. Sólo se hizo lo que había de servir de fuerte interior, sin destruir la parte alta del edificio. Muy caro costó a la Guarnición la oposición al proyecto primitivo.

Es de notarse, que si nosotros no derribamos la Penitenciaría con la barreta, la artillería francesa se encargó de hacerlo con el cañón, lo cual hizo concienzudamente.



El fuerte de San Javier, (o sea de Iturbide), tenía de frente, 120 metros, y de fondo, comprendidos la Penitenciaría y San Javier, unos 220 metros.

Fuerte de Santa Anita. (Demócrata).- Comandante Francisco Troncoso.- Fuerte cuadrado de baluartes de 300 metros por lado.- Este era el fuerte de la Plaza de mayores dimensiones. Los parapetos del lado de la campaña eran de cinco metros de altura, el espesor de ocho, y sus fosos de ocho. A este frente y parte de los lados del fuerte, se le puso un extenso glasis con las tierras que sobraron de las excavaciones, y con otras de acarreo. Gran número de anchas y altas traversas desenfilaban los frentes y la plaza de la obra. Sus repuestos de pólvora y municiones se hicieron grandes y resistentes. El templo de Santa Anita quedó encerrado en el fuerte, y muy bien fortificado, después de derribar sus torres. Todas las casas, jacales y otras construcciones como hornos de cal y ladrillos que estaban al frente y costados, y algunos de retaguardia se derribaron, así como la finca llamada de Flon, bien que ésta se encontraba en pésimo estado de ruina.

Fuerte del cerro de Loreto (5 de Mayo). –Este antiguo fuerte era cuadrado, de baluartes circulares, sin foso y de mediana mampostería. El Capitán Manuel Zuloaga, a las órdenes del comandante Emilio Rodríguez, se encargó de reponer sus muros, rampas y edificios del centro que se encontraba en muy mal estado, pues había sido abandonado el fuerte durante mucho tiempo.

OBRAS INTERMEDIAS

También se proyectaron y se construyeron algunas obras entre los fuertes que, aunque de menor importancia, eran sin embargo indispensable. Cada jefe u oficial de Ingenieros que construía un fuerte, recibió la orden de proyectar esas obras intermedias a derecha e izquierda de su fuerte, otras se pro-



yectaron e hicieron después, según se reconoció necesario. El comandante de Ingenieros, Coronel Colombres, recorrió el perímetro de la Plaza, y decidió de las obras proyectadas. Estas obras las hicieron los Comandantes Troncoso, Rodríguez y Revueltas, como sigue:

Las que hizo el Comandante Troncoso, fueron:

- A la derecha del fuerte de Santa Anita, después de haber derribado la Quinta Flon que estaba en ruinas, se construyeron, desde el frente del Refugio hacia el cerro de Loreto, unas flechas, varios dientes de sierra y otros parapetos. Toda la espalda de Santa Anita, comprendiendo el molino de San Antonio, Rancho de Zapata y San Pablo de los Frailes, se fortificó seriamente.
- A la izquierda del mismo Santa Anita, se hizo un reducto con un frente de baluarte, valiéndose de las bardas del cementerio del templo del *Señor de los Trabajos*. A la derecha de este templo y cerca de la calle de San Pablo de los Frailes, había un enorme montón de tierra y escombros de más de siete metros de altura, el cual se utilizó haciendo con él una plataforma con su parapeto para dos cañones.
- Este fortín del *Señor de los Trabajos* fue de mucha utilidad y no lo pudieron destruir los franceses a pesar del mucho fuego que le hicieron, porque delante se elevaba el terreno natural de manera a servirle de glacis, o más bien era en realidad una fortificación enterrada que no podía distinguirse, y además se le había establecido delante una trinchera en el borde del camino hondo que pasaba por su frente. La verdad es que no se le batió con toda la formalidad debida con la artillería.
- A la derecha del fuerte de Ingenieros (Teotimehuacán), entre éste y el molino del Carmen, se hizo una



larga trinchera a fin de darle defensa al fuerte hacia este lado.

- Entre los fuertes de Ingenieros y de Zaragoza resultaba descubierto un espacio muy grande, y sobre todo, los fuertes no se veían uno a otro; en consecuencia, se hicieron varias obras, entre ellas: una a 400 metros del de Ingenieros, otra en la ladrillera de Azcárate que está sobre el camino del molino de Santa Bárbara, y otra frente al mismo camino, en la Plazuela de Romanes.
- Entre los fuertes de Guadalupe y Loreto, se construyó una gran luneta y un rediente, unidos con una cortina, y con alas a uno y otro lado.

El comandante Rodríguez hizo una larga trinchera a la izquierda del fuerte de Zaragoza sobre el camino a la garita de Veracruz, y otra a la derecha, hasta la plazuela de Romanes

El Comandante Revueltas fortificó dos manzanas a la derecha de Morelos, así como los hornos y tres manzanas detrás de dicha línea.

LÍNEA INTERIOR

El General Ignacio Mejía, jefe de la línea interior, se encargó de construir varias de las traversas o parapetos en las calles, en los dos circuitos céntricos, apoyados en los templos y demás fuertes edificios según el plan de defensa acordado. Esos parapetos se aumentaron y reforzaron durante el Sitio.

Al concluirse las fortificaciones vino a Puebla el General Comonfort, visitó todas las obras con minuciosidad, y las alabó mucho. Se dijo que había venido a conferenciar con el General González Ortega respecto al cambio en el mando de sus fuerzas, o bien, que el Ejército de Oriente quedara fuera



de la Plaza, y el del General Comonfort entrara para hacer su defensa. Nada se ha dicho de lo que arreglaron, pero mucho se habló sobre esto.

Tales eran las fortificaciones de Puebla al presentarse los franceses ante la Plaza el 16 de marzo de 1863.

Agregaremos tres noticias más respecto a las fortificaciones, y son: cuales fueron los que trabajaron en ellas; la distancia de los fuertes entre sí, con Catedral y con otros puntos, y la herramienta y útiles de la Sección de Ingenieros.

Operarios.- Al comenzarse las obras, el General en Jefe puso a disposición del Comandante de ingenieros a 400 soldados de infantería que después aumentaron a 600. La Comandancia, con sus propios recursos, ocupó 300 operarios civiles que venían de los pueblos inmediatos a Puebla. Como las obras no avanzaban con la rapidez deseada y los fondos eran siempre escasos, se aumentaron los soldados. Tres meses antes del Sitio, al comenzarse a concentrar a Puebla las Divisiones del cuerpo de Ejército, y sobre todo en el último mes, trabajaba diariamente una brigada o una División en el fuerte de *Santa Anita* (Demócrata) Así, un día ocurría allí la División Berriozábal, otro la División Negrete, otro la de Veracruz, del General La Llave, otro la de Guanajuato del General Antillón, otro la de Zacatecas del Coronel Auza² y Gral. Francisco Alatorre, etc. Las Divisiones iban reunidas a la obra, con todos sus jefes. Algunos domingos iba el pueblo en masa lleno de entusiasmo, a trabajar a Santa Anita; no hacía gran cosa, pues llegaba de 9 a 10 de la mañana, y ya no podía hacer nada desde las 12; pero ese entusiasmo era provechoso respecto a la población, y aun de ellos mismos.

² Miguel Auza (1822-1892). Nació en Sombrerete, Zacatecas. Tuvo una muy destacada actuación en la defensa de Santa Inés.

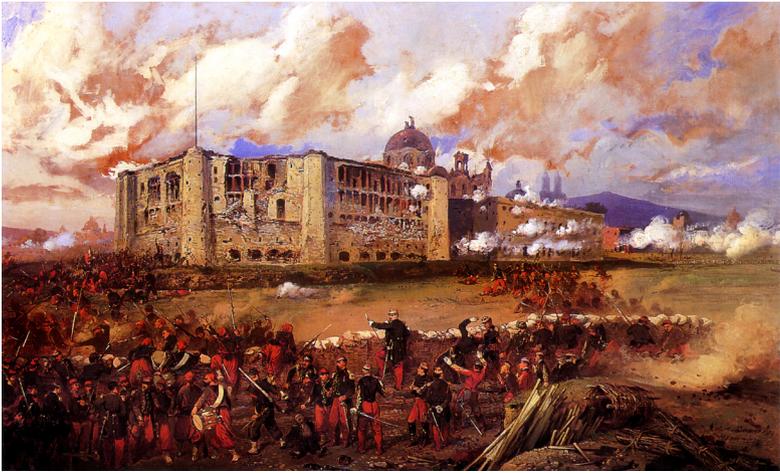


Además de la tropa había en el fuerte 1200 entre albañiles y sus peones, carpinteros, braceros y demás operarios civiles. Este aumento tan considerable de trabajadores para Santa Anita, fue a causa del atraso del fuerte que no comenzó a trabajar activamente, sino hasta tres meses antes de comenzarse el Sitio.



Episodios Militares - San Javier





Jean-Adolphe Beauce (1818-1875). Toma de la penitenciaría de San Javier
cerca de Puebla el 29 de marzo de 1863, 1864, óleo sobre tela
Colección Particular

Una vez establecidos en el cerro de San Juan, el Estado Mayor francés analizó las posibilidades de ataque y se decidió por iniciar las operaciones por el fuerte de Iturbide que se situaba justo frente a su posición suponiendo que con su conquista, los defensores de Puebla verían inútil toda resistencia y se rendirían.

El fuerte de Iturbide estaba conformado por la unión de la Penitenciaría y el templo de San Javier, por esta razón es posible encontrar en relatos, partes y diversos documentos referencias al ataque a la penitenciaría, la toma de San Javier o la acción de Iturbide, pareciendo que se trata de eventos distintos cuando en realidad se refiere a la toma de una sola posición.

Para atacarlo se recurrió a la estrategia de la construcción de trincheras de aproximación excavadas en una línea paralela al punto de ataque, razón por la cual reciben el nombre de paralelas. La paralela era una trinchera ancha y profunda que se trazaba en arco siguiendo el perímetro del objetivo que se pretende conquistar. Esta primera trinchera que se emprende a una distancia en los límites del alcance de la artillería enemiga, se van sumando progresivamente otras paralelas excavadas cada una de ellas a menor distancia de la fortaleza, estrechando el círculo del asedio. Estas paralelas se encontraban unidas entre sí por otras trincheras perpendiculares que por su trazo son conocidas como zigzags.

La primera paralela frente a San Javier se trazó a 600 metros de distancia y se extendió por más de un kilómetro

para amenazar también a Santiago.¹ En esa paralela se situaron dos baterías, una que operó contra la Penitenciaría y otra sobre los Redientes de Morelos. La segunda paralela, se estableció a 330 metros, la tercera a sólo 130 metros. El 29 de marzo una cuarta paralela fue abierta en esta ocasión a 70 metros de distancia y desde ahí fue realizado el ataque decisivo.

No podemos dejar de destacar que para el asalto final, el mariscal Bazaine eligió a los cuerpos que fueron derrotados por Zaragoza el 5 de mayo, esta era la oportunidad de vengar la afrenta de aquel día memorable. Columnas de ataque formadas con el 1er Batallón de Cazadores de Vincennes, mandadas por el comandante Courey; el 2º Regimiento de Zuavos del coronel Gambier, el 2º Batallón del comandante Gaudrelet y el 99º de Línea dirigidas por el coronel L'Herillier y el 62º de línea del que era coronel el barón Aymard.



¹ José R. del Castillo, *Juárez, la Intervención y el Imperio*, México, Herrero Hermanos Editores, 1904, p. 281.



La acción de San Javier¹

Tirso Rafael Córdoba

Día 27. Los ingenieros de ambos ejércitos hallábanse ocupados en las tareas que respectivamente convenían a sus fines. Los del fuerte de San Javier hacían reparar a toda prisa las partes más arruinadas del edificio con el objeto de resistir el asalto, y los franceses construían la cuarta paralela para acercarse con más seguridad, pues la distancia a que se encontraban era todavía demasiado grande para intentar un movimiento que no costase muchísima sangre. El fuego era menos vivo que el día anterior, mas no por eso había menores peligros tanto para los sitiados como para los sitiadores: aquéllos recibían todos los proyectiles en un solo punto, ya de por sí tan destrozados que apenas se podía permanecer en él, y estos se veían flanqueados por multitud de piezas colocadas en la extensa línea del Poniente de la ciudad. Preciso era pues que los franceses avanzaran cuanto antes, y a fin de conseguirlo con mayores ventajas, en tanto que se concluía la paralela de que acabamos de hablar, un suboficial del cuerpo de ingenieros recibió la orden de adelantarse a practicar un reconocimiento de los fosos de Iturbide, cuyas dimensiones era muy importante saber para el mejor éxito del asalto. Mas la noche no era favorable a semejante

¹ Tirso Rafael Córdoba, *El sitio de Puebla o Apuntes para la Historia de México, sacados de documentos oficiales y relaciones de testigos fidedignos*, Puebla, Imprenta a cargo de J. M. Vanegas, 1863, pp. 49-55.



empresa; alumbraba una luna clarísima y apenas aquel emisario llegó a la orilla del foso, cuando dieron los juaristas la voz de alarma y rompieron sobre las trincheras de los franceses un fuego tan poderoso como el de la noche anterior. Al cabo de media hora se disminuyó considerablemente: era que las baterías de los sitiadores dirigiendo sus tiros contra las ventanas del segundo piso de la Penitenciaría, comenzaban a apagar los fuegos de esta fortaleza.



Constantino Escalante, Hesiquio Iriarte, siglo XIX, *Dispersión de columnas francesas frente al fuerte de San Javier en Puebla, la tarde del 26 de marzo de 1863*, litografía en blanco y negro. (En *Las glorias Nacionales. Álbum de la guerra*. Entrega núm. 9, México, Imprenta de J. Abadino, 1863)
Hemeroteca Nacional, UNAM

Día 28. Los franceses siguieron batiendo en brecha durante todo el día, sus bombas y granadas llegaban hasta el centro



de la plaza. Los disparos de muchas de las piezas de San Javier eran ya inútiles por la cercanía de los combatientes.

Eran las cuatro de la tarde: un estruendo de artillería cual nunca se había escuchado nos indicó que se trataba del ataque definitivo sobre el fuerte de Iturbide. En efecto, después de un fuego vivísimo que duró una hora y acabó de arruinar la ya tan destrozada Penitenciaría, hubo algunos minutos de silencio; entonces el Sr. general Bazaine,² a quien se había confiado la dirección de aquel importante ataque, y que con su estado mayor se hallaba al frente de las tropas en la cuarta paralela, dio la orden de avanzar; y los zuavos del 2º regimiento en unión del primer batallón de cazadores de infantería,³ apoyados por gruesas columnas de reserva, se lanzaron hacia San Javier con un denuedo sin límites y un ímpetu irresistible, vitoareando al Emperador de los franceses.

Grande fue la sorpresa que semejante acometida produjo en los defensores de San Javier; pues aunque de un momento a otro esperaban el formidable asalto, no creían que con tal violencia se apoderaran los sitiadores del combatido edificio. El terror se apoderó de la mayor parte de los juaristas y durante algún tiempo reinó entre ellos el más espantoso desorden. Mas preciso es hacer justicia al valor y decisión de algunos jefes, con especialidad del joven teniente coronel D. Bernardo Smith,⁴ que sereno e impassible en un combate tan sangriento y tan desigual ya para las tropas de Oriente, in-

² François Achille Bazaine (1811-1888). Militar francés, nació en Versailles. Combatió en África, España y México. Llegó a México como parte de las fuerzas del general Forey, el 16 de julio de 1863 fue nombrado comandante en jefe del ejército expedicionario. Por su actuación en la guerra franco-prusiana es acusado de traición y condenado a prisión de donde escapa. Murió en Madrid.

³ Cazadores de Vincennes.

⁴ Bernardo Smith (1841-1871). Originario de la Ciudad de México. Tuvo una destacada actuación en la defensa del fuerte de San Javier. A la caída de Puebla es hecho prisionero pero logró escapar de su



fundió algún aliento a sus soldados en la retirada, mientras tanto venía en su auxilio la reserva mandada por Negrete.⁵ Este caudillo también se portó con intrepidez, y ya que le fue imposible recobrar la fortaleza de Iturbide, se retiró con las fuerzas que le quedaban a la línea que se hallaba detrás de San Javier, y desde Santa Anita, Morelos y el fuerte del Carmen se rompió entonces un fuego tan intenso de artillería, que, según afirma el mismo general Forey,⁶ “sólo puede compararse con el de Sebastopol”.

Este fuego duró algún tiempo después de entrada la noche: en ella los ingenieros franceses se ocuparon de reunir la cuarta paralela al fuerte que se acaba de tomar, y habiendo colocado en ellas unas baterías, al amanecer del día siguiente dirigieron algunos tiros hacia las trincheras de la parte Oriental de Puebla, con lo que hicieron retroceder a los juaristas.

Día 29. A la terrible función de armas que acababa de tener lugar sucedió una calma realmente pavorosa; cualquiera que aprovechándose de ésta se encaminaba a un punto cercano del que había sido momentos antes el teatro del combate, no podía menos que sentir oprimido el corazón y volver atrás derramando tal vez algunas lágrimas. Aquel campo regado de cadáveres, muchos de ellos medio ocul-

cautiverio y se reincorporó a la lucha alcanzando el grado de coronel. Murió en su ciudad natal.

- ⁵ Miguel Negrete (1824-1897). Militar conservador, originario de Tepeaca, Puebla. Al ocurrir la invasión tripartita ofreció sus servicios a la República. El 5 de mayo tuvo una destacada actuación en la defensa del fuerte de Guadalupe.
- ⁶ Élie-Frédéric Forey (1804-1872). Militar francés, nació en París y se formó en la Academia Militar de Saint-Cyr. Por la toma de la ciudad de Puebla recibió el ascenso a Mariscal de Francia.



tos entre las ruinas, aquellos edificios demolidos especialmente San Javier, cuyas piedras aún se veían humeantes, las huellas trazadas con sangre fresca todavía y la multitud de heridos que al pasar las calles las llenaban de lamentos desgarradores, todo infundía la mayor consternación.



Soldados liberales, ca. 1860, litografía
Fotomecánico. Acervo INEHRM

Muchas gentes, y entre ellas los mismos juaristas, llegaron a creer que durante aquel intervalo de sosiego, los franceses estaban combinando un segundo empuje que diera por resultado penetrar hasta la plaza: varios generales, montados ya, se disponían sin duda para emprender una retirada que todos calculaban sería hacia los cerros de Loreto y Guadalupe: mas la actitud que guardaron todo el día los asaltantes de San Javier, tranquilizó un poco a los juaristas. Estos, infatigables como lo han sido siempre, determinaron entonces impedir el avance de los franceses y comenzaron a construir



una trinchera en la calle del Hospicio, a tiempo que en la torre de la Catedral ponían señales de aviso, para que Comonfort acudiese a su socorro. Pero Comonfort se acercó tan sólo hasta un punto situado a la derecha del camino de México, hizo con sus tropas algunas evoluciones y juzgó prudente retirarse; de manera que cuando en la tarde de este día intentaron los sitiados hacer una salida por el Norte de Puebla, lejos de contar con el apoyo de las fuerzas del centro, se encontraron con las del general Márquez⁷ y los destacamentos de uno y de otro lado del camino de San Pablo del Monte, que dirigiendo algunos tiros a las columnas juaristas las hicieron contramarchar.

No quedaba pues recurso alguno: desesperados los llamados patriotas no omitieron medio para seguir resistiendo los ataques ulteriores. Los generales más fecundos en ideas de exterminio y devastación propusieron una muy digna de la reforma: arrancar los techos y puertas de las casas situadas al Poniente de la ciudad, llenar las habitaciones de escombros y practicar en las paredes horadaciones que servirían unas para troneras y otras para el tránsito. Tal proposición fue acogida con entusiasmo y los que se decían partidarios de la civilización, dieron principio a aquella obra de barbarie. Desde luego dictóse una orden sultánica para que en término demasiado perentorio las familias todas que habitaban aquellas casas las dejaran en poder de la soldadesca desenfrenada. Entonces comenzaron esas oprobiosas escenas que caracterizan a la demagogia, esos actos de vandalismo autorizado por el torpe abuso de sagradas palabras. “La patria, la libertad se hallan en peligro, decían aquellos hombres, es preciso que el invasor y los traidores no encuen-

⁷ Leonardo Márquez (1820-1913). Militar conservador conocido por la crueldad y saña con que trataba a los prisioneros enemigos, lo que lo hizo acreedor al sobrenombre de “El Tigre de Tacubaya”.



tren a su paso más que escombros y desolación". Y la turba de bandoleros, instigada de esta suerte, penetraba en los hogares donde los vecinos habían abandonado sus muebles, sus alhajas, su fortuna tal vez, y arrebatándolo todo, salían a vender públicamente innumerables objetos por precios sobre manera viles. En este pillaje tomaban parte también esas malhadadas mujeres a quienes nunca se ha podido separar de las tropas mexicanas, y que cual si fuesen aves de rapiña, se lanzan hasta sobre los cadáveres y los despojan en los campos de batalla.





Vista general de Orizaba y de los campamentos franceses,
L. Duyons, litografía, ca. 1860 Fotomecanico. Acervo INEHRM

Toma de la Penitenciaría¹

Paul Laurent

A las siete de la tarde abrimos la trinchera con 1600 trabajadores. Se trazó una primera paralela en una extensión de 900 metros entre los dos suburbios de Santiago y San Matías. El enemigo no se lo esperaba, a pesar de que se encuentra a 600 metros de San Javier. La iglesia de Santiago estaba minada, el ingeniero buscó la hebra eléctrica y con la ayuda del sacristán (que veía la iglesia como su casa y no deseaba que la hicieran estallar), la encontró y cortó. Todo el fuego de San Javier concentrado en el baluarte de morteros, permitió que el trabajo en las trincheras se realizara en la mayor seguridad sin que ningún hombre fuese tocado.

29 de marzo. Tomadas todas las disposiciones y habiendo nuestra artillería detenido el fuego de los baluartes enemigos, el asalto al fuerte de San Javier se dio con un vigor y ánimo admirables, el fuerte fue tomado rápidamente y mantenido en nuestras manos a pesar del vigor de la resistencia.

¹ Paul Laurent, *La guerre du Mexique de 1862 a 1866. Journal de Marche du 3^e Chasseurs D'Afrique. Notes intimes écrites au jour le jour*, Paris, Amyot, 1867.

Del 30 de marzo al 1 de abril. Durante la noche, nos declaramos líderes del islote de casas donde se encuentra el convento de Guadalupe, y al día siguiente, de todos los islotes de casas situadas a lo largo del paseo hasta la obra de Morelos a la derecha, así como de otros más allá del convento en la dirección de la gran plaza central.



Los Zuavos en San Javier¹

Joseph Spitz

Los cañonazos contra San Javier fueron continuos durante la jornada del 29 de marzo. El asalto al fuerte fue programado para las cinco de la tarde y el general en jefe decidió: “que el honor de este peligroso ataque sea reservado a dos batallones... que el 5 de mayo anterior fallaron en su empresa contra el fuerte de Guadalupe: 1er batallón de infantería y el 2ndo batallón de zuavos”.

El general Bazaine debe dirigir la operación. A partir de las cuatro horas, se instalan las gradas de ataque y se preparan las escaleras.

Detrás de la paralela se reúnen los dos batallones designados; otros cuatro están listos para reforzar el asalto.

Los dos batallones que forman la columna de ataque, se dividen en tres grupos, compuestos de dos compañías de infantería y dos de zuavos. El primer grupo conformado por tres compañías de zuavos.

Durante una hora, de cuatro a cinco, el fuego de nuestra artillería redobla; todas las balas están dirigidas al segundo nivel del fuerte. Finalmente, consideran la brecha practicable. La artillería deja inmediatamente de tronar; le sucede

¹ Joseph Spitz, *Histoire du 2e Régiment de Zouaves. Rédigée d'après des documents inédits puisés aux archives historiques du Ministère de la Guerre*, Oran, Paul Perrier Imprimeur, 1901, pp. 294-297.

un silencio profundo a los cañonazos furiosos. Algo muy grande se prepara.

Los zuavos, impacientes, con el fusil en mano, tienen los ojos fijos sobre el comandante Gautrelet quien debe darles la señal.

Finalmente, a las 5, reciben la señal. El primer grupo de ataque irrumpe fuera de la paralela y se precipita sobre el fuerte. Rompen la defensiva del enemigo.



L. Delmons, *Los zuavos*, litografía, siglo XIX
Fotomecánico. Acervo INEHRM

En vano truenan los fusiles y los cañones. Algunos minutos son suficientes para que los zuavos lleguen a las fosas. En el momento en el que escalan el talud, los camaradas del segundo grupo que siguió al primero saltan al foso.

De arriba abajo, los mexicanos descargan sus fusiles, pero los zuavos no les dan tiempo de disparar dos veces. Atraviesan las brechas y penetran el fuerte.

En un inicio no encuentran la resistencia que esperaban; pero, en el momento en que penetran el segundo patio interior, la cabeza de la columna es recibida por los fusiles que vienen de los corredores y de las ventanas de la planta baja.

Sin dar respuesta al fuego enemigo, los zuavos y la infantería, entrenados por los oficiales, atraviesan el patio disparando y se precipitan al interior del edificio. El impulso es tal, que se lanzan sobre los mexicanos antes de que tengan tiempo de huir. Más de cien de ellos son hechos prisioneros. Los otros, al ver aparecer casi súbitamente en los pisos superiores a los zuavos a quienes nada pudo detener, luchan y huyen en dirección de la ciudad, mientras que los asaltantes los siguen con la bayoneta en la espalda.

Durante la invasión de los dos grupos al fuerte, el tercero, comandado por el capitán Costes, se dirige sobre la izquierda del fuerte y lo invade; desde el primer piso abre sobre los enemigos un fuego de lo más vivo. Un contingente de mexicanos avanza de este lado para rodear la posición de los zuavos, sorprendidos por el fuego inesperado, se retiran precipitadamente.

Todo este asalto duró apenas media hora.

El fuerte en nuestras manos. Zuavos e infantes se despliegan en los diferentes pisos y se posicionan detrás de las almenas desde donde apenas hace un momento disparaban los enemigos. El humo espeso, que en un momento había oscurecido todo se disipa y se restablece la calma poco a poco.

De repente, una terrible detonación cimbra todo el inmueble haciendo creer que han retomado el combate.

Los zuavos piensan un instante que es una mina secreta a la cual los mexicanos disparan con la finalidad de hacerlos huir hacia los muros, dado que no los pudieron detener de otra manera. Sin embargo se dan cuenta que es un depósito de bombas y de balas enterrados en el fuerte que acaban de explotar. La explosión incendia una habitación en la cual se



encontraban encerrados los prisioneros, dado que el fuerte servía como penitenciaría.

Los infelices detenidos, quemados vivos, sueltan gritos desgarradores.

Entonces, los zuavos, con la generosidad que les es propia, se dedican a salvar a sus enemigos. Se colocan escaleras y se organizan los grupos de rescate. Pero el fuego aumenta con una rapidez prodigiosa y sólo algunos prisioneros pueden ser salvados; todos los demás son víctimas de las llamas.

Sin embargo, otros depósitos de pólvora y municiones existen todavía en el fuerte ocupado por los zuavos.

El más mínimo accidente puede ocasionar el más terrible desastre.

Un coronel mexicano, hecho prisionero en el fuerte, quien dirige la búsqueda para descubrir los depósitos de municiones los cuáles son ahogados inmediatamente.

Mientras tanto “la bandera tricolor es izada sobre la parte más alta del fuerte ante las aclamaciones de la armada anunciando la victoria”.

En la cual el segundo batallón del regimiento acaba de tomar parte, la noche comienza a caer. El éxito no puede continuar más adelante. En ello la hora del combate no fue bien elegida.

Sea lo que fuere, los zuavos tomaron venganza por el fracaso de Guadalupe, pero esta venganza costó caro al regimiento que, por un solo batallón comprometido durante media hora, deja a 6 oficiales y 90 zuavos fuera de combate.

Entre los que hay que nombrar particularmente están:

El comandante Gautrelet quien dio ejemplo de intrepidez durante el combate y dirigió el batallón con una gran inteligencia militar.

El capitán Escourrou quien aún herido, fue a luchar muriendo entre los grupos enemigos; el capitán Costes quien dirigió con fría intrepidez el ataque y la defensa; el subte-



niente Caze; el sargento Fontaine quien, herido, continuó el combate hasta que una segunda herida lo hizo caer; el sargento Gauffinet. El sargento Dousseau, caballero de la legión de honor, condecorado en la víspera de su partida rumbo al puerto de Veracruz, se le concede el favor de marchar con su compañía; posteriormente regresa al campo, con su saco y chaleco cubiertos de la sangre de un oficial mexicano a quien atravesó con su bayoneta; el cabo Durand (el famoso artista de Orizaba), llegado entre los primeros al baluarte, hizo regresar por sus zuavos, y fungió como sirviente; el zuavo Louet, quien mostró tanta generosidad como valentía al capturar vivo al coronel mexicano que acababa de herirlo en la cabeza con un sable; el cabo Tessière y el zuavo Chirion, cada uno de ellos tomó un banderín de la 20ava línea enemiga. Estos dos trofeos se encuentran hoy en día en Los Inválidos.

Los últimos disparos se han desvanecido en el interior del fuerte; los zuavos, victoriosos, reúnen a los heridos y a los muertos. Está completamente oscuro. Los mexicanos, retirados a la ciudad, bombardean el inmueble donde se atrincheraron los zuavos. De minuto a minuto, una munición, como un fusible, surca silbando a través de la noche profunda y estalla cerca de ellos; pero los zuavos aguantan y el fuerte San Javier es conquistado definitivamente.





Felipe Santiago Gutiérrez, *Episodios de la guerra de la intervención francesa.*
Mexicanos contra zuavos, óleo sobre tela, siglo XIX
Instituto Mexiquense de Cultura, Museo de Bellas Artes,
Gobierno del Estado de México

La acción de San Javier vista desde Guadalupe¹

Tranquilino Cortés

Día 25. A las tres de la mañana se rompió el fuego de cañón y fusilería por San Javier y el Parral, que duró hasta las 4 de la mañana, que por el Norte, al frente de Loreto, se arrimó una columna enemiga que fue tiroteada por el 3er Cuerpo de Toluca. A las 5 de la tarde hubo cañoneo en los mismos puntos, y cayeron dos granadas en la plaza de armas sin causar ningún mal. En la noche, por caminos cubiertos, se arrimó el enemigo a los fuertes de San Javier, el Parral y el Carmen con piezas. Hoy se cogió un sargento de los traidores por los exploradores; declarado varias cosas.



Día 26. A las 4 de la mañana se rompió el fuego de artillería del enemigo, por los mismos fuertes, y fue contestado por nosotros. Este duró una hora, nutrido; y sigue pausado. Como a las cuatro de la tarde rompió el enemigo el fuego de artillería de San Matías y del camino de Méjico y por la Garita de Cholula, con cosa de 18 piezas sobre los fuertes de San Javier, el Parral y el Carmen. Éste duró hasta las 6 y media

¹ Tranquilino Cortés, *Diario de Operaciones del Sitio de Puebla*, Sobretiro del Humanitas anuario del Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Nuevo León, 1963, núm. 4, pp. 448-449.

de la tarde, muy nutrido, habiendo echado la mayor parte de sus bombas a la ciudad. Y siguió el tiroteo de cañón, y a las siete de la noche se rompió el fuego de fusilería y piezas ligeras, una columna enemiga, que intentó asaltar esta misma línea, y fue rechazada por nuestra reserva, haciéndoles muchos muertos y heridos en media hora; a más se les hicieron bastantes prisioneros.

Día 27. Amaneció el enemigo en el Molino de Morales, siendo éstos de los que estaban en Amalucan y los álamos. En el día ha habido sus cañonazos por todas partes. A las cinco de la tarde hizo el enemigo un fuego de cañón, muy vivo, sobre San Javier y el Parral y Santa Anita; y siguen trabajando sus caminos cubiertos, con dirección a Santiago. A las once de la noche se echaron sobre los mencionados fuertes cosa de 5000 hombres, los cuales fueron rechazados haciéndoles muchos muertos y heridos y quedó frustrado el asalto. Esto duró hora y cuarto.

Día 28. Apareció un campamento enemigo por Reventería, y fue tiroteado por los Exploradores de Zaragoza a las 10 del día, que con tiros de cañón que de Guadalupe les dispararon, corrieron los traidores y invasores, caballerías y infantería. El tiroteo de cañón duró todo el día en San Javier y el Carmen. A las 9 y media de la noche intentaron asaltar y fueron rechazados de la trinchera a puros tiros de fusil, que hizo nuestra fuerza muy vivo fuego.



Día 29. Sigue el bombardeo. A las cuatro de la tarde fue más nutrido. A las 5 rompió el fuego de fusilería, que duró hasta las 8 y 25 minutos de la noche muy nutridísimo. Este ataque lo dieron con cosa de 16 mil hombres, sobre los fuertes San Javier, el Parral y San Pablito. Ha seguido el bombardeo toda la noche, habiendo logrado el enemigo, por medio de caminos cubiertos, asaltar el fuerte de San Javier, por medio de un puente que pusieron. Fueron rechazados muchas veces con bastante pérdida. Quedó allí el enemigo, sin cogernos ni una pieza ni parque. El ataque fue brusco.





Constantino Escalante, H. Iriarte, *Un episodio de la acción de Barranca Seca*, litografía, siglo XIX
Fotomecánico. Acervo INEHRM

¡Los mexicanos dispararon más que nunca!¹

Jules A. J. Bochet

28 DE MARZO

Abrimos la trinchera, el 23 por la tarde delante del baluarte de la penitenciaría, parte del fuerte San Javier. Los mexicanos se defendieron muy bien detrás de los muros y bajo la protección de sus cañones. Su fuego es vivo y bien dirigido. A pesar de todo nuestras pérdidas son poco sensibles, en relación, al menos, a cómo podrían haber sido. Mi turno de ir a la trinchera aún no llega, pero soy el primero y seguramente será para mañana en la tarde. El general en jefe se ha presionado un poco al enviar antier una orden dónde indicaba que la bien entrenada artillería francesa detuvo el fuego en la Penitenciaría y que ha llegado el momento de reducir a esta arrogante ciudad de Puebla y de mostrar lo que vale esta moderna Zaragoza. Ahora bien, después de que apareció esta orden, ¡los Mexicanos dispararon más que nunca! Algunas personas veían todo negro y comenzaron a gritar contra la artillería y contra la incapacidad de todos. Omito repetir sus habladurías. Ciertamente, el enemigo se defiende mejor de lo que esperábamos parecía que tenía que presumir su conducta en Veracruz. Por mi parte, yo intento

¹ J. A. J. Bochet, *Campagne du Mexique (1862-1867). Journal d'un officier de Chasseurs a Pied*, Paris, Imprimerie Pairault et Co., 1894. pp. 56-59.

no confiarme, ni tampoco desanimarme exageradamente. Si el bocado es más difícil de tragar de lo que creíamos, no tendremos ninguna gloria que festejar. Dicen, que el camino fue cortado detrás de nosotros: no tenemos más nuestro servicio de correo. Es terrible, ¿pero qué se puede hacer?

FRENTE A PUEBLA 31 DE MARZO 1863

Dejo la guardia de la trinchera esta mañana, donde he estado desde hace 36 horas (un día y dos noches) y donde nos previenen que vendrán por el correo a las 4 horas. Te confieso que estoy muerto de fatiga y pronto listo para escribir.

Asaltamos la Penitenciaría el 29 de marzo a las cinco de la tarde. Elegimos, con justicia el primer batallón de infantería y el 2º batallón de zuavos, los dos obligados a retirarse el 5 de mayo pasado en el ataque de Guadalupe. En cuanto a mí, yo comandaba esa noche un destacamento de 90 trabajadores, y entraba en la trinchera justo en el momento que tenía lugar el asalto. Fue la primera vez que entraba a las trincheras y, para mi debut, fui testigo del espectáculo hecho lo más emotivo y para golpear la imaginación. El fuego más terrible se escuchaba de todas partes. Pasábamos frente a los camilleros que llevaban a los heridos; casi todos conocidos. Los otros heridos se quedaban provisionalmente en el piso. Mi misión era establecer lo más pronto posible una larga comunicación entre la línea de batalla y las fosas de la obra, posteriormente cubrir lo más pronto posible a los vencedores de los proyectiles del enemigo.

Trabajamos toda la noche bajo el fuego más terrible; sin exageración, teníamos constantemente sobre nuestras cabezas proyectiles que silbaban. Balas, bombas, cañones, metralhas, recibimos de todo. Venía del frente y por detrás; parecería que jugaban encima de nuestras cabezas con un volante infernal. Y bien, no tuve dentro de mi destacamento más



que un muerto y dos heridos ¡gracias al ardor con el cual trabajábamos!

Me solicitan mi carta en este instante. Escribiré en reposo el recuento de esta noche con detalle, que no olvidaré jamás. Me porto de maravilla y soy valiente...

FRENTE A PUEBLA 2 DE ABRIL DE 1863

El correo llegó de nuevo tarde y tuve el tiempo de decirte que me sigo portando perfectamente. Pero no puedo decirte mucho más porque estoy exhausto; de nuevo estamos volviendo de la guardia en la trinchera. De tal manera que, en cuatro noches, he pasado tres en la trinchera y de tres días, dos. No hay nada más extenuante que este sitio. Puebla se sigue defendiendo; vamos de una casa a otra....





S. Exc. le maréchal BAZAINE, commandant en chef l'armée du Mexique.
(D'après la photographie de M. Disdéri.)

El Mariscal François Achille Bazaine, litografía,
El Mundo Ilustrado, 24 de septiembre de 1864
Fotomecánico. Acervo INEHRM

Memorias¹

Ch. Blanchot

El 29 de marzo a las 7 horas de la mañana, el general² llega al Cerro San Juan donde es llamado para consejo de guerra. Al pasar por el depósito de la trinchera nos da las noticias de la noche. Ocupamos un establecimiento de baños situado delante de Santiago, cerca de la ciudad sobre el paso y sobre el flanco de San Javier; incluso algunos oficiales fueron a pasear. Creíamos entonces poder lanzarnos contra la ciudad; pero el general en jefe se opuso sabiamente, ya que este tipo de abandono y de somnolencia de la guarnición debían ser aparentes. Por otra parte, la ocupación de los Baños motivó, durante la noche, una ejecución que trastornó todo el campo.

A la salida del consejo el general parecía satisfecho, pero no dijo nada de lo sucedido y regresamos rápidamente a Amatlán porque es Domingo de Ramos y el capellán atiende el regreso del general para celebrar el oficio.

El altar está colocado a la orilla del canal de Amatlán en el campamento del 51°. Está formado de huacales con guirnaldas de hojas y rosas; algunos tambores detienen la mesa donde se ha colocado la piedra sagrada; velas inclinadas bajo una brisa tímida, las flamas vacilantes; un Cristo

¹ Ch. Blanchot, *Mémoires. L'Intervention Française au Mexique*, Paris, Librairie Émile Nourry, 1911, pp. 273-288.

² Se refiere al general Aquiles Bazaine.

apoyado sobre una cruz de hojas domina el altar. Durante la misa, la música permite escuchar las más dulces sinfonías mientras los acentos brutales de los cañones de Puebla hacen temblar la atmósfera.

La misma comitiva que de costumbre, los mismos personajes rodean al general. Son oficiales y un gran número de soldados que vienen de todos los puntos del campo para presentarse ante el altar. Un observador atento podría remarcar que estas valientes personas eran más y más recatados que durante la misa en Nopalucan o en cualquier otro lado. Es porque, desde hace varios días, estos hombres se acostumbran a ver la muerte de cerca, y que al exaltar su valentía, el peligro despierta en ellos el sentido de la religión. De igual manera podemos constatar que un gran número de ellos están emocionados al escuchar la palabra tímida pero penetrante del sacerdote que el estruendo de los cañones intenta en vano dominar.

Para todos nosotros, esa misa tiene un carácter más solemne que de costumbre; ¿por cuál motivo? Lo ignoramos; pero debe ser el resultado del instinto. Una voz misteriosa pareciera decirnos que un gran peligro nos espera, nos espía. Además, observamos que la apariencia del jefe es más taciturna, más preocupada que de costumbre; hasta parece más recatado.

Finalmente el oficio termina y cuando un coro de soldados canta el *Domine Salvum*, la multitud se dispersa y el general regresa al cuartel general. Inmediatamente el jefe del estado mayor se entrevista largamente con él para recibir órdenes. Cuando reaparece el general, estaba lleno de alegría y nos llamó a comer. Pasamos la comida alegremente, además que hacía un tiempo magnífico y comimos en la galería con la vista del encantador paisaje del Atoyac.

Durante el postre, el general, nos había preparado una sorpresa, nos anuncia que a la una nos iremos todos a caba-



llo, municiones para nuestras armas, y que vamos a tomar la penitenciaría. Fue para nosotros una explosión de gusto, porque no habíamos creído que tomaríamos parte en esta fiesta, porque era, por así decirlo, la segunda línea la que tenía dentro de sus operaciones este sitio. Además, no sólo vamos a tomar parte, si no que seremos los únicos.

Las tropas designadas para dar el asalto son, en primera línea, un batallón del 2º de zuavos y el primer batallón de cazadores, cuerpos de la 2ª división que pidieron el honor de estar cabeza a cabeza, siendo los desdichados del combate del 5 de mayo de 1862. Este favor fue acordado y es justo. Las tropas de la primera división forman la segunda línea; se componen de un batallón del 51º y uno del 3ero de zuavos. El coronel Garnier, del 51º, hará la función de general de trincheras y el general Bazaine dirigirá el asalto.

Las tropas llegarán a las 2 horas a las trincheras. A las 4 todas las baterías abrirán el fuego que durará hasta las 5 y dos minutos después, el general Bazaine dará el asalto. Eh ahí un lindo programa trazado por el general en jefe; nuestros soldados se encargarán de ejecutarlo.

A la una, salimos. Llegados a la Noria dejamos los caballos que trajimos del campo y nos vamos a pie al depósito de la trincheras donde se encuentra el comandante Billard, mayor de trincheras, es decir el gran ordenador y MM. De Gallifer, Davenet y Thulpin, ayudantes mayores de la trincheras. El general los reúne en una tienda, y les expone sus proyectos y les comunica sus órdenes; insiste principalmente sobre la manera de introducir las tropas en las trincheras, de manera que no alerten al enemigo.

Después, entramos a las trincheras para hacer un reconocimiento completo. Los trabajadores se han ido, no queda más que los guardias que ocupan San Matías y Santiago; este último punto ligado a la cuarta paralela por una comunicación peor que el resto. Tras esta inspección nos damos



cuenta que nos apresuramos a dar el asalto dado que los trabajos aún no están terminados; la cuarta paralela, en algunos puntos, no está más que trazada y las galerías de comunicación que la unen a la tercera son demasiado estrechas y en ocasiones no trazadas del todo, condiciones que hacen la circulación lenta y difícil y en algunos puntos peligrosa. Al examinar el terreno al frente, vemos que los bordes del lugar presentan una soledad completa; es el Paseo completamente desnudo; y delante de nosotros, se extiende una larga línea de casas de una planta y terrazas. A la izquierda, a 60 metros de la extremidad de la cuarta paralela, se observa la saliente que vamos a atacar; todas los vanos ocultados por huacales y detrás, se alza la Penitenciaría, enorme bloque de mampostería poderosa y severa, y sin embargo, el lado de nuestros ataques fuertemente deteriorado por el fuego de nuestra artillería; brechas inmensas en los pisos superiores; y esto no puede servirnos para penetrar, al menos el enemigo no puede poner defensas ahí. A través de toda esta materia inerte, pareciera no haber nada con vida, nada se mueve, no hay ruido es un silencio mortal.

A las 2 llegan las tropas, entran en pequeños destacamentos para no llamar la atención y el general Bazaine los ubica personalmente.

En la cuarta paralela, de la cual saldremos para el ataque, se establecen, del lado izquierdo, dos compañías del primer batallón de cazadores y uno del 2º. de zuavos, ubicados bajo las órdenes del comandante de Courcy; a la derecha, dos compañías del segundo de zuavos y una de cazadores al mando del comandante Moraud. Los hombres están sentados en las gradas de franqueamiento, las carabinas entre las piernas y tan apretados cómo es posible. Son las dos primeras columnas de asalto.

En las galerías de comunicación, detrás se ubican dos grupos idénticos que conforman las dos columnas siguien-



tes. Posteriormente, el 3ero de zuavos ocupa la tercera paralela y el 51° las comunicaciones detrás; estas tropas están de pie o sentadas en la tierra, forman las reservas. Un pequeño destacamento de zapadores de ingeniería, equipados con escaleras, picos y hachas, comandados por el capitán Barillon y un destacamento de artillería cargado de petardos y de utensilios de enclavaduras de cañones, bajo las órdenes del capitán Miribel, se reúnen a la izquierda de la cuarta paralela listos a lanzarse a la cabeza de la primera columna para abrir el paso de los obstáculos.

Tomadas estas disposiciones, los comandantes de las columnas de ataque reciben las últimas órdenes para el ataque del general Bazaine quien se posiciona con sus oficiales a la izquierda de la paralela de asalto. Finalmente, todo se queda inmóvil y se escucha un silencio absoluto en toda la escena y la decoración imponente que la rodea.

Dan las 4; todas las baterías abren fuego general concentrando los tiros sobre la penitenciaría ahuyentar a los defensores. El mantel de fuego es a tal grado cercano que las balas pasan a dos pies de nuestras cabezas; pero el tiro tan preciso que asegura que no se produzca ningún accidente; sin embargo, un soldado cometió la imprudencia de alzar la cabeza por arriba del parapeto, y perdió la quijada. Este fuego violento debía durar una hora y seguimos con interés su efecto sobre las construcciones de San Javier; la fachada de la penitenciaría estaba cada vez más afectada, pero notábamos con pena que el parapeto en tierra no se desarticulaba lo suficiente; ninguna brecha importante se producía.

Sin embargo, los minutos de esta solemne hora de espera caen uno a uno en el pasado, la emoción crece y golpea violentamente los corazones que se van a lanzar a lo desconocido. Allá también, del otro lado de los 60 metros que nos separan, los elementos de choque se preparan, los Mexicanos parecen reunirse; todo está en calma a su alrededor y



algunos cañones responden tibiamente a nuestro fuego encarnizado; los otros esperan.

Finalmente cesa el fuego de repente y, en medio de un silencio glacial, escuchamos claramente sonar las cinco en un reloj de la ciudad vecina. Un temblor indefinible recorre toda la trinchera, las miradas animan, los hombres sentados voltean con precaución, pasan sus bayonetas sin hacer ruido al frente de las carabinas donde las sostienen con fuerza y permanecen encorvados hacia adelante como la pantera lista para el ataque. En este instante supremo, se avivan las energías, los nervios se tensan, las almas se elevan hacia un ideal que incluye únicamente a quienes han vivido estos minutos emotivos de la vida que podría ¡terminar!

Este espectáculo de un instante fue el más bello que me haya estado permitido contemplar, el más impresionante que un hombre pueda inspirar; fue el heroísmo en la inmovilidad.

A las cinco y un minuto, el general Bazaine sube al último nivel del franqueamiento y se voltea hacia sus soldados que fijan la vista sobre su rostro impassible, las miradas brillantes por el fuego de la impaciencia, ordena con una voz vibrante: “primer escalón de zuavos y cazadores, adelante, viva el emperador!” inmediatamente los oficiales y los soldados se abalanzan hacia afuera gritando “¡Viva el Emperador!” y se precipitan en dirección de la saliente del bastión.

Al momento cuando la primera *chéchia*³ de los zuavos aparece sobre el talud de la trinchera, todas las casas que flanquean el Paseo desaparecen en una nube de humo y granizan balas de todas partes; todos los cañones de los alrededores despiertan de igual manera, y las balas de cañón, los obús y los vuelos de metralleta se cruzan entre las cabezas de nuestras columnas.

³ Gorro redondo que formaba parte del uniforme de los zuavos.



Esperábamos sorprender al enemigo; pero estaba prevenido y en guardia.

Tan pronto como las primeras columnas desaparecen en el foso de la fortaleza y suben al parapeto, el general lanza los dos siguientes y hace avanzar los dos batallones de reserva a la cuarta paralela.

Las dos primeras columnas sortean los agujeros de lobo y los aloes establecidos en avanzada; desde ahí saltan sobre el parapeto y se arrojan en la obra, derramando todo con la bayoneta. Las dos columnas que se lanzan después, siguen la fosa para buscar la puerta del fuerte, de acuerdo a las órdenes que recibieron.

Luego de 20 minutos, somos dueños de la fortaleza y trabajamos en atrincherarnos para mantenernos.

Los primeros golpes fueron duros para nosotros, y ya contamos con un gran número de víctimas. Después de la partida de las primeras columnas, el general Bazaine observa por arriba del parapeto y muestra al general de Laumière, comandante de la artillería, las casas que flanquean el Paseo, explicándole la pena que le da no haber dirigido a este punto una parte de nuestros elementos; de repente, el general de Laumière se tambalea y cae sobre los brazos de los oficiales que los rodean; recibió una bala en la frente, al igual que mi camarada Fourge en las Vigas, quien también cayó sobre mis brazos. Al lado, y casi al mismo tiempo el coronel Garnier es golpeado por la metralla que le atraviesa el brazo y se le queda en los riñones.

Finalmente, el enemigo hace una maniobra ofensiva por la izquierda para rodear el fuerte y retomar contra nuestras tropas que lo ocupan. Inmediatamente, el general Bazaine, atento a todo lo que pasa, lanza una compañía del 3er de zuavos que, rodeando el fuerte, bloquean el camino a esta columna ofensiva y se instalan en los parapetos del fuerte para vigilar el lado amenazado. Pronto vienen a pedir mu-



niciones para las primeras columnas, pero cometimos la negligencia de no preparar en la cuarta paralela, pequeños depósitos de municiones. Debemos culpar a la falta de previsión del mayor de trinchera. Nos vemos obligados a ir a la primera paralela, y perder un tiempo precioso para reparar esta falta. Entonces el general lanza otras dos compañías de zuavos para aportar con su fuego al contingente contra los que faltan.

A partir de entonces, estamos seguros de conservar nuestra conquista resguardada por tres vigorosos batallones. Pero comienza a oscurecer y el general sólo tiene tres compañías de zuavos y un batallón del 51o. para enfrentar las posibles eventualidades, envía a buscar el segundo batallón de 3er de zuavos que están en el campo de la Noria de donde viene directamente, sin pasar por los bordes de las trincheras.

Las comunicaciones con el fuerte conquistado son lentas y difíciles; entonces, de que se acerca la noche, el general Bazaine da la orden al director de ingenieros, el coronel Viallat, de abrir rápidamente una trinchera que una a la izquierda de la cuarta paralela con la saliente de ataque del fuerte. Nos vemos obligados a trabajar en doble fila, dado que nos atacan por ambos lados los fuertes de Santa Anita a la izquierda y Morelos a la derecha. Cien trabajadores de buena voluntad se apoderan de la excavadora y la pala y corremos a buscar los huacales. Desafortunadamente no son suficientes y hay que hacer el trabajo al descubierto, en espera a que traigan el depósito de trinchera!

Esta apertura de comunicación está hecha de manera magnífica; el general Bazaine, de pie en pleno campo, afuera de la trinchera, con el coronel de ingenieros, vigila el trabajo y ánima a los hombres con su ejemplo y sus palabras tranquilizadoras. Muchos hombres caen con el pico en mano, inmediatamente son remplazados.



Para aquellos quienes como yo, en la circunstancia, instrumentos sin iniciativa y pasivos, no les queda más que quedarse al lado del jefe, esperando, impasibles, que decida dar órdenes, el espectáculo es para ellos pintoresco y lo pueden admirar en todo su esplendor y su espantosa magia. Debo reconocer que en un cataclismo parecido la emoción natural y la admiración comparten mis impresiones. Éramos atacados por todos los flancos con 50 bocas de fuego que sembraban balas y cañonazos. Delante de nosotros, miles de hombres emboscados en las casas nos cubren de balas a través de una infinidad de almenas dispuestas en tres pisos hasta las terrazas. Todas las calles que desembocan en el paseo están barricadas y equipadas con piezas de campaña que nos cubren de metralla. Estas descargas pasan en nubes sobre las trincheras y cortan los campos de los alrededores. Siempre imaginando los riesgos de esta situación insólita, me digo que a esta hora de la cena estaría mejor en algún bulevar de París.

Alrededor de las 8, la comunicación comienza a mejorar; los hombres están en parte cubiertos; podríamos, en último extremo y rápidamente, enviar las tropas a la Penitenciaría. El general Bazaine informa al general en jefe que hemos tomado la fortaleza. El tiroteo se ha calmado ligeramente, pero el fuego de la artillería redobra, si, es posible.

A partir de entonces, tranquilo a la vista de su obra, el general permite que tomemos la cena que nos acaban de llevar. ¡Triste cena! Los hombres en las trincheras encontrados por algunas balas, se empujan unos contra otros, han perdido la mitad de las provisiones, y lo más importante, la bebida. Para colmo del infortunio, faltó que un incidente, que podría ser trágico, venga a molestar nuestro triste y frugal comida. Estábamos sentados sobre nuestras rodillas, al fondo de la paralela; el general tenía una silla de tijera, los otros el piso por silla, como yo, dando la espalda al lugar; tenía en



la mano mi taza de café, mientras un estruendo terrible se produce por arriba de nuestras cabezas, todo tiembla a nuestro alrededor y una avalancha de tierra y de polvo nos cubre completamente llenando mi taza de café. Era una bomba que había explotado sobre el parapeto de la trinchera y produjo este desorden, del cual debía regocijarme, dado que todo es relativo en este mundo; si en efecto la bomba hubiera alargado uno o dos metros su trayectoria, estaría aplastado. El general encontró la aventura agradable, al igual que yo. Ya nada nos tentaba a quedarnos a la mesa, encendimos un cigarrillo y seguimos al general quien se disponía a visitar a su joven conquista. ¡Una singular visita!

La comunicación aún está muy incompleta y estamos absolutamente al descubierto; pero pasamos sin incidentes y entramos en el fuerte. El general, seguido por los oficiales de artillería y de ingeniería, comienza su recorrido de reconocimiento por la obra en tierra, recorre todo el frente de ataque, posteriormente el frente de la derecha, haciendo observaciones a cada paso o dando órdenes a los oficiales correspondientes. Este paseo bajo la pálida luz de la luna y a la claridad de las explosiones es la cosa más fantástica que uno pueda soñar. Nos creeríamos en el infierno, en medio de un caos iluminado por fuegos satánicos. El fuerte está afectado como por un temblor; es una destrucción general y no sabemos dónde pisar en este dédalo de excavaciones, pequeños cráteres excavados por las bombas y bloques de albañilería caídos de las murallas de la penitenciaría. En medio de todas estas ruinas inertes, lo más horrendo es que caminamos sobre ruinas palpitantes; avanzamos, tropezamos sobre cadáveres destruidos, quemados o sobre heridos gimientes. De distancia en distancia nuestros zuavos, negros de polvo, reunidos en pequeños grupos a lo largo de los parapetos, detrás de montones de escombros, acechando al enemigo y cubriéndose contra la lluvia de fuego que cae alrededor de



ellos, parecen verdaderos demonios. Para distraernos del terrible espectáculo que tenemos a nuestros pies, el paso constante de obús nos obliga a levantar la vista hacia el cielo. El centelleo es verdaderamente mágico, el silbido de estos pequeños meteoritos que atraviesan la oscuridad de sus trazos de fuego y de repente explota con un estruendo siniestro, o bien tropiezan con la muralla vecina para caer a nuestros pies molestos.

En algunas ocasiones los proyectiles más brutales vienen a molestar nuestra fantástica caminata: son las franjas de muros que caen cerca de nosotros y nos cubren de polvo, cascote, inclusive estructuras; o bien una campana del convento que pierde un pedazo de su cúpula.

Todo este desencadenamiento diabólico no inspira, naturalmente más que una confianza muy limitada en nuestra seguridad, y es en estas circunstancias trágicas que se dejan ver las virtudes guerreras que debe poseer un soldado, más aún cuando es este el que porta la batuta de una orden superior. En las condiciones en las cuales el movimiento ya no exalta la moral, donde la inmovilidad obligatoria la deprime, las manifestaciones de ánimo, el ejército amenazador, el alto verbo del jefe que solicita no hacer caso al peligro, no son oportunos; son inútiles y sin efecto. Falta entonces, aquello que es precioso y raro, la valentía calmada, fría pero comunicativa que modera a los impacientes, los ardientes, da consuelo a los tímidos. Era, en el general Bazaine, una cualidad metafísica desarrollada de una manera notable. No éramos, por lo tanto, pusilánimes, nosotros quienes lo rodeábamos; porque tan sólo el miedo que sentíamos era aquel de los peligros a los cuales nos exponíamos y que podían, en cada instante quitarnos al jefe en el cual estaba depositada la confianza de toda la armada. Y sin embargo, era con admiración que lo veíamos tan tranquilo, tan compuesto, el cigarrillo en los labios, dando órdenes por todos lados con la quie-



tud la más perfecta, haciendo que se llevara a cabo el plan de la obra que conquistó y que ahora defendía, poniendo una coquetería caballerisca a detenerse en los puntos donde le señalaban el peligro como constante e inevitable. Al actuar de esta manera, no busca por inútil fanfarronería a desafiar a la muerte, porque en fondo, y al igual que todos, aprecia la vida; pero tiene un objetivo más elevado; quiere con su calma y serenidad inspirar la confianza de sus soldados quienes van a pasar la noche en este infierno y mostrarles que no es peligroso desdeñar el peligro.

En cuanto a nosotros quienes seguimos a este hombre cautivante y seductor, tenemos la apariencia de un grupo de callejeros sin oficio. Si bien es cierto que asistimos a la más terrible feria dramática que se puede imaginar en una pesadilla.

Y sin embargo, ¿no podíamos más con los horrores siniestros! Porque al entrar al interior del convento de San Javier, un espectáculo horrendo nos arranca exclamaciones de estupor. El patio está cubierto de hombres terriblemente mutilados, cortados, y bajo la bóveda que se abre del lado de la ciudad, una gran puerta vomita nubes de humo rojo y torbellinos de flamas. Es un depósito de municiones al que los mexicanos prendieron fuego al salir del fuerte. De minuto en minuto, una caja de cartuchos se incendia y bocanadas de azufre y de salitre en fuego se precipitan hacia afuera; un continuo fragor retumba en este gran horno y la monotonía de este ruido lúgubre no se ve interrumpida más que por las detonaciones de bombas que explotan. Pero hay algo más horrible aún. En esta residencia ardiente, en este cráter en erupción, hay mexicanos encerrados por sus jefes que se retuercen en el sufrimiento de una espantosa agonía; son los prisioneros que olvidaron liberar. Y nosotros estamos impotentes ante todo este dolor. No tenemos agua para intentar apagar el incendio y estamos condenados a ser espectadores



impasibles ante estas escenas angustiantes. El general al ver que no podemos hacer nada, se aleja de este lúgubre espectáculo y entra en la parte del fuerte que da hacia la ciudad. Es una saliente donde se encuentra la puerta por donde se retiró el enemigo. Ahí están establecidos los zuavos y los cazadores de las primeras columnas de asalto. Han cerrado con barricadas la puerta, metieron en batería a un cañonero de montaña dejado por los mexicanos y llenan el parapeto del lado de la ciudad. Comienzan a establecer de este lado de la obra una comunicación dado que todo el terreno plano es vencido por todos sus lados y los proyectiles que golpean el convento caen en la fortificación; también el piso está lleno de muertos y heridos, y el tiroteo constante aumenta el número. El general prescribe las medidas que se deberán tomar, los trabajos a ejecutar, y continúa con su recorrido de exploración por el lado izquierdo del fuerte. Se detiene en una gran sala transformada en enfermería donde se dan los primeros auxilios a un gran número de heridos tanto mexicanos como franceses. Hay todavía infelices dispersos de todos lados; pero no será hasta el alba que podamos socorrerlos.

Finalmente, después de una hora y media de circulación en medio de todos estos horrores, de toda esta destrucción, de toda esta muerte, regresamos intactos a la trinchera. Fue maravilloso que de una docena de oficiales que siguieron al general Bazaine, ninguno estuviera herido, cuando en cualquier momento todos pudieron haberlo sido.

Es media noche, el coronel Hennique viene a remplazar al coronel Garnier, gravemente herido. El general lo envía tomar el mando del fuerte. Después, se sienta en la trinchera para descansar. En cuanto a mí, yo me acuesto recargado contra el muro del talud interior de la trinchera. Aun cuando el fuego del enemigo continua en un alboroto infernal, no me impidió dormir; pero me hizo tener sueños diabóli-



cos donde me veo perseguido por colmillos de hierro rojo, mientras obús centelleantes y balas negras ruedan en mis piernas. Porque hay que destacar este fenómeno extraño, que cuando un hombre tuvo emociones estando despierto, las sueña al dormir, pero sin coherencia. Los psicólogos pretenden que es la inteligencia que sigue su obra sin el regulador del pensamiento o la razón. Debe ser cierto, porque parece que los imbéciles sueñan poco; de lo cual concluyo que algunos animales a los cuales se les niega la inteligencia, deben tener, dado que sueñan.

Cerca de las 3 de la mañana, mi camarada Willette me despierta para remplazarlo al lado del general, con la finalidad de tomar su turno para descansar. El pobre diablo, mientras yo dormía, había vigilado a lado del general y lo había acompañado a una segunda visita que hizo a la penitenciaría. Deje sin pesar un lecho poco cómodo y un sueño envenenado por las visiones y dejé a Willette roncar. Por lo demás, lo podíamos hacer en paz porque habíamos trabajado mucho, y San Javier no tenía que temer un retorno ofensivo. La comunicación para entrar estaba terminada, quizás demasiado, porque es demasiado larga y apenas proyectada y la artillería del lugar continúa disparando con energía.

En fin, el día viene a distraer los corazones después de una noche tan terriblemente agitada. El general solicita al comandante en jefe cañonear las casas a los costados del Paseo para sacar a los enemigos que aún nos hacen mucho mal. A las 6, en efecto, la artillería abre fuego demoliendo un gran número de casuchas y deja las otras en parte indefendibles.

Hacía las 8 horas, llega finalmente un oficial del estado mayor, el capitán Loysel, quien viene a preguntar aquello que desea el general. ¡La bella pregunta! Lo que quiere es muy simple; ya no hay más nada que hacer aquí, le ordenaron tomar la Penitenciaría, la tomó y desea regresar a su cuartel general.



Además, el sitio al ver que hay que hacer el duelo de San Javier dejan de disparar y después de habernos enviado más de 6000 balas desde la ciudad, suspenden el fuego.

El general envía entonces y sucesivamente sus batallones, sólo conservando uno para protegerlo. Nuestros heridos fueron sacados en gran parte durante la noche; pero aún nos queda sufrir una penosa prueba; es el desfile de los mexicanos quemados. Estos desgraciados son horriblos, repulsivos; todo el cuerpo, la cara calcinada; la gran mayoría ya no tienen ropa y cargan detrás de ellos la piel y sus carnes colgadas. Este horrible cuadro provoca al corazón y es con gran pena que podemos dirigirles algunas palabras de piedad. El general prescribe enviar sus restos deformes a la ambulancia de Amatlán.

En suma nuestros trofeos son; la fortaleza, 250 prisioneros de los cuales dos coroneles y 8 oficiales, 4 cañones, pólvora, municiones, etc. Este brillante acontecimiento fue logrado por 4 oficiales y 50 hombres muertos, 11 oficiales y 160 hombres heridos. En cuanto a mí, yo me libré desde el principio por el encuentro afortunado de un trozo de metralleta, con poca velocidad que hizo doblar mi brazo y golpear violentamente mi nariz con mi puño; lo cual me hizo decir que únicamente fui herido en mi amor propio; porque la contusión del codo no cuenta.

Antes de retirarse el general dio órdenes formales para que buscaran con el más grande cuidado todos los artefactos y trucos que los mexicanos hubiesen podido dejar y principalmente las mechas. Estas precauciones eran indispensables dado que un instante antes, varios zuavos murieron por una bomba que explotó entre ellos. Este proyectil estaba enterrado y no se veía más que un pedazo de cordón fijado a una estopa colocada en el ojo de la bomba; este cordón unía un par de bombas; al caminar sobre ellas un hombre las hace chocar y explotan los proyectiles. ¡Amable invento!



Nos vienen a anunciar que vamos a tomar el servicio ordinario de trinchera, el coronel Labrousse del 1o. de zua vos toma el servicio. Entonces el general se presenta en el depósito de la trinchera. Ahí encontramos nuestros caballos y cabalgamos en dirección de Cerro San Juan.

El general Bazaine da el informe de la misión tan brillantemente lograda y recibe las felicitaciones bien merecidas del general en jefe. Posteriormente regresamos a galope a Amatlán. Era momento de llegar para la comida. La cena de la víspera no había sido un sueño en vano, moríamos de hambre.



Episodios militares.- Santa Inés



La toma de la Penitenciaría no había conseguido los resultados que se esperaban, Puebla seguía resistiendo. Forey a la vista de los escasos beneficios que les produjeron sus primeros intentos, optó conducir las acciones con menor celeridad a fin de que el desgaste del enemigo obrara en su favor.

Presionado por las críticas de sus aliados mexicanos y parte de su Estado Mayor por su pasividad, se decidió a tomar nuevamente la ofensiva, pero no contaba con la tenacidad y arrojo de sus rivales que provocó que el Ejército de Oriente se anotara el 25 de abril un sonado triunfo logrando rechazar el ataque que pretendía posesionarse del templo y convento de Santa Inés que se encontraba a tan sólo 400 metros de la plaza mayor.

Siete horas duró el asalto y al terminar, los mexicanos quedaron dueños del terreno y de 130 prisioneros de guerra pertenecientes al primer regimiento de zuavos, en cuatrocientos contabilizaba Ortega el número de los muertos franceses.¹ La cantidad de heridos de uno y otro bando era enorme; no eran suficientes las camas en los hospitales de sangre.²

¹ González Ortega a Ignacio Comonfort, Puebla 25 de abril de 1863, seis de la tarde, en Manuel J. Aguirre, *La intervención francesa y el Imperio en México*, p. 127.

² *Idem.*

Las campanas de los templos anunciaron a las once de la mañana el éxito de la jornada, las calles que desde iniciado el sitio habitualmente se encontraban desiertas, se llenaron de curiosos. La esperanza volvió a estar presente en Puebla.

Debe destacarse la actuación del coronel Miguel Auza a quien un ayudante del general en jefe había transmitido la orden “defienda usted el punto hasta rechazar al enemigo, o caer muerto o prisionero con las tropas de su mando”.³ El destinatario de la orden la cumplió, pues pese a haber quedado atrapado entre los escombros, continuó girando instrucciones y alentando a sus hombres en el combate.

Entusiasmado con la victoria, González Ortega escribió a Comonfort, apresurándolo para que se movilizara con todas sus fuerzas sobre las líneas francesas. Esperaba que Forey creyera que se intentaba un ataque general y que diera como resultado el levantamiento del sitio: “lo obligamos antes de seis u ocho días, a levantar el sitio, pues el movimiento de usted va a verlo como resultado de la derrota de hoy, y como el presagio de una batalla que nos proponemos darle”.⁴

Por su parte, el descalabro hizo variar la estrategia de ataque francés, pues se convencieron de que los ataques a viva fuerza les ocasionaría una pérdida considerable de hombres con pobres resultados prácticos, por lo que en adelante, sin dejar de bombardear la ciudad, prefirieron que fuera el hambre quien sometiera a los mexicanos.



³ Castillo, *op. cit.*, p. 307.

⁴ Jesús González Ortega a Ignacio Comonfort, Puebla 25 de abril de 1863, Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, exp. 9102, fs. 6 y 7.

Manzana Sánchez Román - Santa Inés¹

Porfirio Díaz

En la tarde del día 19 de Abril, hallándome de visita en la manzana que mandaba el Coronel Sánchez Román,² contigua a mi línea, fue aquella atacada vigorosamente, procediendo al asalto un cañoneo en brecha que descubrió el muro de una zahurda que la limitaba con la calle. La trinchera de esa manzana estaba trazada en curva, y defendía todo el lado que ve al Occidente y la mitad del que ve al Sur, y se había destruido toda la construcción interior que quedaba fuera del glamís para dar campo de tiro a la trinchera, quedando solamente como cortina o máscara de la fortificación, las tapias y algunos cuantos exteriores que daban a la calle.

Cuando la brecha estuvo abierta, me ocurrió que un pelotón de rifleros armados de revólveres, oculto en aquella zahúrda, que era de las pocas piezas que quedaron sin derribar, podría contener el asalto, puesto que sólo por esa brecha podía venir, y fui personalmente, pasando el foso por una viga a establecer el destacamento, a la sazón que los franceses habían penetrado por la extremidad de la misma calle sin abrir brecha y habiendo forzado una puerta por medio de un pe-

¹ Porfirio Díaz, *Memorias de Porfirio Díaz, 1830-1867*, T. I, México, El libro francés, 1922, pp. 303-309.

² Joaquín Sánchez Román. Militar liberal del que nada se sabe de sus primeros años, tenía a su mando al 4o. batallón de Zacatecas.

tardo. Cuando regresé de colocar el destacamento, los zuavos estaban ya dentro de nuestras trincheras, y habían hecho prisionero al destacamento que yo había colocado en la brecha, menos a dos o tres soldados, que como yo pudieron escalar las azoteas y caer a otras casas que aún estaban ocupadas por fuerzas mexicanas y al salir de allí a la calle donde hicimos una suprema defensa que impidió el paso de los zuavos más allá de la manzana del Mesón de la Rreja.



José María Obregón, *Porfirio Díaz*, óleo sobre tela, 1883
Museo Nacional de Historia. Castillo de Chapultepec.
INAH. Secretaría de Cultura



Tuve la desgracia de presenciar y hasta de ser autor en la pérdida de esa manzana, sin que las tropas que la defendían estuvieran a mis órdenes ni fueran de las educadas por mí, solamente porque me dio pena retirarme de la manzana en los momentos en que ella sufría un ataque.

Vino después, el 25 de Abril de 1863, el ataque al fuerte de Santa Inés que mandaba el General Don Miguel Auza y fue de los más reñidos y notables y en el cual fue rechazado el enemigo dejando más de cien muertos en los parapetos y dentro de las obras de defensa y muchos prisioneros, entre los cuales había varios oficiales, lo mismo que entre los muertos.

El ataque de Santa Inés procedió de la manzana del Mesón de la Reja que pocos días antes le habían quitado los franceses al batallón Sánchez Román. El lado de la manzana de San Agustín que hace frente por su costado Sur a la del Mesón de la Reja, no es de altos, sino que se limita con la calle por la barda de la huerta: pero tiene una serie de piezas bajas, cuyas azoteas estaban barridas por los fuegos de fusilería procedentes de los balcones del Mesón de la Reja.

Durante el ataque a Santa Inés los fuegos tanto de mi trinchera que estaba en la calle con frente para donde debían pasar las columnas de los asaltantes, como los de los balcones de ambas aceras de la calle de San Agustín, eran muy eficaces sobre esas columnas, pero no me parecieron suficientes; y en los momentos en que el ataque era más reñido, saqué por una de las puertas que daban a las azoteas de los cuartos bajos de la huerta, unos pelotones de infantes que llegaron hasta la esquina bajo los fuegos que nos hacía el enemigo, y mis pelotones de los balcones de enfrente hacían los suyos muy eficaces sobre las columnas de asalto, cooperando así, casi decisivamente a cortar la columna y que los asaltantes que habían penetrado al Convento de Santa Inés no fueran apoyados por el resto de la columna, que se vio



obligada a retroceder. En este ataque se distinguió mucho el Capitán Don Timoteo Rincón que sucumbió en él con otros muchos.

Esa salida por las azoteas en las que llevé pelotones de sargentos y cabos escogidos y los soldados más valientes, me fue muy costosa, porque los fuegos de los balcones de enfrente eran muy certeros y porque nuestros soldados no los podían contestar por ocuparse de la columna que asaltaba por la calle, al Convento de Santa Inés.

Al día siguiente el General González Ortega dio algunos ascensos a los oficiales que habían tomado parte en ese combate, y me mandó a mí el de General efectivo de brigada, cuyo nombramiento fue confirmado en seguida por el Gobierno Federal.

Consigno en seguida la relación que hace el Capitán Niox³ en su libro citado, del asalto y rechazada de los franceses en el convento de Santa Inés. (págs. 260 y 271.)

Ataqué el Convento de Santa Inés – A ese fin se dirigían sus esfuerzos (del General Bazaine) al dar sus órdenes para preparar el ataque del Convento de Santa Inés (manzana núm. 52.) y uno de los puntos más fuertes de la nueva línea de defensa del enemigo. Dicha línea estaba entonces trazada por las manzanas números 34, 33, 32, 51, 52 y 53. La número 32 era la del gran edificio de San Agustín, cuyos fuegos cruzados con los de Santa Inés habían sido hasta entonces tan molestos.

La artillería estableció baterías de sitio en la manzana número 30, situada enfrente de Santa Inés, y el cuerpo de Ingenieros sus barrenos de mina. El ataque comenzó el 25 de Abril en la mañana: la explosión de las minas destruyó una

³ Gustave León Niox (1840-1921). Militar e historiador francés, formó parte del cuerpo expedicionario francés. Publicó: *L'expédition du Mexique. Récit politique et militaire (1861-1867)*, París, 1874; y en 1904 *Le Mexique du début du XXème, siècle*.



parte del muro exterior y otras partes exteriores del convento, y las baterías completaron la obra de destrucción, y entonces fue cuando pudieron ser palpadas las inauditas dificultades que el ataque presentaba. Detrás del muro destrozado, existía una maciza reja de hierro que las balas de cañón no podían destruir, y cuatro trincheras colocadas, una tras de la otra, de las cuales las dos últimas, con escarpas de piedras, habían sido construidas con los escombros de construcciones cercanas. Los aproches se hallaban provistos de estacadas paredes de lazos de cuero, unidos entre sí por medio de estacas; tras del último parapeto se alzaban los edificios del convento de Santa Inés, con sus muros almenados y cuyas ventanas y azoteas estaban cubiertas por tiradores. Una ala de ese edificio, sobre la cual se hallaba colocada una pieza de artillería, blanqueaba a las trincheras. A las seis y media los cañones de sitio rompieron sus fuegos tratando de destruir las trincheras destrozando la reja y las obras de mampostería. El fuego se prolongó durante tres horas, a pesar de lo que sufrían los artilleros con la proximidad de los tiradores del enemigo. A las nueve y media recibió el General Castagny⁴ la orden de emprender el asalto.

Se dio la señal: las ocho piezas de sitio hicieron descarga de metralla, y las columnas se lanzaron. La de la derecha, compuesta de cuatro compañías del tercer batallón del 1o. de Zuavos mandadas por el Comandante Melot: la de la izquierda, de cuatro compañías del propio batallón conducidas por el Capitán Devaux. El enemigo había debilitado su fuego, pero, apenas las compañías empezaron a desembocar, cuando las murallas, las ventanas y las azoteas se llenaron de tiradores. Más de 2000 mexicanos concentraron sus tiros

⁴ Alexandre Armand de Castagny (1807-1900). Nació en Vanes, Francia. Llegó a México en 1862 tomando parte del sitio de Puebla y la ocupación de la Ciudad de México.



sobre el estrecho espacio en que se atumultaban los asaltantes, y cuyo trayecto ofrecía enormes dificultades, a causa de los escombros de los muros destrozados y de los obstáculos en él acumulados. Los Zuavos avanzaron bajo una granizada de balas, la columna de la derecha llega hasta la reja, la de la izquierda la rebasa y llega hasta los edificios del convento, pero en ese momento el fuego del enemigo se aviva. Las columnas se detienen como anonadadas: el ataque no puede ser continuado, sin enormes e inútiles sacrificios: se da pues la orden de batirse en retirada pero muy corto fue el número de esos valientes soldados que llegar pudieron a sus líneas Ese terrible asalto había costado en la columna de la izquierda, sobre diez oficiales, nueve muertos o desaparecidos, y en la de la derecha, un oficial muerto, dos desaparecidos y cinco heridos: soldados, 27 muertos, 127 heridos y 176 desaparecidos. Más tarde se supo que de estos últimos 130, entre los cuales iban siete oficiales habían caído prisioneros. El enemigo hizo honor a su valor y los trató con consideraciones. “Estos hombres habían peleado como leones” decía el General Ortega en su parte.



Los prisioneros y heridos de Santa Inés¹

Tranquilino Cortés

Día 25. Sigue el ataque a la plaza bastante fuerte, desde las 5 de la mañana que comenzó por tercera vuelta, a las 6 de la mañana salió una columna del cerro de San Juan para el puente de México; a esa misma hora se nos presentó otra columna por el rumbo de Amozoc, entre la Garita y Amalucan; ésta fue rechazada a cañonazos del cerro de Guadalupe, a las 8 de la mañana. A esta hora, están pasando carros del enemigo por el llano de Teotimehuacán, y el fuego sigue bastante fuerte en el convento de Santa Inés. Por último, el enemigo se apoderó del punto y nuestros soldados los rechazaron, echando abajo las paredes; y sobre los escombros los siguieron, haciéndoles multitud de muertos y heridos, y haciéndoles a más 120 prisioneros y 4 oficiales. Esto fue a las 11 del día y siguió el combate con más fuerza hasta las doce y media, que se desengañaron que las tropas de México pelean y defienden con entusiasmo su independencia. A las 6 de la tarde salió el general Negrete con su División, rumbo a Tlaxcala. Ha vuelto sin novedad en la misma noche y todo ha estado en silencio.

¹ Tranquilino Cortés, *Diario de Operaciones del Sitio de Puebla*, Sobretiro del Humanitas anuario del Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Nuevo León, 1963, núm. 4, p. 454.

Día 26. Comenzó el tiroteo de cañón a las 6 de la mañana. A esta hora, están entrando al Hospital algunos franceses heridos, que están trayendo nuestros soldados, de los que han quedado en Santa Inés, heridos en el asalto de ayer y no se pueden recoger todos los muertos por que no dejan de hacer fuego los franceses, y se pude asegurar que hay más de 300 muertos en la huerta de Santa Inés, todos franceses. A las nueve de la mañana ha llegado por el camino de Amozoc, una fuerza enemiga que tomó el rumbo para el cerro de San Juan; a la misma hora se presentaban algunas guerrillas enemigas por Revenentería y San Aparicio, y a cañonazos del cerro de Guadalupe se han hecho contramarchar. El enemigo parece que se prepara para otro ataque. Se pasó el día y no lo efectuó. En la noche se han estado quietos; arrojan una que otra bomba a la plaza.



La derrota francesa²

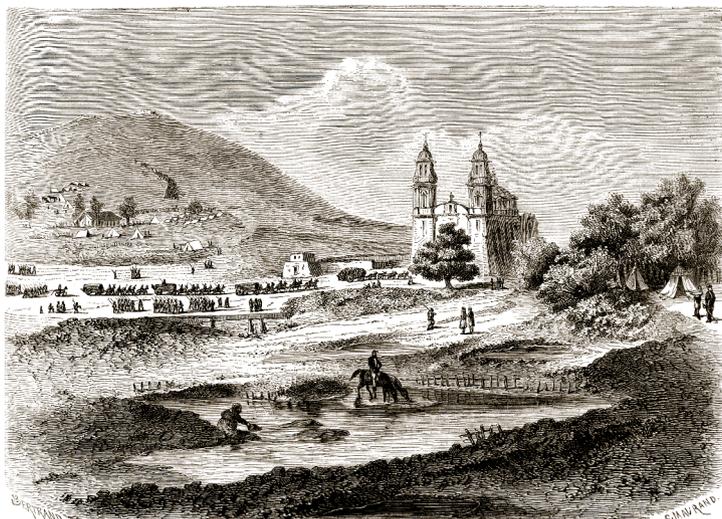
Tirso Rafael Córdoba

Día 25. Los graves acontecimientos de la víspera no eran más que preliminares, por decirlo así, de los no menos desastrosos que debían tener lugar en este memorable día. Concertado, como indiqué antes, el ataque del convento de Santa Inés, a poco más de las seis de la mañana estallaron dos minas que los franceses habían establecido al pie del muro occidental de la huerta de dicho convento, con el objeto de abrir una brecha capaz de que por ellas penetrasen las columnas destinadas al asalto. Las minas no produjeron todo el efecto que se deseaba y la artillería rompió entonces en fuego vivísimo sobre Santa Inés. Tres horas después logróse destruir el muro; a las nueve en punto 400 hombres del 3° batallón del primer regimiento de zuavos, penetraron con arrojo verdaderamente asombroso en el interior del edificio.

En él había aglomerado los juaristas tales y tantos elementos de defensa que parecía imposible dar un solo paso sin encontrar la muerte: una gran trinchera se presentaba desde luego en la mencionada huerta: a pesar de un sinnúmero de rejas colocadas allí en tal disposición que impedían las prontas maniobras de los asaltantes, éstos desalojaron la

² Tirso Rafael Córdoba, *El sitio de Puebla o Apuntes para la Historia de México, sacados de documentos oficiales y relaciones de testigos fidedignos*, Puebla, Imprenta a cargo de J. M. Vanegas, 1863, pp. 84-93.

guarnición que defendía aquel punto, y en breve llegaron a las galerías del convento. Tan vigoroso fue el primer empuje, que los soldados de Zacatecas se llenaron al principio de terror, un desorden grande reinó entre sus filas y retrocedieron hasta la parte oriental del edificio, dispuestos a abandonarlo completamente: en tanto algunos zuavos habían asaltado la trinchera que se hallaba en la calle de la Portería de Santa Inés, haciendo también huir con tal precipitación a las tropas de Toluca que éstas dejaron en poder de los franceses una pieza de a 24.



ESPAGNOLS DE MEXIQUE. — Siège de Puebla. Dépôt provisoire du parc d'artillerie. Couvent d'Amaluzan. (D'après le croquis de M. Brunet lieutenant d'artillerie de la garde.)

Tropas francesas en la ciudad de Puebla, litografía.

El Mundo Ilustrado, 23 de mayo de 1863

Fotomecánico. Acervo INEHRM

Hasta aquí nuestros lectores palparán la ventaja que aquellos 400 zuavos habían obtenido sobre los soldados de Oriente: mas en enseguida un cúmulo de adversas circunstancias



vino a dar a la jornada un aspecto enteramente contrario. Alentados los batallones del Lic. D. Miguel Auza y 2º de Puebla que mandaba el coronel Ramírez, con la idea de que a pocos instantes llegaría en su auxilio la división de reserva, suspendieron la fuga, cosa que, en el estado de desmoralización que guardaba la tropa, costó no poco trabajo a algunos jefes, especialmente al esforzado teniente coronel D. Agustín Izunsa.

Este y otros oficiales en varias luchas que sostuvieron cuerpo a cuerpo con los osados sitiadores dieron pruebas de gran valor. Las fuerzas de reserva y otras muchas cuyo total podría ascender incuestionablemente a 5 000 hombres llegaron a poco tiempo, y el combate volvió a comenzar entonces con nuevo ardor y encarnizamiento.

El resultado no podía ser ya dudoso: viendo los franceses la inutilidad de cualquier esfuerzo para desalojar a los juaristas, y al mismo tiempo la imposibilidad de permanecer allí rodeados como estaban de tan grandes peligros, determinaron contramarchar. No era la primera vez, como recordará el lector, que semejantes movimientos presagiaban un descalabro de los franceses; el más trascendental de todos se hallaba reservado para esta ocasión. La columna de asalto se encontraba aislada en el interior del convento, cuyas revueltas, trincheras, horadaciones y fosos impedían transitar por sus celdas y galerías hasta en momentos de tranquilidad. ¿Pues qué sería en circunstancias tan graves como las de un ataque y cuando ocupadas todas las alturas y puntos bajos del edificio por una guarnición 10 o 12 veces mayor, se hacía un fuego nutridísimo? Agréguese a esto la estrechez de las puertas y taladros y dígame cual otro podría ser la fuerza de aquellos 400 zuavos, separados del resto de su batallón que, estando a corta distancia, no alcanzaba sin embargo a prestarle auxilio. Y aun hicieron los asaltantes heroicos esfuerzos, aun dieron pruebas de un



valor indomable, luchando tenazmente con los sitiados que los acosaban sin tregua: pero ya no era tiempo; mientras la numerosa reserva atacaba a los zuavos, perdidos entre las habitaciones y encerrados muchos de ellos entre las rejas de hierro que obstruían el paso, las fuerzas de la 1ª división de Oriente que ocupaban la manzana contigua al rumbo al Norte, acudieron también por parte que da a la repetida huerta de Santa Inés, y cortados enteramente los franceses, tuvieron que constituirse prisioneros, a excepción de algunos que en medio de aquella granizada de balas lograron encontrar oportunamente una salida.

A las 11 de la mañana un repique a vuelo anunció a Puebla el éxito favorable que las armas de los juaristas acababan de obtener: mucho se ha hablado de esta jornada, en la que se vieron acciones dignas de la epopeya; mas supuestos los antecedente que he dado al lector, haga éste las apreciaciones debidas acerca del triunfo, ya que mi plano no es otro que referir sencillamente los acontecimientos.

Hacía tiempo que las calles de la ciudad estaban desiertas, que causó verdadera sorpresa verlas llenarse repentinamente de curiosos que saliendo de sus casas al escuchar el repique, concurrían a inquirir los pormenores del asalto. No era sin embargo una multitud alegre y bulliciosa la que se encaminaba a la plaza de armas y calles circunvecinas, por el contrario, en la mayor parte de aquellos rostros dejábase ver una profunda tristeza y una inquietud indefinible. La primera provenía del espectáculo sangriento que se tenía delante de los ojos: carros y más carros llenos de cadáveres, muchedumbre de heridos, escombros y desolación: la segunda nacía del tormentoso pensamiento de que los franceses, con el descalabro que habían sufrido, prolongarían aun el sitio de la plaza y las familias tendrían que perecer en fuerza del hambre y los demás padecimientos.



En medio de aquella muchedumbre silenciosa pasaron a pocos momentos más de 100 zuavos prisioneros a quienes se condujo a la Aduana, (excepto los heridos que fueron llevados a los hospitales de sangre) y siete oficiales del primer regimiento que se alojaron en una casa particular de la 2ª calle de Mercaderes. Los juaristas no cabían en sí de regocijo y todos se disputaban la gloria de haber rechazado a los sitiadores y cogido los prisioneros, no obstante que sólo el teniente coronel del 2º batallón de Puebla y algunos otros oficiales de este cuerpo y del de Toluca, fueron los que se adelantaron con unos cuantos soldados a intimar rendición a los franceses, que aun se defendían desesperadamente.

Las pérdidas que así el ejército francés como el de Oriente tuvieron en el ataque de Santa Inés, fueron gravísimas: a más de los prisioneros y de los muchos heridos, el primer regimiento de zuavos tuvo 7 oficiales muertos y 111 individuos de la clase de tropa: quisiera decir a mis lectores el número fijo de las bajas que hubo en las filas de los juaristas, mas no tengo a mi disposición el documento relativo, baste saber que fueron tantos los heridos y tantos los lastimados por los escombros, que se llenaron completamente los hospitales, y por lo que hace a la mortandad, todos hemos presenciado que durante los días 25 y 26, no cesaron de pasar carros, llevando cinco o seis cadáveres, cada uno, sin contar con los que fue imposible sacar de entre las ruinas.

Deseando D. Jesús González Ortega dar una muestra de vivo entusiasmo que agitaba su pecho por la derrota de los franceses determinó... cualquiera pensaría que voy a hablar de un reparto de dinero, o de víveres, hecho a la tropa, o por lo menos de una felicitación dirigida a los vencedores de Santa Inés: lo primero era imposible porque no había dinero ni víveres, digo para los pobres soldados, y lo segundo pareció a González Ortega muy común. Deter-



minó pues poner en libertad a algunos de sus oficiales que se hallaban en la cárcel por haber cometido grandes crímenes. ¿No es verdad que estos generosos actos eran muy dignos de la reforma?



Las posiciones mexicanas durante la acción de Santa Inés

Francisco de Paula Troncoso

La importancia del punto de Santa Inés, es grandísima, pues forma con la manzana de la izquierda el ángulo de nuestras dos líneas del Sur y del Poniente, y detrás no había más obras que los parapetos de las calles.

Al amanecer de hoy 25, los franceses rompen un fuego pausado por todo el largo frente comprendido entre San Agustín y Santa Inés, y entre éste y el Carmen. Estando con esto muy marcado un ataque a alguno o a algunos de los puntos fuertes de estas líneas, se dan las órdenes y se ejecuta lo siguiente:

El General Berriozábal¹ situó al Coronel Caamaño² en las calles de la Concordia y Zárate con cien hombres del 1º de Toluca (su Batallón), y cien del 3º con el Coronel Taboada; al Teniente Coronel Padrés con doscientos hombres del 2º, cer-

¹ Felipe Berriozábal (1829-1900). Militar zacatecano. Participó en la Revolución de Ayutla con los liberales y en la Guerra de Reforma. Participó en la batalla de Puebla del 5 de mayo de 1862. En 1863 fue hecho prisionero pero logró fugarse para unirse al presidente Juárez, quien lo nombró ministro de la Guerra en 1865.

² Juan Caamaño (1833-1895). Natural de la Ciudad de México. En 1864 se hizo cargo de la gubernatura de Michoacán, hasta que en julio de ese año se adhirió al Imperio.

ca de la Portería de Santa Inés. El General Díaz,³ con fuerza de los Batallones de Oaxaca y Jalisco, se estableció en San Agustín para atender a este interesantísimo punto, y como reserva de la derecha. El General Berriozábal se colocó en la calle del Noviciado de San Agustín, centro de la línea, como reserva, con algunas compañías de los Batallones de Jalisco.



EXPÉDITION DE MEXIQUE. — Centre-guerrillas de Vera Cruz organisés par le colonel Piguerrero. (D'après un croquis de M. Brunet, lieutenant d'artillerie.)

“Campamento de guerrilleros mexicanos”, litografía.

El Mundo Ilustrado, 28 de febrero de 1863

Fotomecánico. Acervo INEHRM

³ Porfirio Díaz (1830-1915). Nació en Oaxaca el 15 de setiembre de 1830. Estudió Leyes en el Instituto de Ciencias y Artes de la misma ciudad. En 1854 se incorporó a la Revolución de Ayutla y durante la Guerra de la Reforma militó en el bando liberal. Se distinguió por su actuación en la batalla del 5 de mayo en Puebla.



El General González Ortega dispuso que la 2ª Brigada de Zacatecas, al mando del General Ghilardi,⁴ se situara en las calles y Plazuela del Carmen, como reserva de la línea del Sur; la 3ª Brigada, a las órdenes del General Régules, entre el Carmen y los Gozos; a la derecha de ésta el Coronel Escobedo⁵ con su Brigada; y el 4º Batallón de Puebla, con su Coronel Ramírez, en la calle de la Colecturía. El Teniente Coronel Tuñón Cañedo, con el pequeño Batallón de Zaragoza, defendía la manzana de la izquierda de Santa Inés, que se había fortificado bien, y que forma el ángulo de las dos líneas Sur y Poniente. El Coronel Auza situó de su Brigada doscientos hombres en la Concordia, quedando sólo con seiscientos.

El General Berriozábal dio aviso violento al General en Jefe de la colocación de sus tropas, e igualmente éste al primero, de sus disposiciones. El General Berriozábal me envió a dar el aviso al General en Jefe, a quien encontré en la Plazuela del Carmen, dando órdenes. Lalanne⁶ fue el que envió el General González Ortega al General Berriozábal, y me contó cómo debían quedar colocadas las tropas.

⁴ Luis G. Ghilardi (?-1864). Militar italiano que se unió a la causa liberal desde la rebelión de Ayutla, más tarde regresó a su Italia y combatió bajo las órdenes de Garibaldi. Nuevamente en México ofrece sus servicios a la República. En marzo de 1864 fue fusilado por los imperialistas.

⁵ Mariano Escobedo (1892-1902). Nació en Nuevo León. Participó en la batalla de Puebla del 5 de mayo y también durante el sitio de la misma ciudad en 1863, fue hecho prisionero pero logró fugarse en Orizaba para unirse a Porfirio Díaz. En 1867 como general en jefe del Ejército del Norte tomó la ciudad de Querétaro tomando prisionero al emperador Maximiliano.

⁶ Lalanne, Jesús (1838-1916). Nació en Guanajuato. Combatió contra la Intervención Francesa y el imperio de Maximiliano. Alcanzó el grado de General de Brigada en 1867. Fue magistrado del Supremo Tribunal Militar en 1899, y gobernador del Estado de México. Se le concedió el grado de General de División en 1913. Murió en Tacubaya.



Poco después de las seis y media, el enemigo da fuego a varias minas que habían hecho a pie y bajo los muros exteriores de Santa Inés, por medio de tres galerías que atravesaban la calle de Galicia. Los muros caen formando grandes montones de escombros; pero los franceses se habían engañado al creer que a esos muros se apoyaban algunas casas. La fortificación queda a la vista, y sobre ella y los escombros que la cubren en parte, dirigen el fuego de ocho cañones que tenían ya prevenidos en la acera de enfrente. Parece que este fuego esperaba la artillería enemiga de las líneas Sur y Poniente para redoblar los suyos, pues inmediatamente los cañones frente a los fuertes de Teotimehuacán y el Carmen, y los de las trincheras de las calles de Cañitas, los Locos, Quintanilla, Padre Ávila y Mesón de Guadalupe, comienzan a tirar con una intensidad creciente. Nuestra artillería responde; el ruido es imponente; los proyectiles llueven sobre las obras y esa parte de la ciudad.

Cerca de una hora dura el fuego sobre Santa Inés, pues a las siete y media, creyendo tal vez que sus ocho cañones, jugando a tan corta distancia, han hecho un grande efecto en las obras, cesan de tirar. Un zapador que tenía puesto un gran capotón, atraviesa corriendo la calle, llega a los escombros, mira un momento la fortificación y retrocede violentamente; pero al llegar a la mitad de la calle, cae muerto por una salva que le hacen los treinta infantes de Toluca colocados en el parapeto de la calle del Noviciado de San Agustín que flanqueaba todo el frente atacado, en cuyo parapeto, además de dos cañones, estaban listos esos treinta infantes en dos filas. Otro zapador, pasa, pero acostado y rodándose en el suelo, llega a los escombros, y arrastrándose en éstos, ve y retrocede del mismo modo, pero también es muerto, al llegar de vuelta de donde salió, por otra salva de la trinchera del Noviciado de San Agustín; los suyos lo meten por la puerta. Un oficial pasa igualmente pero no vuelve.



De repente cubren la calle con una travesa rodante de madera, y atraviesan a la carrera dos columnas de zuavos, que penetran en Santa Inés; un fuego nutrido se escucha; los soldados franceses siguen pasando; una pieza de la trincherera del Noviciado de San Agustín, rompe el fuego despedazando la travesa, (la otra, un obús de 16 centímetros, no estaba lista, pues un artillero, al cargar, metió el cartucho por el suplemento de madera, pero pronto comenzó a tirar). Estos tiros a metralla y las descargas de los 30 infantes, hacen un grandísimo efecto en las columnas enemigas y no dejan pasar más soldados. Otros treinta infantes de Oaxaca los sitúa el General Díaz en el talud de la banqueta del parapeto, para alternarse con los de Toluca. Las piezas siguen tirando.

Los zuavos no pueden llegar al parapeto si no es por un pequeño espacio, pues la reja se los impide, y son acribillados a balazos por las dos líneas de fuego, y por algunos cañonazos que pudo tirarles el Capitán Casarín;⁷ pugnaban sin embargo por saltar la reja y pasar por donde ésta no alcanzaba, llegando muchos hasta el foso y saltando otros, y sigue por largo tiempo un reñidísima combate. Algunos franceses retroceden para volver a su línea, pero sólo unos cuantos logran esto, con fuertes pérdidas, pues a los demás se los impide el fuego del Noviciado y casas inmediatas, que ni permite dejar pasar más a Santa Inés, ni volver a los que allí estaban.

Los soldados de Zacatecas, llenos de entusiasmo, suben al parapeto, lo que les cuesta muy caro, pues pierden gran número.

Una gran parte de los zuavos penetra por las puertas del costado del parapeto, matando a todos los soldados de la

⁷ Alejandro Casarín (1840?-1907). Pintor, músico, literato y poeta. Participó en la defensa del sitio de Puebla y fue deportado. En Francia hizo amistad y trabajó con Meissonier, Zamacois, Fortuny, Carot y Millet.



escuadra de Gastadores del 3º de Zacatecas, que allí estaban; rompen los zuavos dos puertas de los almacenes y penetran al patio, dirigiéndose a la escalera, tratando de subirla, pero el comandante J. M. Flores se los impidió con dos Compañías del 3º, trabándose un fuertísimo combate, pugnando los zuavos por subir, y los nuestros por rechazarlos; la escalera se llena de cadáveres. Se les hacía fuego por dos lados del patio, y retrocedieron a las bodegas donde se hacen agujeros en los techos y se les grita que se rindan, pero ellos disparan sobre los agujeros, matando a varios soldados; entonces, bajo la dirección del Teniente Coronel Lalanne, se les arrojan granadas de mano que producen gran efecto por cuyo motivo acaban por rendirse, tirando sus fusiles por las ventanas en señal de rendición. El Coronel Cosío los manda sacar y llevarlos fuera del patio.

El Capitán Casarín quedó encerrado con un pelotón en una pieza por donde pasaron los zuavos, pero como se fueron de frente, no lo vieron, porque se cubrió con unas grandes barricas de vinagre y con cajones que había en abundancia.

Durante el combate, la artillería francesa tira nuevamente sobre las partes alta y media del edificio y acaba por derribar grandes lienzos de muros y techos, cerca del parapeto, quedando enterrado bajo los escombros el Coronel Auza, Jefe del punto. Se le saca con gran trabajo en medio del fuego, sumamente estropeado y herido; al principio se negó a retirarse y quiso seguir dirigiendo a sus tropas; pero no pudo más y entonces tomó el mando el Coronel Cosío.

La otra parte de zuavos que hacía grandes esfuerzos para pasar la reja, viéndose diezmada sin conseguir su objetivo, se dirigió igualmente sobre la brecha y puerta contigua a la que había dado paso a la primera, llegando a reunirse con ésta, pero también sufrió el fuego de las aspilleras de



la parte baja y la lluvia de granadas de mano, teniendo que rendirse como la otra.

Mientras tenía lugar el combate de Santa Inés, el enemigo simula un ataque sobre los fuertes de Teotimehuacán (Ingenieros) y el Carmen, de donde se les cañonea, y retroceden; pero algunas de sus tropas se acercan a la derecha del Carmen al que cañonean.

Simultáneamente, viniendo de las calles de Cañitas y de la Obligación, dirigen dos pequeñas columnas de infantería sobre las de Juan Roque y Portería de Santa Inés. En la derecha del Carmen y por Juan Roque son rechazados por el Gral. Régules con los batallones 1º y 2º de Morelia, y por el Coronel Mariano Escobedo que llega con el 1er. Batallón de San Luis y Zapadores del mismo.

Al penetrar los franceses en Sta. Inés, queda abandonado un obús de a 24 en la calle de la Portería, por haber sido rebasada la trinchera, apoderándose de la pieza una columna enemiga que se dirigió por esa calle; pero el Teniente Coronel Padrés, con sus soldados del 2º Batallón de Toluca, y aunque con pérdidas, la recobra y rechaza al enemigo.

A la misma calle de la Portería de Sta. Inés, marcha el Coronel Caamaño con los doscientos hombres de los Batallones 1º y 3º de Toluca y paraliza y rechaza a la misma columna francesa, que volvía reforzada a la carga. Ambas fuerzas se rompen en el fuego, se abordan, y el enemigo deja 24 prisioneros en poder del Coronel Caamaño. Llegan unas compañías de Jalisco y retrocede aquél hasta sus trincheras. Esta columna francesa, al pasar la bocacalle, de ida y vuelta, recibió cuatro cañonazos del parapeto del Noviciado, dejando tirados algunos hombres.

Otra pequeña columna francesa que saliendo de la calle de la Obligación se dirigía sobre la de la Siempreviva, es rechazada inmediatamente apenas avanzó unos cuantos pasos, por el fuego de los soldados de Oaxaca y del cañón



de la Siempreviva, así como por los de la manzana de San Agustín y por los tiradores de las esquinas de la calle. Es una barbaridad el haber querido salir esta fuerza enemiga por una calle tan defendida; tal vez fue una equivocación de órdenes.

Al acabar el combate de Santa Inés, llegó el 2º Batallón de Puebla con su Coronel Ramírez, quien recibió una parte de los prisioneros. Este jefe fue alumno del Colegio Militar, de la época de Montesinos,⁸ Cosío y otros amigos.

La brigada del Coronel Escobedo es mandada a la izquierda de la manzana de Santa Inés, para hacer retroceder una pequeña columna que se dirigía por Segunda vez para la calle de Juan Roque.

A unas compañías del 3er. Batallón de Toluca, con su Coronel Taboada, se les manda ocupar las casas de la esquina de Pitiminí, desde cuyo lugar batía las otras esquinas del frente, ocupadas por el enemigo.

Como el fuego del cañón enemigo fue muy intenso por largo tiempo sobre San Agustín, se creyó en un ataque a este punto, y el General Díaz tomó las disposiciones necesarias. No fue así, pues todo se redujo al cañoneo.

Así pues, el enemigo ha sido rechazado en sus furiosos ataques en las dos líneas, sufriendo pérdidas enormes, principalmente en Santa Inés, que ha desempeñado el primer papel del día. Solamente en este punto perdió 240 soldados muertos y heridos y 164 prisioneros, más 24 en la calle de la Portería; 60 están heridos; murieron una gran parte de sus oficiales, y cayeron prisioneros 7, cuatro de ellos heridos. Esto es lo que dicen en el Cuartel General.

⁸ José Montesinos (1839-1895). Militar conservador que combatió en contra de la Revolución de Ayutla y de la Reforma. Al ocurrir la Intervención Francesa se unió a las filas de la República. Deportado a Francia regresó a México en 1866.



Nuestros Generales, Jefes de las Líneas y de las Brigadas, han estado muy activos y oportunos; los Jefes y oficiales de los batallones muy bien, como siempre; la tropa perfectamente.

Nuestras pérdidas han sido también muy grandes. Entre los muertos están, según lo que se dice, el Coronel del batallón de Morelia, Rafael Nogueira, a quien hemos sentido mucho por ser amigo y compañero del Colegio Militar; el Teniente Coronel del 3er. Batallón de Zacatecas, Mateo Salas; el Pagador del mismo, Márquez; el Capitán Timoteo Rincón, Ayudante del General en Jefe; el 2º Ayudante del 3º de Toluca, Ignacio Méndez; el Teniente del 1º de Toluca, Margarito Moreno, etc., etc. Entre los heridos están: el bravo Comandante Galindo, del 1º de Zacatecas, que lo fue al estar haciendo el relevo; el Capitán 1º de Ingenieros, Francisco Beltrán; el Capitán 2º de Ingenieros, Francisco Hernández; el Capitán del 3º de Toluca, Juan Ramírez, exalumno del Colegio Militar, etc., etc. Respecto a la clase de tropa, nuestras pérdidas pasan de 200 muertos y 300 heridos. Esto es lo que se cuenta; pero estas pérdidas han de ser mayores, lo mismo que las del enemigo, pues según el número de sus ataques, el tiempo que duró el combate, y los puntos atacados, las bajas de éste han de haber llegado y aun pasado de 800 hombres. Pronto sabremos el verdadero total de nuestras pérdidas.

El parapeto de la calle del Noviciado de San Agustín, con sus dos cañones y sus sesenta infantes, y los grupos de tiradores de las esquinas en las casas de las calles atacadas fueron, como se ha visto, de grande ayuda en la defensa de esa línea que enfilaban. Este útil parapeto se hizo por orden del General Díaz.

Algunos prisioneros franceses, dicen que a las minas de Pitiminí debía de habérseles dado fuego, hoy, y no ayer, y que el aguacero de la tarde hizo que fuese adelantada su preñida. Esto quiere decir, que el ataque iba a ser mucho



más formal, bien que el de hoy haya sido un ataque general, demasiado fuerte, a dos líneas, con 1 500 a 2 000 hombres, sostenidos por una gran parte de su artillería.

Durante el ataque de Santa Inés y demás puntos del Poniente y Sur, el enemigo llamó la atención frente al Señor de los Trabajos con dos cañones y numerosos tiradores que simularon un ataque. También frente al fuerte de Zaragoza hizo aparecer una columna de infantería en el cerro de Tepozúchil, la cual destacó e hizo bajar algunos tiradores hasta el Molino del Cristo. Son cañoneados y se retiran.

En la tarde, para vengarse, y como hacen siempre que se les rechaza un ataque, han tirado sobre las líneas a todo su sabor.

Cerca del anochecer es relevada la Brigada Auza, ahora Cosío, con la del General Ghilardi en Santa Inés. Cosío pasó al Carmen.

Nuestro consumo de municiones debe de haber sido muy grande; con tres combates tan generales y tan largos como los de hoy, nos quedamos sin municiones.

Ahora sí creemos que habrán escarmentado completamente los franceses, y que no volverán a sus tremendo ataques a las manzanas y calles, ni aun ayudándose de las minas. Me parece que tenían tan segura la toma de Santa Inés y puntos inmediatos, que por eso lanzaron varias columnas por las calles, lo cual fue una temeridad que nunca habían hecho, aunque sean tan atrevidos y valientes. Creemos también que van a atacar en toda regla a Ingenieros o el Carmen, pues sus trabajos lo indican bien.

Grande alegría y entusiasmo reina en la Guarnición, y sólo hay la preocupación de las municiones y de los víveres. La cosa es grave; la población grita ya de hambre y hay escenas muy conmovedoras. En cuanto a la Guarnición, la carne sancochada de caballo y de mula, no es muy sabrosa que digamos, y menos cuando no está bien acompañada con



otro comestible; y nótese que los animales no tienen ya qué comer.

Al Capitán Rincón (Rinconcito, como le llamábamos), lo mataron por temerario. Se fue a la calle de Obligación, se subió a la azotea de la casa de la esquina con otros tiradores, adelantándose con fusil en mano, y lo cazaron de enfrente.

A Pancho Hernández lo hirieron por su imprudencia: salió pecho descubierto de la casa que está cerca de la esquina de la calle de Pitiminí, en la Siempreviva, cuando el fuego estaba muy vivo, e inmediatamente recibió un balazo en la derecha de la frente, que por fortuna sólo le llevó la piel. Ahora está cojo aun, por la herida de San Javier; vendado el pescuezo, por la de Cabecitas, y con otra venda en la cabeza y frente por la de la Siempreviva, la que le ha causado una fuerte inflamación. Los Generales Berriozábal, Paz y García no han podido menos que reírse al verle su fachada; lo han sermoneado por su temeridad e imprudencia, pero pierden su tiempo.-Hablando seriamente, me dice, ¿qué te han parecido los días de ayer y hoy? -Que no pueden ser mejores, le respondo; solamente me preocupa, lo mismo que a todos, el consumo de municiones y la escasez de víveres.- Pues no deberías preocuparte tanto. Las municiones las construirá el General Paz, y en cuanto a los víveres, ya verás cómo se descubren nuevos depósitos escondidos.- No lo creo así, y se me figura que antes de quince días, o tal vez diez, todo se ha agotado.- Eso quiere decir, responde riéndose, que estamos jugando al *gana pierde*; pero al menos no dirá el enemigo que hemos sido vencidos por sus ataques.

Al caer la tarde, los amigos nos visitamos, nos contamos unos a otros lo que hemos visto o sabido; nos damos los parabienes, etc. Esta alegría ha sido menor por el sentimiento de los amigos muertos o heridos gravemente. Como que los Coroneles Caamaño y Taboada, el Teniente Coronel Padrés, los Comandantes Peralta y Calderón, los Capitanes de Ar-



tillería Castañeda y Sánchez; y otros de la misma línea son exalumnos del Colegio Militar de Chapultepec, hemos hecho grandes recuerdos de Colegio respecto a nuestros compañeros muertos o heridos.

DÍA 26 DE ABRIL

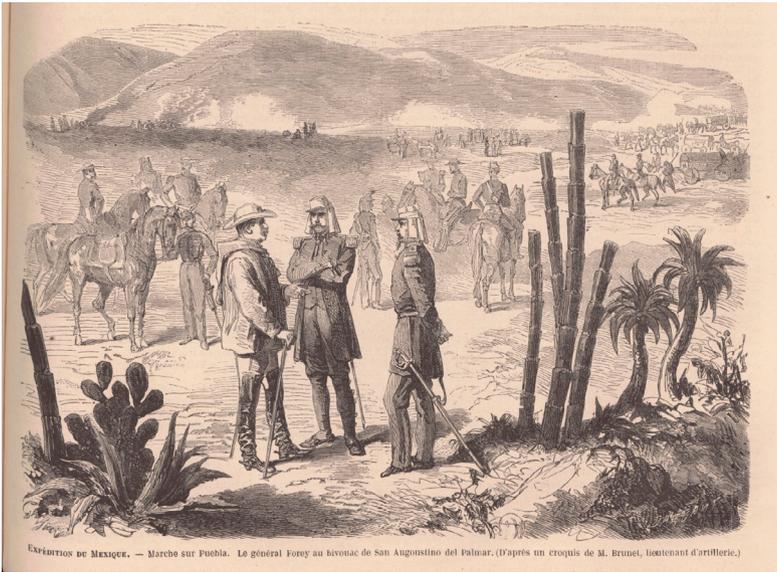
La calma es general; solamente las bombas siguen cayendo sobre la ciudad, una o dos cada media hora.

El enemigo, con la pérdida enorme que ha tenido ayer, sólo ha de pensar en reponer y perfeccionar sus líneas y en emprender otra especie de ataques que no sean directamente a nuestra línea del Poniente, que ha de suponer que es la sola que está fortificada fuertísimamente. Se pegará un buen chasco, pues si ataca el Carmen, encontrará allí de nuevo a San Javier, corregido y aumentado...



La rendición





El general Élie-Frédéric Forey,
El Mundo Ilustrado, 2 de mayo de 1863, litografía
Fotomecánico. Acervo INEHRM

Conforme avanzaban los días, la carencia de alimentos y de municiones se agudizaba, el general en jefe al igual que la mayoría de sus generales, eran de la opinión que romper el sitio era la mejor opción para salvar el mayor número de elementos del Ejército de Oriente. Sin embargo, el supremo gobierno de la República consideró que convenía más a los intereses de la nación que los sitiados resistieran en la plaza. Para su sostenimiento se determinó ordenar que el Ejército del Centro intentara en una arriesgada acción, introducir un convoy con suministros de boca y de guerra.

Cuando intentaba cumplir con su misión de aprovisionamiento, el Ejército del Centro fue derrotado el 8 de mayo en San Lorenzo poniendo fin a la última esperanza de los sitiados.

En Puebla tras largas deliberaciones, se decidió rendir la plaza, para tal efecto, el general José María González de Mendoza fue comisionado por el general en jefe para negociar los términos.

El 17 de mayo el general González Ortega envió a Forey la siguiente carta:

Señor General:

No siéndome ya posible seguir defendiendo esta plaza, por falta de municiones y víveres, he disuelto el ejército que estaba a mis órdenes y roto su armamento, incluso toda la artillería. Queda, pues, la plaza a las órdenes de vuestra ex-

celencia y pude mandarla ocupar, tomando, si lo estima por conveniente, las medidas que dicta la prudencia para evitar los males que traería consigo una ocupación violenta cuando ya no hay motivo para ello.

El cuadro de generales, jefes y oficiales de que se compone este ejército, se halla en el Palacio de Gobierno y los individuos que lo forman, se entregan como prisioneros de guerra.

No puedo, señor general, seguir defendiéndome por más tiempo. Si pudiera, no dude vuestra excelencia que lo haría.¹

No deseando que cayeran en manos del enemigo las armas y demás recursos bélicos que aún eran útiles, el mando del ejército dispuso que se destruyeran los fusiles e inhabilitaran los cañones, una vez cumplida esa dolorosa misión, los oficiales se dirigieron al cuartel general, situado en el palacio del Arzobispado y ahí se dispusieron a esperar a los franceses para constituirse sus prisioneros.



¹ González Ortega, *Parte general*, p. 118.

González Ortega pretende que Forey le permita abandonar Puebla con su ejército y armas¹

Tirso Rafael Córdoba

Día 16. Muy cerca del medio día, el general D. José María González Mendoza salió de la plaza y se encaminó al cuartel general francés en calidad de parlamentario. Presentado ante el Sr. Forey, le mostró los poderes que tenía para tratar un armisticio y proponer verbalmente las besas de una capitulación. El general Forey rehusó abiertamente suspender las hostilidades y manifestó que cualquiera que fuese el tratado que pretendían celebrar los juaristas, se discutiría sin interrumpir el combate. El parlamentario habló en seguida de la capitulación y propuso al jefe francés que dejase salir de la plaza la guarnición con armas, bagajes y una parte de su artillería de campaña, dejando al ejército de Oriente que se retirase a México. Era de todo punto imposible que el general Forey accediese a tan extrañas pretensiones: bien se dejada ver que el pensamiento de los llamados liberales no era otro que ir a continuar la guerra en otra parte, prolongando así las miserias y desgracias del país. El general Forey contestó que lo único que podía hacer en favor

¹ Tirso Rafael Córdoba, *El sitio de Puebla o Apuntes para la Historia de México, sacados de documentos oficiales y relaciones de testigos fidedignos*, Puebla, Imprenta a cargo de J. M. Vanegas, 1863, pp. 113-129.

de la guarnición sitiada era permitirle que saliese con los honores de la guerra, y que desfilando luego ante el ejército francés, depusiese las armas y se constituyese prisionera. Después de una larga conversación sobre la situación de México, el general Forey despidió al parlamentario, recomendándole dijese a González Ortega que enviara proposiciones escritas.



EXPEDITION DE MEXIQUE. — Le 2^e chasseurs d'Afrique chasse les Mexicains de San-Andrés Chalechconulils. (D'après un croquis de M. de Tugny.)

Combate entre zuavos y mexicanos.

El Mundo Ilustrado, 7 de febrero de 1863, litografía

Fotomecánico. Acervo INEHRM

El general Mendoza volvió a la plaza a las cinco de la tarde: los juaristas lo aguardaban con inexplicable inquietud, y en el momento que llegó fue convocada una junta de generales, que a las oraciones de la noche se halló reunida, con el objeto de discutir el medio que debía adoptarse, supuesta la disposición en que se encontraba el general en jefe del ejército



sitiador. Después de dos horas de un debate acalorado, la junta se disolvió sin haber acordado la resolución que exigía la gravedad de las circunstancias. A las diez de la noche volvió a reunirse, y en ella hubo todavía quienes insistieran en llevar a cabo el proyecto de romper por la fuerza el cerco a todo trance: mas considerando atentamente las grandes dificultades que para ello se presentaban y el desastroso fin que tendrían tantos sacrificios, la mayor parte de los jefes de Oriente convino en rendirse a discreción.

En el mismo instante mandó González Ortega que su ejército se disolviera, inutilizando antes el armamento y todas las municiones de guerra que le quedaban. Después de medianoche, extrañas y fuertes detonaciones, rumores siniestros, precipitado rodar de carros y choques violentos de unos cuerpos con otros, turbaron el sueño de los habitantes de Puebla, quienes llenos de angustia, procuraron averiguar la causa de aquel temeroso estruendo y supieron que era el desenlace de la guerra y el fin de la opresora demagogia. El terror más profundo se apoderó de todas las familias, que desde el interior de sus casas escuchaban el vocerío de una muchedumbre desenfrenada que corría en todas direcciones, despojándose del uniforme militar, rompiendo los fusiles, espadas y bayonetas, clavando las piezas de artillería y poniendo fuego en los principales depósitos de parque. ¡Qué escena tan espantosa la de esa sombría noche! Por momentos se esperaba que a favor de las tinieblas, incitados por el hambre y el instinto del robo y alentados por la licencia que acababa de darles González Ortega, los soldados del deshecho ejército de Oriente se entregasen al saqueo más escandaloso y aun al incendio, el asesinato y las venganzas de todo género. ¿Quién podía castigar a los culpables si tales crímenes se hubieran perpetrado en toda la ciudad, como en algunas casas comenzaron a cometerse? ¿Quién hubiera impedido en aquella lúgubre noche el que las partidas de



rabiosos demagogos arrebatasen la fortuna de los hombres honrados, ultrajasen el pudor de las vírgenes y concluyesen con la existencia de los que trataran de oponerse inútilmente a los atentados del vandalismo? Sólo la Providencia divina nos salvó en aquel conflicto, y mirando nuestras amarguras y abandono, tuvo compasión de nosotros y extendió su diestra para defendernos: sólo ella puso miedo en el corazón de los soldados, quienes, deseando por otra parte salir de la triste situación en que se hallaban, próximos a perecer de hambre y sujetos a otras penalidades, no tuvieron tiempo de pensar en los excesos que G. Ortega les daba ocasión de cometer, y sólo se ocupaban en despojarse del traje militar, y alejarse entre la confusión y el desorden, del teatro de los sucesos.

De propósito he insistido en estos pormenores y en la consideración de los gravísimos peligros a que quedó expuesta esta población con la última mediad de los juaristas, porque algunos se han empeñado en hacer creer, que el modo con que González Ortega terminó la contienda de Puebla, fue altamente glorioso y digno de un general, cuyo nombre debe conservar la historia. Entre los que así opinan se no pocos europeos, a juzgar por algunos conceptos que veo estampados en los diarios; más con permiso de tan respetables escritores, consignaré aquí mi pobre juicio acerca de la cuestión que nos ocupa.

Ante todo debo advertir que la persona a quien D. Benito Juárez confió el mando del ejército de Oriente, después de la muerte de D. Ignacio Zaragoza, no sólo era un general de revolución, un jefe de circunstancias, incensando neciamente por un partido que dispensaba su protección a la escoria de la sociedad, sino un hombre enteramente desprovisto aun de aquellas dotes que se veían en algunos de sus correligionarios. Hubo un tiempo en que éstos, en medio del delirio que les ocasionó el triunfo alcanzado sobre el ejército del Ge-



neral Miramón por las tropas constitucionales, apellidaron a González Ortega el *héroe de Calpulalpan*, atribuyéndole una victoria que estuvo muy lejos de alcanzar, supuesto que no a él, sino a las disposiciones tomadas por otros cabecillas, se debió aquel golpe funesto. Funesto, sí, para los buenos mexicanos, que desde entonces vieron casi aniquilado el partido del orden, y entronizado el de la demagogia, cuya bandera representaba la ruina de todos los elementos sociales.

El *héroe de Calpulalpan* seguía entretanto recibiendo en México las más viles adulaciones; la imprenta no cesaba un instante de encomiar el valor, los claros talentos y acendrado patriotismo del popular y demócrata González Ortega, y de este modo, un hombre nulo en todas materias, se vio elevado a la cumbre del favor y aun llegó a colocarse en el primer asiento de la Suprema Corte de la Justicia!... él, cuyos antecedentes...mas yo me alejo demasiado de mi asunto.

Transcurrido algún tiempo, y cuando ya los excesos del gobierno de Juárez iban a ser castigados por la Francia, no había quien se acordara del *héroe de Calpulalpan*, su época de gloria había pasado: al frente de las fuerzas que combatir debían con el ejército franco-mexicano, se hallaba otro general también hechura de la revolución, pero superior a todo a D. Jesús González Ortega. Este vio sin duda con júbilo la desaparición de un rival que, sucumbiendo en Puebla, dejaba el campo libre a las aspiraciones de otros reformistas y llamados patriotas, entre los cuales no dudaba González Ortega obtener la preferencia. En efecto, D. Benito Juárez tendió la vista en rededor de sí, y no encontrando sujeto que a su entender fuese más digno de desempeñar el mando en jefe del ejército de Oriente, volvió a poner en escena al *héroe de Calpulalpan*.

Sabidas las vergonzosas derrotas de Barranca Seca y el Borrego; en este último punto González Ortega fue destrozado, y para disculparle de una impericia que no tenía lími-



tes, dijeron los demagogos que tanto él como sus soldados se encontraban dormidos en el momento que los franceses los atacaron. Si eso es honroso y digno de un general en jefe, bórrese del diccionario de la lengua la palabra ridículo.

Ahora bien, en la defensa de Puebla y modo de terminar el sitio, González Ortega, lejos de portarse como un héroe, se hizo despreciable aun a los ojos de los mismos que lo rodeaban. Durante el asedio, cuya vigorosa resistencia debióse principalmente a jefes que habían pertenecido al ejército de Mendoza, Negrete, Prieto, etc., y a uno que otro audaz revolucionario de los titulados generales como Lallave,² y Berriozábal, González Ortega no dio una sola disposición para conseguir el fin que deseaba Juárez y sus partidarios. Se ha dicho en París que el general Mendoza es el hombre de la defensa de Puebla: pudiera decirse más bien que es el hombre de la destrucción y de los males de Puebla; mas en fin si se quieren dejar a un lado los crímenes de los llamados defensores de la patria y considerar tan sólo las pocas o muchas prendas militares que se descubrieron en cada uno de ellos, el participio más o menos grande que tuvieron en la dilatada resistencia, dígase cuanto se quiera en elogio de todos, mas respecto del pretendido General González Ortega guárdese un silencio profundo, ya que la moral pública no permite manifestar cuales fueron sus ocupaciones durante la guerra.

Llegamos al desenlace de ésta: a mí lejos de parecerme heroico, se me representa sobre manera ridículo y altamente criminal. ¿Hay cosa en efecto más propia para excitar el desprecio que ver a *un general* disolviendo un ejército de catorce mil hombres, después que este ejército se defendió con valor durante dos meses, dentro de los muros de una ciudad bien

² Ignacio de la Llave (1818-1863). Militar y político liberal, nació en Orizaba. Luchó del lado liberal en la Revolución de Ayutla y la Guerra de Reforma, fue gobernador de su estado natal de 1861 a 1862.



fortificada? Y si aquel *general* se llamaba el *héroe de Calpulalpan*, el brazo fuerte de la demagogia, el que pocos días antes escribía a D. Benito Juárez *que tenía el honor de hallarse sitiado por los primeros soldados del mundo*, ¿no es verdad que merece la calificación de necio y ridículo por haber dispuesto que sus tropas rompiesen todas las armas y fueran a presentarse ante los franceses, no cual convenía a unos valientes, sino tal vez como unos despreciables mendigos? ¿Quién puede afirmar con seriedad que González Ortega ejecutaba un acto de heroísmo, encerrándose con todos sus oficiales en el palacio episcopal y escribiendo al general Forey, que la plaza estaba a su disposición?

Heroico habría sido imitar el glorioso ejemplo que años atrás dio en Cuautla el benemérito Morelos; empuñar las armas con fuerte mano en lugar de romperlas cobardemente y abrirse paso por medio de las columnas francesas: una ancha huella de sangre hubiera marcado el camino de los juaristas, mas el nombre de los soldados que escapasen se pronunciaría siempre con admiración y cualquiera que fuese el juicio de la posteridad acerca de González Ortega, jamás dejaría de aplaudirse su denuedo.

Se objetará que en el extremo a que se hallaba reducida la guarnición de Puebla, era imposible que no pereciese toda si trataba de romper el cerco, y que por lo mismo en la prudencia del general sitiado estaba el rendirse a discreción antes que derramar sin fruto una sola gota de sangre. Este raciocinio es excelente; mas si recuerda el lector que tanto González Ortega, como Mendoza y demás reformistas habían jurado que *el invasor no entraría a Puebla*, sino sobre los cadáveres de sus defensores; si trae a la memoria que el *Donjon* era la tumba destinada a los *patriotas*, y que en lo que menos se pensaba era en economizar la sangre de los mexicanos, se verá precisado a convenir conmigo en que el contraste que se notó entre la conducta del hombre de quien



hablo y las promesas que había hecho al gobierno de D. Benito Juárez, fue sobremanera bárbaro y ridículo.

Pero he dicho además, que González Ortega licenciado a su ejército y facultándolo para que destruyese el armamento y los depósitos de municiones, ha cometido un crimen. ¿Será necesario que me empeñe en probarlo, cuando, como dije antes, una muchedumbre miserable y hambrienta, con las armas en la mano y llena de ciega rabia, pudo haber concluido la obra de la desolación de Puebla? Extraño sería que la demagogia, cuyo imperio se inició con crímenes, no diese a su causa un desenlace criminal.

Es muy probable que las anteriores reflexiones, que he hecho traspasando quizá los límites de unos sencillos apuntes, sean atribuidos por algunos al espíritu de partido; mas yo veo que no ha sido otra la opinión de las gentes sensatas, y en los mismos términos han emitido su fallo no pocos de los llamados progresistas, que reprobaron la conducta de González Ortega, y se avergonzaron de haberlo visto figurar a la cabeza del ejército de Oriente. Pero volvamos a tomar el hilo de nuestra narración.

Día 17. Tan luego como brilló la luz de la mañana, un espectáculo sobremanera extraño se presentó delante de los ojos. La ciudad toda se hallaba en la más grande confusión; jefes y oficiales con la tristeza y el despecho pintados en el semblante, corrían presurosos a ocultar sus caballos, sus armas, y algunos hasta los uniformes en la primera casa que encontraban dispuesta; otros dirigían al palacio que ocupaba la mayor parte de los generales, en espera de la decisión que tomase el general Forey, a quien González Ortega había escrito participándole la rendición de la plaza; y otros finalmente, aunque por fortuna muy pocos, arrebatados por la



desesperación, se quitaban a sí mismos la vida. ¡Desgraciados! ¿Y también estos demagogos se citarán como modelos de heroísmo? Nada remoto es que haya quien disculpe a los miserables suicidas, diciendo que se sacrificaron en las aras de la patria. Entre tanto seguíanse oyendo frecuentes explosiones de los depósitos de parque: soldados y mujeres iban y venían, buscando inútilmente un lugar por donde escaparse, y no había una sola calle que no estuviese regada de fusiles, espadas y bayonetas, casi todas descompuestas o rotas, de vestidos militares hechos girones, y principalmente de chacos y fornituras, objetos de que primero se despojaban los individuos de la tropa para confundirse con el pueblo.

Aquí se veía una pieza de artillería clavada o desmontada, allá carros y cureñas inservibles, más adelante destrozadas cajas de guerra: era realmente un desorden inexplicable. Poco a poco, fue cesando aquella agitación y las familias, que guardaban inquietas los más grandes atentados, viendo el giro que tomaban los acontecimientos, empezaron a tranquilizarse.

Como a las ocho de la mañana algunos grupos de zuaivos, atraídos por la curiosidad, recorrían las calles de Puebla, y no podía menos de llamar la atención verles penetrar hasta el centro de la plaza, sin que trajesen consigo sus armas. En seguida el general Forey, impuesto de lo acaecido, dio orden al coronel Manèque para que con el primer batallón de cazadores de a pie se adelantase a tomar las medidas concernientes a la ocupación de la ciudad. En el mismo instante los fuertes de Teotimehuacán, Santa Anita, Loreto y Guadalupe fueron ocupados por el ejército francés; y el cuerpo de ingeniero procedió a allanar las trincheras y desembarazar las calles por donde en breve había de hacer su entrada triunfal el general en jefe de las tropas franco-mexicanas.

Apenas el mencionado batallón se encontró formado en la plaza se armas, cuando los habitantes, ya depuesto el



terror de que habían estado poseídos durante la víspera y la madrugada de este día, empezaban a salir de sus casas llenos de la alegría más grande, y dando mil gracias al cielo por el término de tantos y tan acerbos sufrimientos. Mientras que los soldados de la Francia se consagraban a reestablecer el orden y la seguridad de la población, poniendo guardias en las cárceles y hospitales, y destacando en todas direcciones grupos respetables de caballería e infantería que impidiesen todo género de desmanes; mientras que los vencedores daban una muestra de su moderación y disciplina, los demagogos que se hallaban en el edificio episcopal, se apiñaban en los balcones y coronaban la azotea, en vez de ir a ocultar el rostro de vergüenza en el lugar más recóndito del edificio; y dejándose llevar por su impotente cólera, no como jefes y oficiales de un ejército, sino como hombres de la canallada más soez, gritaban groseros insultos y torpes insolencias. Semejantes actos, propios de la causa de los juaristas, llegaron al extremo cuando estos vieron entrar a la plaza algunos soldados del general Márquez: los gritos de *“mueran los traidores”* y otras provocaciones, unidas a la imprudencia y descaro de aquellos que así manifestaban su despecho y encono, debieron hacer comprender a los franceses con qué defensores contaba el partido liberal en México.

Este comportamiento, que podía ser capaz por otra parte de comprometer un lance, dio motivo a que aquellos militares fuesen tratados con menos consideraciones: desde luego se separó a los oficiales, a quienes se condujo a la Aduana, de los jefes, que quedaron en el referido palacio episcopal, bajo la custodia, tanto éstos como aquéllos, de competentes guardias francesas. A medida que iban entrando más tropas a la ciudad, la animación, el gozo, el entusiasmo se apoderaban de los corazones: el terrible y prolongado sitio habían por fin concluido; ya no más hambre ni desgarradores espectáculos, no más zumbidos siniestros de aquellos enormes proyectiles,



que infundían tal espanto y causaban tales estragos; no más escenas de sangre, de exterminio y de desolación!... Pero no era esto todo: la demagogia, el partido que tantos males había causado a la patria, de quien se decía defensor: el partido de las extorsiones, de los ultrajes, del crimen, el enemigo de la religión y prosperidad del pueblo, en que para su defensa escogió los nombres más viles de la sociedad, a quienes sacó de los presidios y condecoró con insignias militares; el partido en suma cuya tiranía se había hecho insoportable hasta para muchos de sus adeptos, acababa de sucumbir en Puebla con todos sus elementos, con todas sus esperanzas, con sus principales corifeos. En su caída estrepitosa arrastraba en pos de sí al inmoral gobierno de D. Benito Juárez, y desde entonces la nación mexicana podía entonar un himno de triunfo, porque en breve comenzaría para ella el reinado de la paz, y de la justicia!

Animados con esto o semejantes pensamientos los honrados y pacíficos poblanos, no encontraban frases bastante elocuentes para expresar su júbilo y muchos lo significaban derramando tiernas lágrimas, como acontece cuando tras largos años de ausencia, vuelven a encontrarse dos personas queridas. La ciudad salió de aquel profundo letargo en que se hallaba hacía más de doce meses y por sus calles, antes desiertas, se agrupaban alegres mexicanos y bulliciosos extranjeros...

Día 19. Habiéndose concluido los trabajos que emprendieron el día 18, para componer las calles del tránsito en dirección a la garita de México, el general Forey determinó hacer su entrada solemne en esta ciudad. En ella se aguardaba con ansia tal suceso y desde temprano gran muchedumbre se dirigía al lugar por donde había de venir el general en jefe



del ejército vencedor. Después de las once de la mañana el general Forey se presentó acompañado de una brillante comitiva, compuesta de los generales, estados mayores y jefes de servicio, así como de una columna que llevaba el orden siguiente: un pelotón de gendarmes y dos del primer regimiento de marcha de cazadores de África, que iban a la vanguardia de dicha comitiva, y a retaguardia el escuadrón de escolta del 5° de húsares, el 18 batallón de cazadores a pie, un batallón del 1° de zuavos, dos del 81 de línea, el 62 de línea y dos pelotones del primer regimiento de marcha de cazadores de África. Poco tiempo antes se habían izado los pabellones mexicano y francés, el primero en la torre del Norte de la Catedral, y el segundo en la del Sur, y tan solemne, tan significativo acto, fue celebrado con veintiún cañonazos que disparó el fuerte de Loreto.

Pasando en seguida por entre aquel inmenso concurso que prorrumpió en ardientes vítores y lanzaba al viento millares de cohetes, el Sr. Forey se encaminó a la Santa Iglesia Catedral, en cuyo atrio le esperaba el Venerable cabildo para introducirlo al templo, que se hallaba lujosamente adornado, a dar gracias al Todopoderoso por la feliz conclusión de la guerra. Un repique general a vuelo y las salvas de artillería llenaban los aires entusiasmando más y más a la multitud que se precipitó al templo, ya atraída por la curiosidad, ya por la devoción, o por ambos sentimientos. Tan luego como el Sr. gobernador de la mitra entonó el sublime *Te-Deum*, un raudal de dulces armonías llenó las anchas naves de la Iglesia y todos los corazones se conmovieron profundamente; mas lo verdaderamente tierno, y que causó inexplicables emociones fue escuchar a aquellos guerreros, tan rudos en el combate, cantar la magnífica plegaria elevada al cielo para que guarde y proteja al Emperador, y ver rendidas las armas de aquellos valientes ante la majestad divina!...



Concluida ésta augusta ceremonia, la comitiva salió del templo y entre las mismas demostraciones de regocijo que había recibido hasta allí, el general Forey vio desfilar a sus tropas, en columna de honor y se retiró al palacio destinado para alojarle.

Sin pérdida de tiempo, tratóse de establecer las autoridades militar y política, a fin de asegurar el orden público y comenzar desde luego a reorganizar la administración y reparar los inmensos males que física y moralmente había ocasionado la demagogia. La empresa era ardua sobremañera, y para acometerla se necesitaban personas distinguidas por su saber, actividad, honradez, prudencia y abnegación.





Guerrilleros mexicanos son obligados a barrer por las fuerzas invasoras, *El Mundo Ilustrado*, 10 de enero de 1863, litografía Fotomecánico. Acervo INEHRM

Los defensores de Puebla destruyen sus armas¹

Francisco de Paula Troncoso

...veía yo a nuestros soldados, y aun a algunos oficiales, extenuados, muchos de ellos macilentos por el hambre y la fatiga, con el vestido hecho pedazos. Conservábamos, sí, gran dosis de moral para obedecer y sufrir, pues jamás se oyó una sola queja, ni nadie se resistió un momento a batirse en ninguna circunstancia; pero esto era un esfuerzo heroico de patriotismo, de disciplina, de dignidad y de amor propio, y aunque nadie se quejaba, sin embargo, en las conversaciones íntimas entre Jefes y Oficiales, se notaba ya el decaimiento para continuar la lucha, y es seguro que entre la tropa pasaba lo mismo. En fin, son las cuatro; vamos pues, me dije, a cumplir las órdenes recibidas; aun somos dueños de la Plaza de Puebla.

DÍA 17 DE MAYO
FIN DEL SITIO

Poco después de las cuatro y media de la mañana, se oye una fuerte detonación en el fuerte de Loreto, donde está Platón Sánchez, a la que siguen inmediatamente otras muchas. Parece, que sin avisarnos, todos habíamos escogido esa hora. Las detonaciones se suceden. Amanece, y el cuadro

¹ Francisco de Paula Troncoso, *Diario de las operaciones del sitio de Puebla en 1863*, Puebla, Editorial Cajica, 1963, pp. 366-373.

que se nos presenta, no puede ser más desolador. Soldados rompiendo sus armas; oficiales destruyendo las que habían quedado enteras, pues muchos soldados en el momento en que se comenzó a romperlas, las arrojaron y escaparon; las calles llenas de soldados que se quitaban el uniforme; la población azorada y asomándose a los balcones y ventanas... En algunos fuertes y edificios, según la orden recibida, ondeaban banderas blancas.

El enemigo sorprendido de lo que oía y veía, tomó las armas y se puso en estado de rechazar una salida desesperada; pero comprendiendo luego lo que pasaba, comenzó a salir poco a poco de sus obras, presenciando admirado nuestra decisión; los franceses que estaban solamente separados de nosotros por el ancho de la calle, salían a ella y se acercaban poco a poco con gran precaución, ocupando nuestras manzanas; otros, por las calles, avanzaban siguiéndonos paso a paso a distancia de ochenta a cien pasos, a medida que íbamos rumbo al centro, haciendo alto luego que nos alejábamos de nuestros parapetos y puntos fuertes; los que estaban frente a nuestros fuertes, salían de sus trincheras y contemplaban silenciosos el espectáculo.

Yo rompí prontamente mis cañones en la Merced y calles cercanas y me dirigí a la Plaza rodeando por San Agustín. Allí me encontré a Pancho Castañeda muy colérico, porque los obuses de 15 y 16 centímetros, no podían romperse; le ayudé y logramos reventar dos, pero como ya los franceses habían ocupado San Agustín y estaban en la misma calle, tuvimos que retirarnos, junto con los oficiales de artillería, Capitán Ignacio Bravo, Tenientes Lombardini y José Cortés,² y Subteniente Luis Zamora, que habían ya roto sus cañones en las calles de los costados de San Agustín. Al pasar por la

² José Cortés y Frías (1842-1893). Nació en Jalapa, Veracruz, y cursó sus estudios en el Colegio Militar.



bocacalle de Peñas, vi al Teniente Coronel Luis Terán, que con tres oficiales y dos sargentos, estaba rompiendo fusiles. Como es de grande estatura y fuerte, los tomaba de a dos o tres, y los rompía contra la banqueta. Le dije que era preciso retirarse, pues los franceses habían ocupado San Agustín y estaban en el principio de la calle. Al estarle hablando sonó un tiro, y vimos caer mortalmente herido al Capitán Moro del Moral, que era uno de los que acompañaban a Terán en la rotura de las armas; el desgraciado había tomado un fusil por el extremo del cañón, y revoleándolo, había golpeado a guisa de masa, contra la banqueta, para romperlo, pero estando cargado el fusil se había disparado, entrándole a Moro del Moral la bala entre el pecho y el estómago; apenas nos habló unas cuantas palabras, y expiró.- Vámonos; dijo Terán. Nos dirigimos a la Plaza y encontramos a las Generales, Jefes y Oficiales, que ya habían llegado; estaban unos en grandes grupos frente al atrio de la Catedral, otros en el Obispado (casa de la esquina), que ocupó durante el Sitio el cuartel General. Allí nos buscábamos los amigos y formábamos pequeños grupos, comunicándonos lo que a cada cual había ocurrido. Yo busqué en el acto al General Paz, y le di parte de lo que hice y de lo que vi, respecto a la rotura de armas; con el General estaban casi todos los Jefes de artillería, que también habían ido a darle parte. El resultado ha sido, según parece, que apenas un poco más de la mitad de los cañones es la que ha sido destruída (Después supimos que fueron ochenta y nueve). Esto no ha consistido en el poco tiempo disponible; sino en que muchos cañones no estallaban con la primera cargada, y en que gran número de los soldados artilleros recibieron con enojo la orden de romper las piezas y lo hacían de mala gana. Ahora bien, haber comenzado la operación más temprano, era exponerse mucho, pues los franceses desde que oyeron las detonaciones, se nos acercaron a cortísima distancia y algunos cañones se rom-



pieron casi a su vista. Sin embargo, la mayor parte de la poca pólvora que existía, fue quemada o inutilizada, y grande el número de cañones destruidos.

Como a las siete y media entran a la Plaza patrullas de caballería francesas y llegan unos Jefes y Oficiales franceses a conferenciar con el General en Jefe. A las nueve nos ponen una guardia de infantería en el Cuartel General, y una sección de cazadores de África en la Plaza de Armas. Poco después de las diez entran también a la Plaza, viniendo por la calle de Capuchinas, unos Jefes de los de Márquez; al llegar éstos a la esquina del Obispado, todos los Jefes y Oficiales nuestros que se encontraban en los balcones y en la azotea, les gritan horrores, les silban, y aun les tiran algunas piedras. Una patrulla de cazadores de África los hace retirar.

A las diez de la mañana se produce un gran desorden de nosotros; todos corremos a uno y otro lado; los que estaban en el patio suben violentamente a los altos; unos sacan sus espadas, otros sus pistolas; por fin se aplacan todos. Este desorden fue causado por la llegada de un refuerzo a la guardia francesa a la puerta del edificio, a cuya guardia se puso a regañar en muy alta voz un General francés, (rubio, delgado y bajo de cuerpo); algunos oficiales nuestros dijeron que nos iban a desarmar, a llevarnos presos, a bayonetarnos ¡qué sé yo! y corrieron hacia el interior y las escaleras, lo cual causó el desorden, que se propagó a todos ; aun la guardia se alarmó bastante al ver las carreras y la sacada de las armas.

A las once de la mañana nos da orden el Cuartel Maestro al Teniente Coronel Luis Terán y a mí, para que fuéramos a San Agustín en unión de dos oficiales franceses, a fin de que, Terán como jefe que fue del punto y yo como oficial de Ingenieros en el mismo, dijéramos donde estaban las minas. Fuimos en efecto, y les explicamos todo a un oficial de artillería y a otro oficial de Ingenieros, que se encontraban



con unos soldados de zapadores. Esos oficiales alabaron nuestros trabajos, tanto de las minas, como de las fogatas pedreras y las diferentes obras de fortificación, tan fuertes y originales. Nos preguntaron que ¿cómo era que estando acabadas las galerías y todo listo, no les hubiéramos dado fuego a las minas? Les respondimos, que todas esas minas estaban concluidas desde el día 4 con objeto de darles fuego el 5, pero que la falta de pólvora nos lo había impedido. Uno a otro se miraron, como quien dice: ¡de buena escaparon los que se encontraban sobre las minas!

Preguntaron también, dónde estaban las bombas enterradas, como las que había en San Javier, pero les dijimos que no existían. Nos trataron muy bien y con mucha deferencia, fijándose en que estábamos armados; les explicamos que el General Forey nos había concedido que conserváramos nuestras armas, por lo cual nos felicitaron. Nos invitaron a tomar una copa de coñac, y aunque ni Terán ni yo somos afectos a la copa, admitimos porque no creyeran que los desairáramos; después de algunos cumplidos y saludos, nos retiramos, siempre acompañados por dos oficiales.

Pasamos en medio de mil noticias todo el resto del día. Ya se decía que nos dejaban en libertad; ya que nos iban a repartir en varias prisiones; ya que nos iban a mandar a la Martinica o a Francia; ya que íbamos a San Juan de Ulúa, etc., etc.

Muchas familias de los Jefes y Oficiales, los amigos y los conocidos, han venido a visitarlos.

Hemos notado que algunos Generales, Jefes y Oficiales no se han presentado.

Después de la tirantez de la mañana, ha venido una especie de indiferencia completa para todo. Es que el cuerpo y el alma descansan. ¡Ya era tiempo!

El General Forey manda decir al General González Ortega, en la tarde, que necesita saber dónde están los lugares



en que se tenían los parques de la artillería. El General Paz envía a Trigos y a Rivera, con unos oficiales franceses.

Desde las diez de la mañana han estado trayendo a la Plaza de Armas, donde los aparcen, todos los cañones de batalla y de montaña, así como los montajes que han quedado buenos. Según dije antes, se ha sabido, por lo que nos contaron Trigos y Rivera, que los franceses tomaron 83 útiles, por consiguiente se rompieron o inutilizaron 89, puesto que en la Plaza había 172, aunque no todos en completo servicio.

Así pues, el Sitio concluyó, y a fe que ha concluido bien. Los franceses alaban el acto de romper las armas y dicen que por esto nos han concedido conservar nuestras armas. He aquí una situación rara la nuestra. ¿Qué diría el Gobierno? ¿Qué diría el País? ¿Qué diría el mundo? Porque no es una pretensión tonta la nuestra el decir que todo el mundo tiene sus ojos puestos en México, y por consiguiente en Puebla. ¿Treinta y tantos mil franceses detenidos más de dos meses ante una Plaza habilitada de guerra y con fortificaciones de tierra? ¡Eso no era posible! Y sin embargo, es lo cierto. Ya veremos en qué paro esto.

Los franceses se han admirado al ver que hay tantos Jefes y Oficiales y aun Generales muy jóvenes entre nosotros.



Visitando el campamento de Forey¹

Salado Álvarez

Decididamente, Pancho se había metido por el ojo derecho de Porfirio: sabedor el Jefe de que Ortega había decretado ascensos á todos los oficiales que habían estado prisioneros, y que Miguel había saltado nada menos que á capitán, propuso también el mejoramiento de la situación de Francisco, quien subió un grado más y quedó por consecuencia en un todo igual á su hermano mayor.

Pero no era grados lo que se necesitaba; habíase menester provisiones de boca y guerra, hombres válidos y armamento, y esto no podía proporcionarlo la bondad de los jefes. Entre los subalternos se discutía la manera de terminar con la aventura. Se sabía bien que los ataques de Patoni en el Carmen y en Totimehuacán, eran un remedio heroico, algo semejante á lo que es una amputación peligrosa para un enfermo que está entre la vida y la muerte. Rechazados los de dentro con gran pérdida de vidas, no se encontraba salida á la situación y era imposible seguir sosteniéndola. Los generales se reunían en consejo, discutían y trataban largamente; pero sus deliberaciones quedaban ocultas para el *vulgum pecus* de los oficialillos, al cual permanecían los flamantes capitanes Caballeros. Solía Miguel, que por su prisión en el

¹ Victoriano Salado Álvarez, *Episodios militares nacionales (segunda serie), La intervención y el imperio*, T. I, México, Ballescá y Cía., 1903, pp. 723-739.

campo francés era muy solicitado, visitar á los ayudantes del General por si lograba, tirándoles de la lengua, averiguar algo de lo que todos deseaban saber; pero los del Estado mayor nada sabían ó lo ocultaban con mucho cuidado.



EXPEDITION DU MEXIQUE. — Rencontre de Cerro-Majama. — Mort du colonel Martin. — Le 2^e zouave défait les forces réunies de Juárez, Negrete, Doblado et Patoni.
(Croquis du sergent C. H., communiqué par M. Fignard.)

Campamento francés. *El Mundo Ilustrado*,
26 de noviembre de 1864, litografía
Fotomecánico. Acervo INEHRM

— Hemos hecho más que los doce pares de Francia, decía Lalanne. Sesenta días llevamos de sitio; tiraremos no sé cuántos más y todavía guardamos íntegra la ciudad, exceptuando el fuerte de San Javier y dos ó tres manzanas que abandonamos por inútiles. La ciudad de Zaragoza, que contaba con víveres, municiones y tropa superiores á los nuestros; que tenía fuertes firmemente construidos; que era una plaza militar científicamente arreglada y no abierta como Puebla; Zaragoza, en fin, que estaba llena por una población



leal, entusiasta y decidida contra el invasor, y no por canónigos bellacos ni sacristanes traidores, que se quejan porque no comen, tuvo que parlamentar con el invasor... Nosotros no hablaremos de rendirnos, y no rindiéndonos seremos dignos descendientes de los héroes de Zaragoza y de los del sitio de México.

Y lo que decía el bravo ayudante de Ortega, lo decían casi todos los jefes y oficiales. “¡Adelante, que ya estamos aquí! Sabremos lo que es morir de necesidad ó morir de sa- blazo...”

El 16 de mayo, cuando la gente perecía de hambre, pero todavía aguardaban los defensores continuar en su empeño, Miguel recibió un recado del Cuartel general. Estaba Ortega en su despacho, en unión de su indispensable Mendoza; acababa seguramente de regresar de su diaria visita á los fuertes, reductos, puestos y almacenes, pues todavía guardaba el capote militar que se había puesto por la mañana. Vestía de color gris y llevaba un sombrero de fieltro; estaba pálido y nervioso, y se azotaba las botas con un fuetecillo.

— ¿Se llamó ya, preguntó con voz imperativa, á ese capi- tán de Guanajuato?

— Aquí le tiene usted, contestó Mendoza.

— Presente, mi General, balbuceó Olivos, tocándose el quepis.

— Bien, dijo el Jefe mirando apenas á Miguel; déle usted sus órdenes, agregó dirigiéndose al Cuartelmaestre, y despachen eso en seguida... ¿Están listos Lalanne y Togno?

— Sí, señor.

— Pues á arreglarlo todo... No necesito decírselo; tome de mis caballos el que le convenga.

— Ya sabe usted que yo estoy ajuarado con mi matalote...

— Como guste, pero que eso sea pronto.

Salió el Jefe, y Mendoza le preguntó á Miguel:

— ¿Tiene listo su caballo, señor Capitán?



— No, mi General; no tengo caballo porque... me lo comí.

Parecióle al otro la cosa más natural del mundo que los militares se comieran sus caballos, y le dijo:

— Pues de orden mía, prevenga que le ensillen uno del General en jefe.

Cuando salió el de los Olivos de las caballerizas del Obispado, donde antiguamente habían comido las sagradas mulitas de Nuestro Amo y donde entonces rumiaban maíz los cuacos liberalescos del General zacatecano, se encontró á Mendoza acompañado del coronel Lalanne y del comandante Togno. Iban montados éstos en sendos caballos negros, y el gran Mendoza oprimía los lomos de una rata tordilla, que ni en sus mejores tiempos debe de haber llegado á valer diez pesos.

Salieron los cuatro caballeros rumbo al campamento francés, y luego que se anunció, mediante las señas acostumbradas, que llegaban parlamentarios del ejército mexicano, salieron á recibirles el capitán Verzin, del primero de zuavos, un sargento de cazadores de á pie, llamado Delhonnéte y dos soldados de cazadores de África. Con los ojos vendados atravesaron los parlamentarios una grandísima extensión de campo, y aunque comprendían que se les paseaba por un solo trecho, como en las pruebas masónicas, se conformaron con el deseo de los conductores que trataban de extraviarles, señalándoles ríos, arroyos, fosos, contrafosos, cortaduras, parapetos y fortines imaginarios.

Llegaron así al campamento del primer batallón de zuavos. El coronel Martin salió á recibirles, mandó quitarles las vendas y dispuso comunicar al general Forey la presencia de los enviados. Los zuavos descansaban unos á la bartola, fumando las enormes pipas llenas de tabaco oriental ; otros comían á dos carrillos el pan blanco y la carne sabrosa, ó bebían á sorbitos el café mexicano más escogido; los más jugaban á las cartas, referían cuentos



verdes ó cantaban el *petit zouave*, ó alguna de las innumerables tonadillas de regimiento: era la beatitud de estómagos satisfechos tras del almuerzo, que se sentían llenos de optimismo y más si se comparaban con los pobres mexicanos presos dentro de las murallas, sin tener que comer y con obligación de batir el cobre.

— Almorzaréis en mi compañía, señores, dijo Martín galantemente.

— Ya almorzamos, señor Coronel, repuso Mendoza por medio de Olivos; por cierto que nuestra colación fué copiosa y que nos causaría mucho daño el empezar de nuevo.

El Coronel guiñó el ojo á un oficial que estaba cercano, como diciéndole: «Lo que hayan comido estos cuatro, no me alimentaría por dos minutos.»

— Pero no rehusaréis, continuó, un refresco, una absinthe; hace tanto calor...

— Eso sí aceptaremos, señor Coronel; yo nada beberé porque no lo cato; pero quizás estos jóvenes...

Mandó el General que se sirvieran las copas, y Lalanne, fijándose en el número del batallón, dijo como descuidadamente:

— Perdonad, mi Coronel; ¿la bandera de este cuerpo no fué atravesada por un casco de metralla en San Martino? Si no ha sido cambiada, el ala del águila debe de tener todavía la huella...

Encantado el Coronel, mostró la bandera agujereada en semejante sitio y mandó reponer el ajenjo. Llegó en eso la respuesta de Forey, pidieron los mexicanos licencia para partirse y emprendieron de nuevo el camino con los ojos vendados. Llegaron en eso á un foso de circunvalación que habían abierto los franceses, ya cerca del cerro de San Juan.

— Quitaos las vendas, dijo el Capitán; este paso es peligroso, señores, y quizás no podríais atravesarlo con los ojos tapados.



Saltaron Lalanne, Togno y Miguel; González Mendoza azuzó á su caballo, le picó espuelas, le añojó la rienda, le impulsó chasqueando la lengua, y el maldito matalote, llamándose andana, se detenía al contemplar aquel agujero ancho, profundo, lleno de agua y ante el cual consideraba incapaces sus débiles fuerzas. Por fin, hizo el impulso, alzó las manos, abrió las patas, y allá cayeron caballo y jinete al fondo de la abertura. Conmoción de todo el mundo.

— ¡Mi General!...

— ¿Sufrió usted algo?

— ¿Qué le pasó, señor?

Se levantó Mendoza destilando lodo y agua sucia; y chapoteando con las famosas botas de hebillas en aquel suelo turbio y movedizo, exclamó con absoluta tranquilidad:

— Nada me sucedió; el caballito no pudo pasar el vallado y se fué á fondo.

Los cazadores de África se descifieron sus fajas, y mediante ellas izaron al Cuartelmaestre, que llegó arriba hecho una lástima, ajada la pluma del sombrero, rotas las carrilleras, manchado el traje y las manos llenas de rozaduras. Los soldados, con el agua del arroyo, que no tardó en asentarse, le limpiaron, dejándole presentable; pero el caballo, en cambio, pasó todos los tormentos del mundo para salir de la sima. Hincaba las patas en el limo, se ayudaba con los belfos, y cuando lograba sacar un remo á flote, el otro estaba más enfangado; en fin, que fué necesaria toda la abnegación de los beneméritos soldados para mover aquel armazón de huesos y pellejo ataviado con montura de general.

Los parlamentarios vieron en eso que se acercaba un grupo de jinetes de sombrero tendido, acompañados de una mujer.

— ¡Son los traidores! señor, dijo Lalanne.

— Voilá les marquésiens! gritó el Capitán señalándoles con desprecio.



— ¡Es el tuerto Pina, Ismael Pina!

— ¡Y Antonio Romo, que estaba con nosotros!

— Traen una mujer.

— La conozco, apuntó Miguel; es una pobre muchacha seducida por este bellaco.

— ¡Bribón, retraidor! bramó Lalanne enseñándole los puños; razón tuvo el General en mandarte procesar por espía.

— Súbase en mi caballo, señor General; no se den cuenta esos indecentes de su aventura.

Subió Mendoza en el caballo colorado de Olivos y dejó el que él ocupaba, el tordillejo de marras, que estaba ya almoh-tzado² y capaz de presentarse en una parada.

— Señor, preguntó alguien, ¿por qué montó usted ese animalillo tan insignificante?

— Por mi oficio, hijo, por mi oficio; yo necesito escribir, trazar croquis, hacer apuntes, cien cosas más, y como no puedo traer conmigo una mesa, todo lo ejecuto sobre la cabeza de la silla. Si tuviera un caballo cabeceador y brioso, nada lograría arreglar.

Llegaban en eso los mochos, ceremoniosos y saludadores, preguntando qué se ofrecía.

— ¡Nada queremos de traidores! gritó Lalanne.

— ¡Nada queremos de traidores! dijeron todos.

Y los bellacos se alejaron cariacontecidos, no sin que la mujer y el Antonio Romo ocultaran la cara al reconocer á Olivos.

Llegaron por fin al Cuartel general de Forey. Recibióles con exquisita cortesía el jefe del Estado mayor, coronel d'Auvergne. El Coronel era alto, flaco, acartonado, rubio y de mal gesto; parecía un cartujo que por penitencia anduviera en el siglo, y en realidad esa era la vocación de d'Auvergne, pues

² ¿almohadazo?



atacado de una especie de locura mística, tuvo que dejar el servicio, años más tarde, por haber ido llevando una de las varales del palio del Santísimo en una procesión, vistiendo de todo uniforme y lleno de condecoraciones.

Forey tenía fama de ser un sargentón, mas como amo de casa era irrefutable. Ofreció de nuevo un tentempié á los recién llegados, y como rehusaran, les obsequió con un coñac que contaba más años que la monarquía francesa.

— Es exquisito, dijo Mendoza, que se atrevió á mojar los labios con aquel néctar.

— Como que procede de las bodegas imperiales... Me favoreció S. M. con el regalo de unas cuantas botellas.

— ¿Y las mandó acá á V. E.?

— Sin duda; simplemente que el mensajero no puede presentaros sus respetos porque está en el hospital, convaleciente de una herida que recibió en Puebla: se llama el marqués de Gallifet.

Llegó en eso el criado trayendo una bandeja colmada de riquísimas galletas, y los muchachos ayudantes, en menos que se cuenta el caso, dieron fin á la provisión.

Mendoza, con toda corrección, desfloró el borde de una de aquellas piececillas y empezó á hablar así:

— Señor General: comisionado por el señor General en jefe de la plaza de Puebla, vengo á suplicarle nos conceda un armisticio que sirva para dar fin á este sitio, que ya se prolonga demasiado...

— Ya lo creo que se prolonga, señor General, contestó Forey levantándose.

Era Forey un soldadote con estatura de tambor mayor. Tenía la cara roja, congestionada y llena de una erupción menuda; los ojos chicos y de mirada bonachona, el cabello rubio, escaso y bien peinado, la nariz rabona y picaresca, y la quijada inferior con un gran prognatismo que hacía aparecer al General todavía más perseverante y testarudo de lo



que era. Para los mexicanos, Forey no pasó de ser un trouper sin más hidalguía que la que dan el trato franco y la vida libre del soldado; los franceses le pintan como un alma buena, generosa y honrada, que ocultaba sus bellas cualidades bajo un exterior grosero é inculto.

— ¿Y para qué quiere armisticio el general Ortega?

— Señor, como la situación, aunque soportable, empieza ya á ser difícil, querríamos darle solución á un problema que en la actualidad no tiene salida.

Luego que Lalanne concluyó de traducir lo que decía Mendoza, el francés exclamó dando un paseo á lo largo del cuarto:

— ¡Qué soportable ha de ser la situación! (y empezó á manotear con brusquedad); no hay en Puebla un grano de maíz, no hay un trozo de carne, no hay un quintal de pólvora!... Se mueren ustedes de hambre, se acaban, se destruyen... ¿A qué conduce esta necia terquedad? El ejército mexicano ha demostrado que es valiente, que se respeta, que conoce y cumple sus obligaciones... ¿Qué más desea?

Ha salvado su honor, ha detenido (y puede envanecerse de ello) á un ejército que sus enemigos llaman el primera del mundo, ha hecho prodigios de valor... Las plazas modernas no resisten por más de treinta días; ya han quedado relegadas á la historia las heroicas locuras de sitios sostenidos meses enteros...

Iba Miguel explicando lo que el General decía, y Mendoza estaba sin habla y sin movimiento, recapacitando sobre aquellas cosas que era menester contestar discretamente. En su paseo se había acercado Forey al hueco de la ventana desde donde miraba Tognó el aspecto del campamento francés y de Puebla la arrogante por cierto entonces muy alicaída.

— Y bien, exclamó sacudiendo por un brazo al Comandante, ¿qué pretende el general Ortega? Que exponga sus condiciones, que diga en qué forma pretende salir; yo le con-



cederé todo lo que desee, porque tengo facultades para ello y porque para valientes como los de Puebla no hay cosa que pueda parecer exorbitante.

— El general Ortega desearía, dijo serenamente Mendoza, salir de Puebla con tambor batiente, bandera desplegada, armas listas, mecha encendida y la provisión de cartuchos que se acostumbra por plaza. Solicita, además, que no se le persiga durante dos jornadas en su camino hasta la capital de la República.

— ¡Oh! todo concederé al general Ortega menos el que las tropas que manda queden en actitud de continuar la guerra contra Francia; porque esto no importará otra cosa que cambiar de posiciones los ejércitos beligerantes, pues estoy seguro de que antes de diez días tendría de nuevo en batalla contra mis tropas, al ejército que tanta guerra me ha dado defendiendo los muros de esta ciudad.

Dígale por lo mismo al general Ortega, que si pretende algo, me lo proponga para entendernos, y que lo que puedo concederle, además de los honores militares, muy justos y merecidos, de que usted me habla, será que permanezca neutral el ejército que manda, mientras termina la cuestión que hay pendiente entre la Francia y don Benito Juárez, pero que aun para esto necesito oír la opinión de mis generales, á cuya deliberación sujetaré las proposiciones que me haga el señor Ortega.

— En ese caso, insinuó Mendoza, preferiríamos no aceptar nada y romper nuestras armas.

El Jefe de Estado mayor había permanecido hecho una etcétera, sentado en una silla de campaña; pero al oír lo que decían los interlocutores, les interrumpió bruscamente :

— El general Ortega debe estar seguro, si pretende una capitulación, de que se concederá á los defensores de la plaza todos los honores y todas las garantías que merecen; de lo contrario, debe estarlo también de que los prisioneros que



hagamos en la plaza, cuando ésta caiga en nuestro poder, caso de que sus defensores rompan su armamento, como usted lo acaba de indicar, quedarán sin garantía alguna y en consecuencia serán deportados á la Martinica.

Forey dejó el paseo agitado y nervioso, y parándose en firme frente al coronel d'Auvergne, le dijo enojado:

— Yo deporto á la Martinica á los ladrones y á los bandidos; no á oficiales valientes como los que defienden á Puebla.

Seguro el Cuartel maestro de que era aquella la última palabra de los sitiadores, no volvió á proferir ninguna que se relacionara de cerca ni de lejos con el negocio de la rendición. Forey, queriendo compensar á los vencidos algunas de sus brusquedades, les invitó á ver el panorama de Puebla para hacerles conocer la hermosura del paisaje. Todos comprendieron que trataba de poner de resalto el estado floreciente de sus tropas, bien comidas y provistas de todo, y el de las mexicanas, punto menos que muertas de hambre. El contraste no podía ser más claro: á la izquierda estaban escalonados campamentos con tiendas variopintas y hombres que reposaban tranquilamente á la sombra de los árboles ó de las cercas; un soldado aderezaba un caballo en la falda de un cerro, canturreando alguna tonadilla militar; en frente, en la altura de la Penitenciaría, brillaban unos cañones como si fueran de plata repujada; poco más á la izquierda caminaban machos carros cargados con sacos al parecer de harina, y á lo lejos se veían grupos que marchaban al son de una corneta; la charanga de un cuerpo mandaba notas que más veces se ahogaban en el aire diáfano y sereno y otras subían en bandadas hasta la altura. En Puebla, en cambio, no se veían sino casas quemadas, manzanas derribadas, calles llenas de estorbos, tristeza, soledad, aislamiento...

— ¿Y sabéis, señor General, dijo Forey, que estuve á punto de ser víctima de una de las primeras balas que se dispararon durante el sitio?



— ¿De veras, señor General?

— Sí; apenas habíamos llegado, cuando he aquí que oigo un gran ruido en el puesto del tercero de cazadores de a pie, que es mi guardia personal... Ocurro a ver qué pasa, y me informan que ha caído una granada en un grupo de soldados, lastimando a varios; vuelvo a mi cuarto, y al atravesar el patio, nuevo estallido cerca de allí; paso y me encuentro deshecho el catre de campaña en que reposaba hacía un instante: la bala había entrado por la ventana y me habría muerto si no hubiera salido á tiempo.

— ¡Cuánto siento, señor, exclamó Lalanne, que se haya disparado cuando ya os habíais levantado!...

Rió Forey, celebrando la habilidad del artillero, y despidió á sus huéspedes suplicándoles le informaran de la resolución de Ortega. Los muchachos bajaron tristes y meditabundos; Mendoza regresaba dejando en el cerro de San Juan todas las esperanzas que había traído, y llevándose un par de botas que Forey le había prestado para que se mudara las suyas empapadas y llenas de fango.



Prisioneros de los franceses





Ejecución de dos guerrilleros mexicanos por tropas francesas en Santiago, Tlatelolco. *El Mundo Ilustrado*, 16 de abril de 1864, litografía. Fotomecánico. Acervo INEHRM

Como consecuencia de la rendición de la plaza de Puebla, los defensores quedaron a merced del enemigo. Los soldados rasos fueron incorporados en buen número a las fuerzas reaccionarias de Leonardo Márquez. En cambio, los oficiales fueron tentados con la oferta de firmar un documento en el cual se comprometían a renunciar a defender a su patria contra el invasor. A cambio conservarían su libertad.

Los que abajo firmamos, oficiales mejicanos hechos prisioneros, nos comprometemos bajo nuestra palabra de honor, a no salir de los límites de la residencia que nos estará asignada, a no mezclarnos en nada por escrito o por actos, en los hechos de guerra o de política, por todo el tiempo que permanecéremos prisioneros de guerra, y a no corresponder con nuestras familias y amigos sin el previo consentimiento de la autoridad francesa.

Con su propia mano, el general González Ortega redactó una nota de protesta en la que rechazaba de plano la invitación que se les hacía, para después dejar en libertad a sus hombres para que, por propia voluntad decidieran si deseaban o no firmar el documento que les ofrecían los franceses, o en cambio, suscribir el redactado por él.

Irritados por la determinación de los jefes y oficiales mexicanos de rechazar la propuesta francesa, las condiciones en que se encontraban y el trato dado por sus captores

cambió de forma radical para los prisioneros. Las visitas de familiares y paisanos fueron prohibidas, el alimento les fue escaseado y finalmente Forey ordenó la deportación de los mexicanos a Martinica y a Francia donde debían permanecer en tanto conservaran su forma de pensar. Antes de salir rumbo al destierro y durante el camino al puerto donde serían embarcados, muchos lograron escapar para después reagruparse y volver a la lucha por la independencia, este fue el caso del general en jefe González Ortega, Felipe Berriozábal, y Porfirio Díaz entre otros.

Los oficiales que no consiguieron evadirse tuvieron que sufrir una serie de vejaciones. Durante su traslado a Orizaba y de ahí a Veracruz, les fueron quitados los botones a los pantalones de sus uniformes “para que sus manos no estuvieran desocupadas”.¹ Y sin embargo las fugas continuaron ocurriendo, de tal suerte que a Veracruz sólo llegaron 530 de los 950 que habían salido de Puebla.²

En el puerto de Veracruz los prisioneros fueron embarcados según su graduación: los generales y coroneles en compañía de sus ayudantes a bordo del vapor D’Arien y los tenientes coroneles, comandantes y oficiales subalternos en la fragata Céres, ambas naves zarparon con destino a Brest.³

Una vez en Francia los tenientes coroneles fueron trasladados al D’Arien para ser conducidos al puerto de L’Orient donde rindieron un juramento que les obligaba, bajo palabra de honor, de permanecer en el lugar que la autoridad les designara como residencia. Por disposición del Ministerio de Marina, al general Mendoza con sus dos ayudantes le fue

¹ Emile Ollivier, *La intervención francesa y el imperio de Maximiliano en México*, p. 96.

² *Idem*.

³ Epitacio Huerta, *Apuntes para servir a la historia de los defensores de Puebla que fueron conducidos prisioneros a Francia; enriquecidos con documentos auténticos*, p. 5.



fijado París como su residencia, mientras que al resto de los generales se les ubicó en Evreux; los coroneles, tenientes coroneles y comandantes en Tours, los capitanes y oficiales de menor rango fueron divididos en Blois, Bourges, Moulins y Clermont Ferrant.⁴

Dentro de su desgracia, los prisioneros mexicanos fueron tratados con cierta consideración y respeto hasta el momento en que por la aceptación de Maximiliano de la Corona de México, los franceses decidieron que el estado de guerra entre ambos países había cesado, y por lo tanto, los soldados cautivos dejaban de ser prisioneros de guerra, lo que los privó del breve apoyo con el que contaban para su manutención, viéndose obligados a abandonar Francia por sus propios medios o de lo contrario ser tratados como criminales.



⁴ *Idem.*



A. Cordiglia, *General Porfirio Díaz Mori*
Museo Nacional de Historia. Castillo de Chapultepec.
INAH. Secretaría de Cultura

Primera evasión de Puebla del 19 al 23 de mayo de 1863¹

Porfirio Díaz

Como al rehusarme a firmar el acta manifesté por escrito que no podía hacerlo porque tenía deberes de cumplir, incompatibles con el compromiso que el acta entrañaba, me consideré con el derecho de evadirme si podía hacerlo, puesto que el enemigo había tomado todas sus precauciones para tenernos perfectamente seguros, al grado de tener apostado un centinela en la puerta de los cuartos donde dormíamos. Así, pues, el 21 de mayo, víspera de nuestra marcha para Veracruz, me quité mi uniforme a todo riesgo en los momentos en que entraban y salían los deudos y amigos de los prisioneros para despedirse de ellos y para arreglarles algunos negocios.

Comprendí que era fácil que no me distinguieran entre los entrantes y los salientes; bajé resueltamente la escalera embozado en un daid², cosa que no era notable porque hacía mucho frío; y para que el centinela no me marcara el alto y me luciera pasar por un reconocimiento, como lo hacían con todos los que salían aunque fueran paisanos, pensé que sería bueno dirigir algunas palabras al oficial en guardia, para que

¹ Porfirio Díaz, *op. cit.*, pp. 319-321.

² NO ENCONTRÉ EL SIGNIFICADO DE LA PALABRA, VERIFICAR CON EL AUTOR

el centinela, al verme salir después de haber hablado con el oficial tuviera menos sospecha. Con esta intención llegué al zaguán; pero encontré que el Comandante de la guardia que estaba allí en pie, era el capitán Galindo, del 3º de zuavos que habiendo sido prisionero nuestro había hecho conmigo alguna amistad. En consecuencia, ya no le dirigí la palabra sino que simplemente lo saludé y salí para la calle sin que me conociera, aunque probablemente sospechó algo, porque en seguida subió a ver si estaba yo al lado de mis compañeros. Varios de éstos lograron también evadirse de la prisión, ya en Puebla, ya en el camino y muy pocos salieron para Europa.

Tuve muchas dificultades en mi salida porque las calles de Puebla estaban vigiladas por fuerzas de traidores; pero afortunadamente encontré a un amigo que me llevó a su casa, y casualmente era la misma en que se había refugiado el General Berriozábal, quien contaba con el apoyo de uno de los oficiales traidores, que le facilitó la salida de la ciudad, obteniendo el Santo y Señá, y pasándolo por los suyos como si perteneciera a su patrulla, en virtud de una remuneración pecuniaria que Berriozábal le pagó. El Dr. Cacho, que era uno de los que acompañaban al General Berriozábal, se quedó en Puebla, para que yo pudiera salir en su lugar y hacer uso de su caballo.

Caminamos toda la noche por los montes, por evitar el camino real, nos perdimos, y al amanecer del día siguiente nos encontramos otra vez frente a Puebla, oyendo las alertas de los traidores que estaban fuera de la ciudad. Nos dirigimos al Pueblo de San Miguel Canoa, y suponiéndonos oficiales de los traidores, porque sabíamos que el cura era amigo de Almonte, quien había pasado varios días en su casa, le suplicamos que nos diera un guía que nos llevara a Tlaxcala. De allí nos dirigimos a la Hacienda de Techalote y después a Apan, en donde encontramos una fuerza de caballería que protegió nuestro arribo a la capital.



Camino al exilio¹

Francisco de P. Troncoso

DÍA 18 DE MAYO

Seguimos en el Obispado, y a nadie deja salir la guardia francesa, pero permite que nos visiten las familias y paisanos.

Hemos pasado una noche toledana, pues no tenemos más abrigos que nuestros capotes o plaids, ni más camas que el sucio suelo, y algunas puertas y ventanas no tienen hojas.

Nos han dicho que el Coronel Gagern² con trescientos hombres del batallón llamado “Zapadores de San Luis”, trató ayer de forzar el Sitio, y fue hecho prisionero con todo el batallón. Locura honrosa, pero al fin locura, pues era imposible romper el Sitio, no digo con tan poco fuerza, pero ni aun con otra mucho mayor, y a semejante hora y circunstancias. Ahora bien, puesto que toda la Guarnición se sujetaba a lo dispuesto por el General en Jefe y Junta de Generales, no había más que someterse a ello. ¿Puede un Jefe, en semejantes circunstancias, hacer lo que Gagern? La cuestión se presta a reflexiones, que mi cabeza no está para hacer en estos momentos.

¹ Francisco de Paula Troncoso, *Diario de las operaciones del sitio de Puebla en 1863*, Puebla, Editorial Cajica, 1963, pp. 374-398.

² Carlos Von Gagern (1826-1885). Militar alemán que llegó a México en 1853 y se desempeñó como profesor en el Colegio Militar. Prisionero de los franceses fue deportado a Francia donde escribió *Die Französische Expedition gegen Mexiko*.

CO.'S

YEAR'S,

at the Public,

idway,

i, if possible,

vious year.

of

3,

Ware and

OCKS,

aded to a very

D STYLE,

gn, to the

ITION.

well as the

ic unequalled

Gems

ive claims for

lection of

R,

Goblets, Taz-

tie finish and

'ABLE,

ss practically

ombining the

ery includes:

PEARLES,

ESTUDES,

lbum design;

and SHAWL-

Beautifully

C.

ety of SCARF

TURES for

a endless asoc-

ous SOUVI-

ods, the stock

extensive and

and Coups,

relains,

NTED BY



A GENTLEMAN IN A FIX—AN UNNATURAL PARENT.

An old woman by the name of Bull recently played a most cruel hoax upon a gentleman, one Mr. Napoleon, of France. It appears that the woman Bull, by means of her tears and lamentations, induced Mr. Napoleon to aid her in carrying her baby Intervention. No sooner, however, had the gentleman taken up the infant than the unprincipled parent ran away, at the same time denying any relationship to her offspring. She is an old offender.

SKATE!

And F



Woodham's S



Sportsmen

Between

SKATES M

Only depot

Land-

Settlement,

ment of Vin



F.



F.

For sale by
United State

THE Adv

in a few

having suffe

AFFECTION;

anxious to r

means of our

copy of the

directions for

they will find

BROOKHUIS,

d sending the

spread inform

and he hopes

A Napoleón III lo dejan solo con la Intervención en México.

Frank Leslie's Illustrated Newspaper, caricatura, 1863

Biblioteca del Congreso de Estados Unidos

A las diez de la mañana nos traen unas actas, para que, si estamos conformes con su contenido, las firmemos. En esas actas se dice, que se nos concede la libertad en determinada zona, si nos comprometemos a no tomar parte en la guerra, mientras ésta dure. Nadie quiso firmar, lo que ha contrariado a Forey.



Como ayer y hoy, según he dicho, nos han venido a visitar muchas personas, bastantes Oficiales han podido burlar la vigilancia de la guardia, vistiéndose de paisanos, y se han escapado.

Muchos Jefes y Oficiales no se han presentado prisioneros, y ya nos vienen noticias de ellos; están escondidos, para salir de Puebla en primera oportunidad.

Nos cuentan que han caído prisioneros gran número de nuestros soldados, y que los han dado de alta en las fuerzas de Márquez, con los que cuenta ya con una División de más de 7000 hombres.

Son tantas las noticias que corren respecto a lo que harán con nosotros que ya nada se puede creer.

DÍA 19 DE MAYO

A las diez de la mañana nos traen al Convento de la Soledad, a los Jefes y Oficiales de los grados de Coronel a Subteniente. Los Generales y sus ayudantes quedan en el Arzobispado, pasando después a una casa de la calle de Victoria. Es muy chica la Soledad para tanta gente, así es que estamos como sardinas.

Estando varios de los Generales en los balcones de la casa que ocupan en la calle de Victoria, han presenciado una escena muy chusca, que fue la siguiente: había llovido en la tarde, y el paso de una acera a la otra se hacía por la pasadera. Dos sacerdotes que llevaban puestos sombreros llamados de teja, al llegar a la pasadera, se encontraron con tres zua- vos; estos les cedieron el paso y se quitaron políticamente las calotas; pero se ponen a cantar en alta voz “Don Basilio, el mio Signore” del Barbero de Sevilla.³ Los dos sacerdotes les

³ Ópera de Gioachino Rossini, estrenada en 1816. Seguramente el autor quiso referirse al aria Don Basilio... Buona sera mio signore que



dirigen miradas furiosas y se alejan precipitadamente, pues notaron que eran vistos, no sólo por los Generales, sino por muchas personas que estaban en los balcones de las otras casas y en la calle. Mucho rieron los que presenciaron la ocurrencia de los zuavos. Esto nos fue contado por Rafael Echenique, ayudante del General en Jefe, que nos llevó un recado de parte del mismo.

El General Porfirio Díaz ha venido a vernos, custodiado por un oficial francés. Le hemos hecho un recibimiento entusiasta y espléndido. Con vivas repetidos lo hemos acompañado hasta la puerta. Es el único General que nos ha visitado, lo cual ha hecho subir en un ciento por ciento la simpatía que por él teníamos.

Hemos subido a las azoteas del convento, Pablo Rocha y yo, permitiéndolo los centinelas, que son zuavos y por consiguiente buenos chicos, y hemos visto desde allí, perfectamente con nuestros anteojos y aun sin ellos, el fuerte de Ingenieros y las obras francesas frente a éste y al Carmen. ¡Qué diferencia entre hoy y los últimos ocho días! Gran silencio, ya no se escucha aquel terrible fuego, y en nuestras fortificaciones sólo se ven a los franceses. ¡Cuánto pensamientos ocupan nuestros cerebros! Los franceses, nos decimos, se dirigirán a México; pero ¿se defenderán en la capital, como nosotros, o la abandonarán? ¿Qué impresión habrá causado en el País la caída de Puebla? Oímos sonar las campanas en algunos templos. ¿Quiénes tocan y por qué tocan? Esas campanadas nos molestan y nos bajamos inmediatamente de la azotea. Lluve mucho en la tarde, lo que nos obliga al encierro.

dice: *Maledetto seccatore! Buona sera, mio signore, pace, sonno e sanità. Presto ándate via di qua!* (¡Maldito pelmazo! Buenas tardes, señor mío, que tengáis paz, sueño y salud. ¡Rápido iros de aquí!).



Inmenso trabajo nos cuesta el comer; en primer lugar porque estamos muchos, más pobres que Job, y en segundo lugar porque no dejan entrar a los vendedores, y no hay quien vaya a hacer nuestras compras.

A las seis de la tarde se despeja la incógnita, pues nos avisan que estemos listos para marchar mañana, y que nos llevan a Veracruz a fin de embarcarnos para Francia. Vaya pues, vamos a conocer, aunque prisioneros, a la bella y culta Francia. ¿Nos llevarán a todos? Si es así, bonita facha vamos a hacer algunos con nuestros uniformes desgarrados y sucios. En lo general la noticia ha causado tristeza. Una parte de la noche hemos pasado en plática, con proyectos y observaciones, el grupo de amigos compuesto de Montesinos, Smith, Pablo Rocha, Pancho Hernández, Juan Urbina, Manuel Travesí, Antonio Calderón, Pepe Inclán⁴ y otros. A las dos de la mañana nos dormimos al son de un fuerte aguacero.

DÍA 20 DE MAYO

A Acatzingo.

Salida de los prisioneros para Veracruz.

Hoy en la mañana muy temprano, hemos salido de Puebla los prisioneros, pie a tierra; los Generales, con algunos ayudantes, han quedado en la Ciudad. El Batallón de Infantería de marina, que manda el Coronel Hennique, un escuadrón de cazadores de África y otro de cazadores de Francia,⁵ son los que nos custodian. Nos llevan entre filas. Durante el trayecto por las calles, hemos ido cantando el Himno Nacio-

⁴ José Inclán (1830?-1872). Nació en Puebla, se alistó en las filas liberales. Durante la Intervención Francesa participó en la batalla del 5 de mayo de 1862. Prisionero en 1863, se le deportó a Francia. Regresó para incorporarse al ejército.

⁵ Cazadores de Vincennes.



nal,⁶ y algunos han entonado la Marsellesa, que acompañaban a *sotovoce* los soldados franceses; pero no queriendo dar motivo o pretexto para que se nos fuera a molestar, pronto ha cesado este último canto. Algunas familias y amigos, y bastante gente del pueblo, nos han acompañado hasta la Garita de Veracruz. Como los aguaceros de ayer tarde y de la noche han mojado bien el suelo sin hacer mucho lodo, el terreno está bueno y no se levanta polvo.

Media hora antes de salir de la Soledad, nos llevaron ocho carros para nuestros equipajes; donde los hemos colocado en el mayor desorden, y preveo que se van a perder muchos en el camino y al llegar a las jornadas, donde ha de haber forzosamente gran revoltura al tomarlos, pues somos unos ochocientos.

A la altura del cerro de Amalúcan, sobre el camino, se nos han incorporado los prisioneros de San Javier, entre ellos el Coronel Rosado y el Teniente Coronel Emilio Rodríguez; en unión de éstos venían los prisioneros de San Lorenzo, entre otros el Teniente Coronel de Zapadores Sóstenes Rocha, hermano de Pablo, cuyos prisioneros estaban esperando nuestro paso desde muy temprano, subidos en unos carros. Mucha alegría nos ha causado el volvernos a ver, y después de abrazos, etc., hemos subido algunos en los carros vacíos que lleva la escolta que nos conduce. Esta subida ha tenido grandes dificultades, pues el Jefe de la escota ha dado orden de que todos vayamos a pie. Este Coronel es un hombre de mal carácter y de cara de vinagre, que no nos puede ver. Desde luego supimos que es el mismo Coronel de Infantería de Marina que vino con Lorencez, el 5 de Mayo, y a cuyo cuerpo hizo retroceder el General Díaz hasta más allá de la Garita donde

⁶ No se trató del himno de Francisco González Bocanegra y Jaime Nunó el cual por su origen santanista fue desestimado por los liberales. Es posible que se refiera al compuesto por Ignacio Ocadiz en 1855 o el de Antonio Barelli y J. Rivero y Río de 1857.



tenían sus mochilas; tan apresurada fue la retirada, que no pudieron recogerlas todas y cayeron en poder de los oaxacos. Parece que Lonrencez le echó un trepe formidable por esta pérdida, y por este motivo el Coronel no nos puede pasar. Los oficiales y soldados de Cazadores de África y de Francia, lejos de oponerse a que subiéramos en los carros nos invitaban a trepar. ¡Qué diferencia! Cuando vio el Coronel que ocupábamos todos los carros, se enfureció y mandó que nos bajáramos, pero todos nos opusimos, y se nos dejó.

Estando tan hermoso el día, y contentos todos los de nuestro grupo, por habernos vuelto a ver con los de San Javier y San Lorenzo, Sóstenes Rocha, Juan Urbina y otro más, propusieron improvisar unos versos en francés, para cantarlos con la música de la antigua canción veracruzana, compuesta cuando Miramón sitió Veracruz, y que tenía el ritornello⁷ que se hizo famoso y que decía:

¿Qué haremos, Dios, qué haremos?
¡Nos van a bombardear,
Miramón por tierra
Y Papachín por mar!
Los versos fueron improvisados
y cantados en el acto.
Decía así el ritornello:
¿Que ferons nous (bis)
On va nous embarquer
Jusqu'à la belle France
Nous allons promener.⁸

⁷ Estribillo.

⁸ ¿Qué hacemos? (bis),
nos embarcaremos,
hasta la bella Francia,
vamos a caminar.



Al llegar a Amozoc, la gente de ese pueblo nos manifestó algo de mala voluntad, y muchos preguntaban por el Coronel Pablo Zamacona, a quien guardaban odio concentrado. Se nos contó que poco antes del Sitio estuvo allí dicho Coronel con su batallón (Guardia Nacional de Puebla), y puso presos entre filas a unos borrachos que estaban empeñados en darles aguardiente a los soldados, y como por esto los hostilizó todo el pueblo al grado de haber apedreado a su tropa, hiriendo a algunos, hizo no sé cuántas cosas de a folio que dejaron de él una muy mala memoria.

Llegamos a Acatzingo al anoecer, pues la jornada es larga, y nos alojaron en unos corrales de mulas, llenos de lodo de estiércol. Nos formaron y ordenaron que hiciéramos unas listas de todos nosotros, por grados. Así se hizo y se entregaron en el acto. Un oficial francés comenzó a llamarnos por esas listas, y como algunas habían sido hechas muy de prisa y con abreviaturas, este oficial decía sendos disparates. Por ejemplo: a Benito Quijano lo llamaba Bisit Güifeno, con su correspondiente Dom; a mí, Dom Fran Francasó; en la lista pusieron Pepe Inclán en lugar de José, y se le gritaba: Dom Pepé Incló; a Casasola le llamaban Cacasolá, etc. En la segunda lista, a las ocho y media de la noche, volvieron los mismos o peores disparates que en la primera; a Benito Quijano se le llamó Dom Bisuto Gaifero y a Casasola, Cacacolá. Esto causó una risa general, y como los llamados no respondían, el oficial francés se amostazó primero y después se enfureció con tanta risa, y para vengarse nos tuvo parados en el lodo más de media hora. El Coronel Montesinos y el Teniente Coronel Sóstenes Rocha, explicaron a los oficiales franceses la causa de la risa, por lo cual ellos rieron también y le dieron una buena carga al que pasó las listas.

Nos acostamos donde mejor pudimos, habiendo logrado algunos afortunados apoderarse de una pequeña y destruida caballeriza.



He notado de paso, y hasta donde me alcanzaba la vista, como tenía el enemigo, por el Norte y por el Oriente, su línea de contravalación.⁹ Esta era doble en cuanto a los obstáculos, pues habiendo avanzado la primera en el último tercio del Sitio, abandonaron esta, que se componía de una ligera trinchera y ramazones (digo ramazones, pues no eran abattidas); esto sin contar las grandes obras en que se apoyaban sus líneas. La segunda, colocada a medio tiro de cañón de la plaza, en algunos lugares, era una trinchera interrumpida, de foso más profundo y más ancho, también con ramazones de árboles en algunos puntos.

DÍA 21 DE MAYO

A San Agustín del Palmar.

Desde el amanecer estamos en pie. Se nos saca a la plaza, y a poco desfilamos pie a tierra para San Agustín del Palmar. Los carros están ya sobre el camino, y al llegar a ellos, los invadimos a la carrera.

Hemos notado que faltaban algunos jefes y oficiales; estos han escapado. ¿Cómo? ¡quién sabe!

Como a las diez y media u once nos cruzamos con un gran tren de carros que va para Puebla; hicieron alto estos a unos treinta o cuarenta metros al lado de los nuestros, y vimos... ¡admiración!... vimos unos enormes cañones de fierro, rayados, de marina, calibre de 30; sólo pudimos contar cuatro, pues como venían uno en cada carro y esto se prolongaba al costado, no logramos llegar hasta ellos porque no nos lo permitieron. Venían también otros carros cargados con las granadas pertenecientes a los cañones ¡bonitos pilones de azúcar! He aquí lo que nos esperaba para el día

⁹ Línea que se forman los sitiadores para evitar la salida de los sitiados.



22 o 23 en Puebla, caso de haber resistido hasta esa fecha. Hemos hecho largos comentarios los compañeros de carro, a la llegada de esos cañones, y mucho hablábamos igualmente de los resultados, caso de haberse hecho uso contra Puebla, de esa potente artillería. Los comentarios nos han entretenido toda la mañana. Claro está que a pesar de las fanfarronadas del General Forey, veía bien que no le era posible tomar la plaza con sólo la ocupación del fuerte de Ingenieros, y que en seguida de esto, le iba a suceder lo que después de la de San Javier. Es posible que haya esperado mucho de los grandes estragos de los cañones rayados de 30, tanto para nuestras obras, como para un bombardeo a toda la ciudad. No hay duda que nos hubieran fastidiado, haciéndonos efectuar obras mucho más fuertes, pero en llegando a la guerra de calles y casas, les hubiera pasado lo mismo que con sus cañones de a 12 de batalla.

A las cuatro de la tarde llegamos a San Agustín del Palmar, alojándonos tan mal como el día anterior. Nos ha llamado la atención que no nos hayan pasado lista.

A poco de haber llegado nos hicieron formar, y contando grupos de dieciséis oficiales, han dado una onza de oro española a uno de los del grupo a fin de que dé un peso a cada uno de los demás; como no hay cambio, imposible es el reparto; sólo unos cuantos han logrado cambiar y han comido, aunque sea muy mal.

Al ir a buscar sus equipajes los jefes y oficiales, el Coronel Montesinos subió a un carro para tomar el suyo; uno de los carreros, un español, cara de borracho, le dijo que era un ladrón, pues se tomaba un baúl que no era suyo; Montesinos le contestó como se debía, y el carrero le dio un latigazo al que contestó Montesinos con un soberbio puñetazo que medio le desbarató las quijadas. Se armó la gorda, vino el oficial de la guardia, se aclaró lo que había pasado, el Jefe de la escolta mandó castigar al carrero, y como para satisfacer



a Montesinos, ordenó que se le dejara pasar por donde quisiera.

DÍA 22 DE MAYO

A la Cañada de Ixtapa.

Salimos bastante temprano para la Cañada de Ixtapa. En el camino vimos el cadáver de un soldado mexicano, y se nos dijo que era de los prisioneros que iban delante de nosotros y a quien habían fusilado porque trató de escaparse a la salida, en la mañana, pasando sobre la guardia. Después encontramos unos cuatrocientos soldados nuestros de los prisioneros de Puebla, a los cuales, según supimos, se les llevaba a trabajar al ferrocarril hasta Paso del Macho o Soledad. Su vista nos afligió, pues iban flacos, macilentos y con el vestido hecho girones; quisimos darles algún dinero para que comieran, pues nos dijeron que solamente les habían repartido un poco de maíz crudo en dos días; su escolta no nos dejó hacerlo y seguimos adelante.

Como a la mitad del camino nos mandaron hacer alto, diciéndonos que unas guerrillas nuestras estaban a la vista con intenciones hostiles; que luego que escucháramos el primer tiro, echáramos pecho a tierra, y que se le haría fuego al que no lo ejecutare así. Pasó más de media hora, no hubo nada y continuamos la marcha.

A las cuatro y media llegamos a la Cañada de Ixtapa.

Ha sido una gran lucha el ir en los carros, pues ni estos bastan para todos, ni se nos permite.

Sobre el camino se ha unido a nuestra escolta una fuerza del regimiento de Turcos. Ojalá y ellos sean los que nos sigan escoltando. Un teniente de Turcos, que se llama Mahomet, ha hecho grandes migas con nosotros. Es este un hombre alto, fornido, de color claro relativamente, y de más de 50 años de edad; nos cuenta que espera de un momento a



otro su retiro, pues tiene muchos años de servicios, y que, como indígena, no puede pasar del grado de teniente; así es que nada tiene ya que esperar. Posee muchas medallas y es caballero de la Legión de Honor.

En la noche se oyen unos tiros rumbo al Sur.

Se nos cuenta que el jefe de la escolta, al saber que se habían escapado diez o doce oficiales, los mandó perseguir y dio orden de que fusilaran a los que atraparan. Uno cayó en poder de los perseguidores, y fue muerto; los demás escaparon. Unos dicen que el muerto fue un capitán de Chiapas, otros que de Guerrero; imposible nos es saber quién fue, puesto que los escapados eran más de diez. Al Coronel Hennique le han puesto los prisioneros "Hepatique" por lo bilioso y por su color, que parece que tiene derramada la bilis. Hay la creencia que está malo del hígado.

La revoltura de equipajes no puede ser mayor; algunos de nuestro grupo lo hemos perdido, lo que nos arruina, pues lo que tenemos puesto es lo peor. Los carreros han hecho su agosto, y se han robado cuanto han querido.

Se nos ha vuelto a dar una onza de oro para cada dieciséis prisioneros.

DÍA 23 DE MAYO

A Acultzingo.

Salimos al amanecer para Acultzingo. Se han agregado a nuestra escolta, más compañías de turcos que nos tratan bien.

Pronto comenzamos a bajar las Cumbres. A pesar de nuestra situación, hemos gozado con las magníficas vistas en una mañana tan hermosa. Como anoche hubo gran tempestad, el aire está muy puro y se ve hasta gran distancia.

Llegamos temprano a Acultzingo. Poco después fueron relevados los de infantería de marina, exclusivamente por los Turcos. No hay duda que hemos ganado en el cambio, no por



los oficiales y soldados, sino por el jefe. Parece que permaneceremos aquí uno o dos días, según dicen los oficiales franceses.

DÍA 24 DE MAYO

Permanecemos en Acultzingo.

Poco después de medio día llega el General González Ortega y demás Generales, en diligencia, muy bien escoltados. Muchos de nosotros pedimos permiso para irlos a ver, y se nos ha concedido. Allí sabemos que varios Generales se escaparon en Puebla, antes de su salida.

Un grupo de amigos convenimos solemnemente en el camino entre la Cañada y este lugar, no escaparnos uno solo sin que lo hicieran los demás; esta ha sido una gran tontera, pues de no haberlo así pactado, hoy hubiéramos podido fugarnos varios del grupo, como lo hicieron otros. Sólo por amor propio podremos seguir cumpliendo un convenio tan descabellado. Los de este famoso convenio, somos: Smith, Sóstenes y Pablo Rocha, Juan Urbina, Pancho Hernández, Montesinos, Rosado, Antonio Calderón, Pepe Inclán y yo.

DÍA 25 DE MAYO

A Orizaba.

Salimos a las seis para Orizaba. Los Generales, aunque salieron después, llegaron antes que nosotros, pues van en coches y diligencias.

Desde el Ingenio se nos incorporó una fuerza del 7º Regimiento de Infantería francés, que parece que nos escoltará hasta Córdoba. El Jefe de esta fuerza, Comandante de Batallón, es un hombre alto y grueso y de muy dulce carácter.

Apenas llegamos, van a vernos muchas familias, y nuestra prisión se llena de gente de la ciudad.



Permanecemos en Orizaba.

Desde medio día, pero principalmente desde las seis de la tarde empiezan a escaparse, vestidos de paisanos y confundidos con los de la ciudad, un grandísimo número de Generales, Jefes y oficiales, que son recibidos amabilísimamente por los habitantes de Orizaba y ocultados en el acto. A las nueve de la noche se nota la fuga y toman los franceses medidas rigurosas para impedir que siguiera la escapatoria. Entre los que se han fugado, está el General González Ortega.

Smith, Sóstenes Rocha, Pancho Hernández y Rosado, se han fugado sin avisarnos, y la verdad es que han hecho bien, pues los que quedamos somos unos imbéciles. Hemos estado fuera de la prisión, y con la terquedad de cumplir lo que llamamos nuestro compromiso, hemos vuelto, porque otros no habían salido. Cuando, habiendo reflexionado, nos hemos querido escapar, ya no era tiempo. Pasan de trescientos los fugados.

Han quedado muchísimos equipajes abandonados, de los que se han apoderado los que han querido, sobre todo los carreros. A las doce de la noche se me presenta el Teniente G. y me propone en venta un kepí, una levita y un pantalón de oficial de artillería, muy nuevos; yo me niego, pero me dice que el dueño, que era su compañero y amigo, se ha escapado, y que peor es dejar tirado ese uniforme; al fin le compro las tres piezas en dos pesos. Otro oficial me trae camisas, calzoncillos y unos pares de calcetines nuevos, aún sin marcar y me los regala, con tal que le compre una pequeña petaca, que le regaló otro oficial al escaparse; le doy diez reales y en el acto la aprovecho para guardar la ropa comprada. Estas compras las hice, porque mi pequeño equipaje se había perdido. Muchos equipajes quedan abandonados, sin que nadie los toque, al menos por ese día.



Ha causado un gran efecto la escapada tan numerosa. Cada rato entran y salen soldados y oficiales franceses para observarnos, y no nos dejan dormir. Se me olvidaba decir que un grupo de familias de la ciudad, dispuso sesenta catres de tijera, camas y colchones bien habilitados para los prisioneros.

DÍA 27 DE MAYO

Permanecemos aún en Orizaba. La vigilancia es extrema; trabajo nos cuesta comer y sólo dejan entrar las comidas que nos mandan las buenas y caritativas familias de la ciudad. Este descanso nos ha sido de mucho provecho.

Sabemos que no han atrapado a ningún fugitivo, pues en la misma noche los sacaron fuera de la ciudad; los pocos que aún quedan en ella, están muy bien escondidos.

DÍA 28 DE MAYO

A Córdoba.

Salimos para Córdoba.

Nos alojan en una casa de altos de la Plaza, donde sólo cabemos amontonados.

Las familias de Córdoba, a semejanza de las de Orizaba, nos mandan comidas y algunos catres; estos últimos los devolvió la guardia, porque eran treinta, y dijeron que eran muy pocos.

DÍAS 29, 30 Y 31 DE MAYO Y 1º DE JUNIO

Permanecemos en Córdoba.

La casa en que estamos tiene una azotehuela en el fondo, contigua a unos patios pertenecientes a las casas de atrás.



El 29, al oscurecer, algunos oficiales, que habían conseguido unas cuerdas, se escaparon descolgándose a dichos patios, donde los esperaban unos paisanos de la Ciudad. Ya íbamos a seguir otros, y tal vez se repetiría la gran escapada de Orizaba, cuando llegaron los rondines franceses, que, viendo tantos prisioneros reunidos en la azotehuela, maliciaron algo, hicieron un registro, y encontraron las cuerdas colgadas. Desde ese momento pusieron un retén en la azotehuela, y nada pudo hacerse ya. Se tenían preparadas tal número de cuerdas, que si no llegan tan oportunamente los soldados franceses, se escapan por centenares.

Yo tengo algunos parientes cercanos en Córdoba, así es que estuve visitado constantemente y comí muy bien durante nuestra permanencia en la Ciudad.

Para matar el fastidio del encierro, comienzo a poner en algún orden mis apuntes de un diario que he llevado del Sitio de Puebla.

DÍA 2 DE JUNIO

A Paso del Macho.

Salimos hoy para Paso del Macho, escoltados por la Legión Extranjera, que manda el Coronel Jeanningros. Este regimiento nos trata muy bien.

Hemos tenido un calor sofocante, principalmente desde el Chiquihuite; como van menos carros, la mayor parte de los prisioneros hacemos el camino a pie. Algunos han caído al suelo, sofocados, y ha sido necesario subirlos cargados a los carros.

El antiguo y fuerte puente del Chiquihuite, fue volado por nuestras fuerzas, antes que avanzaran los franceses, pero ha sido reparado con madera, provisionalmente. En el cerro y su falda, se ven algunas fortificaciones nuestras que se habían hecho, para detener a Lorencez; y que no fueron



defendidas, porque como se sabe, después de los tratados de la Soledad, por los que se permitió a los aliados pasar hasta Orizaba, violaron los franceses esos tratados y no retrocedieron a los puntos que ocupaban, sino que avanzaron sobre Puebla.

En Paso del Macho no hemos cabido en el único alojamiento que hay, que es un galerón, y por esto, la mayor parte hemos quedado en pleno campo.

Desde que salimos de Córdoba se nos dice que nos van a embarcar a todos para llevarnos a Francia. ¡Bien! el Gobierno francés quiere pasearnos en triunfo.

DÍA 3 DE JUNIO

A Palo Verde.

Salimos para Palo Verde.

Al pasar por el Camarón nos enseñan una casa acribillada a balazos, y nos han contado la brillante defensa que hizo en ella una compañía de la Legión Extranjera que fue atacada por el Coronel Millán con fuerzas de la Guardia Nacional del Estado de Veracruz.

Al llegar a Palo Verde vimos al Coronel Jeanningros; es este un bizarro jefe, de aspecto muy marcial, de buen carácter y bastante simpático. Habla bien el español. Estuvo platicando largamente con Pepe Montesinos, Manuel Travesí y conmigo, haciéndonos muchas preguntas respecto del Sitio.

—Veo, nos dijo, que el ejército francés ha combatido en Puebla contra Jefes y Oficiales tan jóvenes, que parece que acaban de salir de las Escuelas.

Este jefe tenía su tienda a la orilla del camino y estaba vestido, aunque de uniforme de campaña, con tanto esmero, aseo y compostura, como si se encontrase en la Ciudad. Palo Verde no tiene más que unos cuantos jacales, y campamos en pleno aire. Llegamos allí muy tarde.



DÍA 4 DE JUNIO

A la Soledad.

Salimos temprano para la Soledad y allí campamos bajo tiendas circulares de campaña, por no haber alojamientos, poniéndonos 16 en cada una, que es mucho, pues apenas cabremos diez. El sol ardentísimo calienta tanto la tienda y el aire interior, que parece que estamos en un horno y preferimos arrostrar el sol, cubriéndonos con ramas y yerbas a guisa de pequeñas barracas, y con nuestra ropa como sombras. Ni alzando la parte inferior de la tienda, podemos permanecer en ella.

Como la parte baja del puente del río de la Soledad, por donde pasan carruajes, caballos y peatones, está en compostura, hemos pasado por la parte alta, que es el puente del ferrocarril, subidos en unas plataformas; este ferrocarril, partiendo de Veracruz hasta el otro lado del puente; de aquí hasta Paso del Macho están trabajando activamente para concluirlo lo más pronto posible, según dicen. Nos cuentan que hay aquí unos soldados de los prisioneros de Puebla, a quienes se les hace trabajar en el ferrocarril. No sé si será cierto.

DÍAS 5, 6 Y 7 DE JUNIO

Permanecemos en la Soledad.

Por lo que he visto sobre la marcha, y por lo que he logrado saber, la línea de comunicaciones de los franceses, entre Veracruz y Puebla, aunque se puede considerar doble, en realidad estaba reducida a una. Esas dos líneas eran, partiendo de Veracruz: la primera por Jalapa y Perote, y la segunda, la verdadera, por Córdoba, Orizaba y las Cumbres de Acultzingo hasta Acatzingo. Ambas líneas se reunían en Amozoc, siendo de advertirse que desde Vera-



cruz hasta las Cumbres no podían comunicarse entre sí, con facilidad.

En cada población y en cada lugar de importancia, tenían un destacamento, que se había fortificado a la ligera. En las poblaciones muy importantes, como Córdoba y Orizaba, tenían mayor número de fuerza, de las tropas que llegaron al final del Sitio. En Jalapa había también una Guarnición. Además de las fuerzas que custodiaban los convoys, los cuales eran incesantes, había pequeñas columnas volantes sobre el camino. Así pues, entre Veracruz y Córdoba, estaba la Legión Extranjera; entre Córdoba, Orizaba y las Cumbres de Acultzingo, un Batallón del 7º de infantería que acababa de llegar días antes, y entre las Cumbres y Puebla, destacamentos de algunos cuerpos, como turcos, marinos, etc. Los convoys eran custodiados por las tropas que guardaban la línea. Los Egipcios expedicionaban a los alrededores de Veracruz, y una fuerza de Martinicos y de Infantería de Marina, guarnecía Veracruz. Pero como dije antes, casi todas estas fuerzas habían llegado al finalizar el Sitio de Puebla.

La vigilancia de la línea era suma, principalmente entre Veracruz y Córdoba, pues las pocas fuerzas de este Estado y sus jarochos, inquietaban los convoys y destacamentos con frecuencia, y aun dieron tres ataques formales.

Si se hubieran destinado unos tres o cuatro mil hombres de los que estaban fuera de la Plaza de Puebla a hostilizar la línea por Orizaba y destruir el camino, y los de la Sierra de Puebla a hacer lo mismo con la de Perote y Jalapa extendiéndose hasta Orizaba, y sobre esta también las tropas de Oaxaca, mucho hubieran sufrido los franceses por la falta de víveres y municiones. Decididamente hemos sido unos niños para hacer la guerra a los franceses.

Imposible es estar bajo la tienda ni de día ni de noche



Nos dicen que hemos permanecido aquí, porque no han llegado a Veracruz los transportes que han de conducirnos a Francia, y también porque en Veracruz está el vómito muy fuerte.

DÍA 8 DE JUNIO

Por fin, salimos del infierno y llegamos a Tejería, donde nos reciben los bárbaros Egipcios. Estos son unos 150 negros, que según se cuenta, regaló el virrey de Egipto al Emperador Napoleón. ¡Bonito Regalo! Todos son negros, jóvenes, muy flacos y muy altos, sin instrucción militar, y tan feroces, como los cocodrilos de su país. Están vestidos de lienzo blanco, lo que hace más resaltar su negrísimo color. Nos dijeron los oficiales franceses, que el Jefe de esos egipcios, un gran personaje, había muerto hacía pocos días, y vimos su caballo, que es hermosísimo, ricamente enjaezado al estilo árabe. Según su última voluntad de aquel jefe, se ha embalsamado su cuerpo para enviarlo a Alejandría, y su caballo también será enviado.

Como en Tejería no hay ningún alojamiento, campamos en el llano, rodeándonos los egipcios con un círculo de centinelas. Estos panteras negros no sabiendo ni una palabra de francés ni de español, y habiendo recibido orden de no permitir que nadie se nos acerque, ni que nos separemos de donde estamos, no dejan pasar ni aun a los oficiales y soldados franceses, por más que estos les quieren hacer comprender que pueden hacerlo.

Desde el obscurecer no nos dejan ir estos malditos negros a unos cuantos pasos de donde estamos; no nos hablan, sino que nos apuntan con sus fusiles preparados, y a esta expresiva pantomima nos volvemos a nuestros lugares. Por fin, un oficial francés dio parte al jefe del lugar y ha conseguido que se de orden a estos egipcios para que



nos dejen ir hasta cincuenta o sesenta metros del cordón de centinelas. Ya más humanizados, algunos de estos cocodrilos permiten que unos soldados franceses nos vayan a comprar pan, queso, sardinas y vino, a la tienda desven- cijada que tenemos a unos 70 metros de nosotros. A un jo- ven negrillo más flaco y más alto que sus compañeros, y que es clarín, le señalo la tienda y le pongo un peso en la mano; él comprende, corre y subiéndose al mostrador, se despacha por sí, tira el peso sobre el mismo mostrador, y me trae, también corriendo, un pedazo de salchichón, una gran torta de pan y una botella de vino; uno de los tende- ros lo sigue, y me cobra otro peso más. Yo le doy dos reales a mi negrito, le convido de lo que me traje, y entonces se pone a saltar de contento, lanzando gritos guturales de los más extraños que he oído; uno de los centinelas reía con él, pero otro gruñón los puso en juicio. Comí con gran placer, así como Antonio Calderón, Ángel Rodríguez y otros que estaban conmigo. Apenas amaneció y desperté, ví al negro a tres pasos, señalándome la tienda; le volví a dar un peso, y me traje un gran jarro de café con leche y una hermosa torta de pan ¡que felicidad! Yo quería premiarle de alguna manera, y mientras lo pensaba, noté que su mirada se fijaba en mi cinturón del pantalón, que era de cuero, bordado de seda azul y oro, algo usado, y que se veía bien por tener yo desabrochado el chaleco. Inmediatamente me lo quité y se lo di, quedando el pobre tan admirado de un regalo para él tan grande, que abrió sus ojos desmesuradamente, se puso el cinturón y comenzó como anoche, a ejecutar sus brin- cos, volteretas, gritos y risas. Otros prisioneros lo ocuparon igualmente.

DÍA 9 DE JUNIO

A Veracruz y embarque de los prisioneros.



Se da la orden de partir y subimos en los vagones del ferrocarril. Este tren llegó a Veracruz y siguió hasta la Plaza del Muelle; allí bajamos, siendo recibidos entre dos filas de soldados que nos conducen en el acto al muelle, donde nos esperaban las lanchas; los remos se mueven y somos llevados al transporte de ruedas el “Darien”, un viejo buque, que manda el Capitán de Fragata Mr. Ropère. En el acto nos sirven una comida detestable, que no tocamos, porque daba basca sólo el verla. Dos horas después levanta anclas el “Darien”, va a “Sacrificos” y somos transbordados a la “Cères” los oficiales de los grados de Teniente Coronel a Subteniente; los Generales y sus ayudantes, así como los Coroneles, quedan en el “Darien”. La “Cères” es un transporte para caballos.

El Capitán de Fragata Mr. Lefèbre, Comandante de la “Cères”, alega que no puede hacerse a la mar con tantos prisioneros porque no tiene los víveres necesarios, y que sólo posee galleta vieja (*biscuit*) en cantidad suficiente; se le contesta que no puede esperarse el tiempo que sería indispensable para hacerse de víveres, y que toque algún puerto donde los pueda conseguir. Llevábamos fama de hombres resueltos y semisalvajes, por lo cual se nos encierra a todos en unas especies de galeras corridas, cerradas en todo el largo con rejas de hierro, donde se nos amontona, ahogándonos con el calor del clima y con el de la máquina, que ya estaba encendida.

DÍA 10 DE JUNIO

Salida de “Sacrificos” (Veracruz), para Francia.

En la mañana nos hacemos a la mar. Parece que solamente se esperaba la noticia de entrada a México del General Forey, para levar anclas.

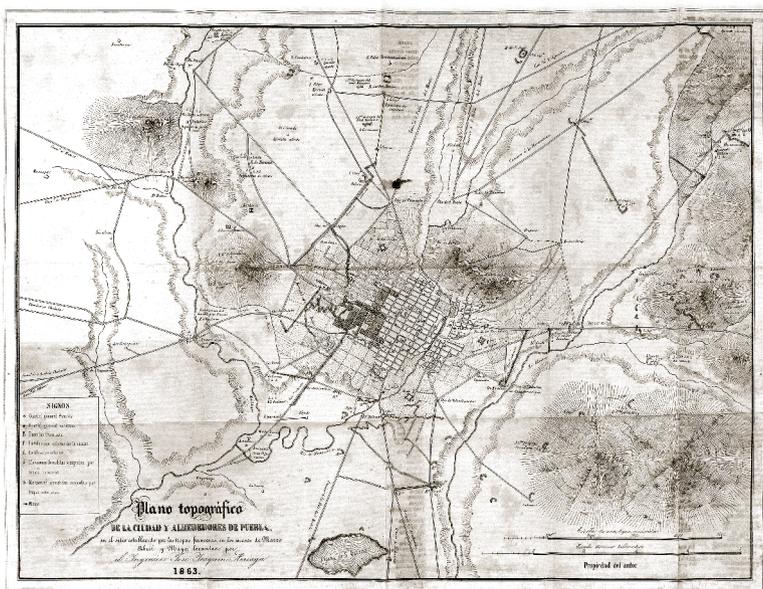


Los dos buques "La Cères" y el "Darien", navegan unidos bajo el mando del Capitán Lefèbre".



Entrada solemne del ejército francés a Puebla.
Litografía, siglo XIX. Serie litografías
Fotomecánico. Acervo INEHRM





Plano de Puebla 1863. Córdoba, Tirso Rafael,
El sitio de Puebla o Apuntes para la Historia de México,
sacados de documentos oficiales y relaciones de testigos fidedignos, Puebla,
Imprenta a cargo de J. M. Vanegas, 1863, p. 137.

Los prisioneros mexicanos en Francia. Diario de un desterrado¹

Juan de Dios Peza

La tierra extraña, que tantos atractivos ofrece a los que viajan por recreo, por estudio o por conveniencia, es odiosa y amarga para los que en ella viven proscritos y sin esperanza de tornar al suelo nativo.

Un desterrado a quien acompañan como abominable cortejo el olvido, la humillación y la miseria, sufre lo que sólo Dante podría pintar con vivos colores.

No hay pena comparable á la del ostracismo. Se puede prescindir de la vida en la patria cuando la juventud y la esperanza sonríen como dos magas engañosas delante de nuestros ojos; pero en la edad proveyta, en la vejez, la obligatoria ausencia de la tierra en que se ha nacido es el mayor de los dolores.

Los griegos, maestros de lo bello, presentían lo horrible, e imponían el ostracismo como el más grande de los castigos.

Yo he encontrado en medio del bullicioso París, en días en que esa admirada y admirable ciudad estaba radiante de esplendores, a un mexicano que entre nosotros se distinguió siempre por su valor, por su audacia, por sus energías viriles en el Gobierno y en el Parlamento, triste, abatido, ictérico

¹ Juan de Dios Peza, *Epopéyas de mi patria: Benito Juárez*, México, J. Ballezá, 1904, pp. 139-158.

por la nostalgia, y sin que le sorprendiesen ni le distrajeran los mil encantos que a mí me tenían loco de ventura en la opulenta Babilonia de Europa.

Era hombre a quien todos temían aquí, cuando ejercía funciones de autoridad; manejaba las armas con maestría y no se le vio nunca arredrarse ante el peligro, y yo, al ir a visitarlo en su casa, en la hermosa Avenida de la Opera, al entrar la noche, cuando los focos eléctricos forman dos cintas luminosas que fascinan de una y otra acera, y todo es ruido, alegría y vida, le encontré asomado al balcón de su cuarto, con los codos apoyados en la balaustrada y la cabeza hundida entre las manos.

— ¿Está usted enfermo?

—Mucho, me respondió con los ojos llenos de lágrimas; a los sesenta años no se puede vivir lejos de la patria, de la familia y de los amigos; ahora me parecen desde aquí hermosas aquellas calles de nuestro México; he llegado a ver poéticos a nuestros indios de calzón remangado y calzados con “huaraches”; oigo en mi imaginación, como una música sublime, los gritos del nevero, de las tamaleras, de las fruterías, del charamusquero, del que vende papa, de los de las cabezas calientes de horno, y, se lo confesaré a usted con toda confianza, ¿en qué cree usted que estaba pensando? En que daría lo que me pidieran por oír el grito de una patera.

—¿Dé una patera?

—¡Sí! aquellas arpías, mitad brujas y mitad endriagos, que respiran miseria; que van desgredadas y sucias, mal vestidas, con repugnantes harapos, gritando por las silenciosas calles a las diez o las once de la noche: “pato cocido; tortillas con chile”, son para mí, en este momento, en esta hermosa avenida tan llena de luz, de lujo y de ruido, unas deidades que algo daría por verlas y algo más por escucharlas. Usted se reirá de esto, y es natural, es joven; le cautiva cada griseta que encuentra al paso, cada escapatate que se



ofrece a sus ojos, cada monumento, cada paseo, cada puente del Sena; lo comprendo y lo creo justo. Pero, amiguito, yo soy viejo; yo necesito mi clima, mi cielo, mis comodidades, mis cuadros, mis libros, mi recámara, el criado que me sirve desde hace años, el sillón en que se sentaba mi padre, los sitios en que jugué de niño, el suelo que defendí con mi sangre y con mi palabra; mi familia, mi mujer, que es superior a todas estas mujeres; mis hijos, a quienes encuentro más interesantes e inteligentes que a todos los jóvenes y niños de París; mis bizcochos de la calle de Tacuba, mi fruta de Santa Clara, mis peras de San Ángel, mis fresas de Mixcoac, mis léperos y... el hombre lloraba y no pudo seguir hablándome.

Yo le abracé conmovido, y le dije:

—Tiene usted razón; usted se ha impuesto un ostracismo voluntario, y hasta hoy, comprendo cómo es la nostalgia, el profundo mal de la patria.

El ejército francés, al mando del general Forey, se encontró, al entrar victorioso en Puebla, con que todo el ejército mexicano, ya sin armas ni municiones, pues todas las había destruido, se le entregaba sin condiciones, sin solicitar clemencia, sin pedir ninguna garantía. Generales, jefes, oficiales, estaban á merced del vencedor, que podía matarlos a su antojo. Pero el valor heroico impone respeto, y Forey ensalzó a los vencidos, aplaudió su dignidad y su bravura, y temiendo a su patriotismo, les impuso condiciones para dejarlos en libertad completa.

Entre lo que se les exigía, era lo principal que no volvieran á tomar las armas contra los franceses, y todos contestaron, que sin demora volverían en cuanto pudieran al campo de batalla.

El general vencedor dispuso entonces deportar a Francia a tan peligrosos jefes y oficiales, y los mandó a Veracruz por el camino de Orizaba. En esa ciudad se fugaron muchos de ellos, y fueron a formar guerrillas o a buscar el gobierno de Juárez;



pero muchos quedaron sufriendo lo que no es decible, dada la ira que produjo la fuga de sus compañeros.

En Veracruz estaban anclados esperándolos el vapor *Darien* y la fragata *Cérès*. En el primero embarcaron a los generales y coroneles, con sus ayudantes. En la segunda a los tenientes coroneles, comandantes y oficiales subalternos.

La marcha desde Puebla a Veracruz estuvo llena de pormenores interesantes, y copio lo que a este respecto dice un antiguo teniente del Batallón permanente “Reforma” de San Luis Potosí, don Martín Corona, que fue deportado, y en una “Memoria íntima” relata lo que sigue:

Dos días después de la rendición, los pocos habitantes que quedaron en la ciudad contemplaban, muchos con lágrimas en los ojos, desfilar entre los enemigos a los prisioneros mexicanos.

Fuera de garita, un ayudante del Estado Mayor francés, en voz alta, nos dijo que íbamos á ser conducidos a Francia, pero que los que intentaran fugarse serían matados.

En tan humilde forma, y sufriendo mil penalidades por el rigor que despleaban nuestros guardianes, atravesamos pie a tierra la distancia que hay entre Puebla y el puerto de Veracruz.

No me detendré en pormenorizar el bárbaro tratamiento de que fuimos objeto, concretándome únicamente a decir que, cuando por la escabrosidad del terreno nos veíamos obligados, a buscar el paso por las orillas del camino, éramos repelidos groseramente hacia el centro de él; se nos impedía tomar un trago de agua, o recibir algún pequeño comestible, que pretendían darnos los pobres indígenas moradores de aquellos contornos, movidos a compasión por el aspecto que ofrecíamos, de vencidos tratados cruelmente. Las jornadas eran cortas; pero, en cambio, se nos alojaba en corrales desprovistos de techumbre, y dormíamos sobre el lodo húmedo



aún por las lluvias del mes de Mayo, que son tan frecuentes en nuestra zona.

El contraste singular entre la dureza de nuestros vencedores y las cariñosas demostraciones de simpatía por parte de nuestros compatriotas, nos conmovía hondamente. Jamás olvidaré la entusiasta y patriótica recepción que nos hicieron las familias más distinguidas de Orizaba, Córdoba y Veracruz, cuyos rasgos más salientes consigno en estas humildes páginas, como un justo tributo de gratitud.

En Córdoba permanecemos 9 ó 10 días, y durante ellos fuimos alimentados más de seiscientos prisioneros por las familias residentes en aquella ciudad, que se distribuyeron entre las principales el gasto y condimento de las vituallas.

Al llegar a la Tejería tuvimos la grata sorpresa de que las familias más acomodadas del puerto de Veracruz nos esperaban para prodigarnos sus consuelos y agasajarnos con puros, cigarros y cuánto la imaginación les sugirió.

En las primeras horas del día siguiente se nos trasladó en ferrocarril a la estación del citado puerto, en donde descendimos rumbo al muelle.

Los habitantes de la Heroica, sin distinción de clases, sexos ni edad, se apiñaban en compacta multitud, invadiendo calles, balcones y azoteas, para darnos su tierna y conmovedora despedida, agitando pañuelos y sombreros.

Dos embarcaciones de gran porte se mecían majestuosamente en las aguas de Veracruz, eran el *Darien* y la *Cérès*, que debían conducirnos a las costas de Francia. En la primera fueron alojados los generales y coroneles, y en la segunda, los restantes.

El día del embarque, que fue el mismo en que arribamos al puerto, se nos dio una suculenta comida sobre cubierta, y en la tarde se nos repartieron unas cuantas hamacas, hacién-



donos bajar en seguida, para encerrarnos bajo llave en unas galeras situadas a babor, resguardadas al interior por gruesas rejas de fierro, y al exterior por la cubierta del buque, guarnecida de distancia en distancia por pequeñas ventanas ó troneras que daban al mar.

Desde aquel momento, las puertas de fierro de aquella ambulante prisión sólo se abrían para introducir los alimentos que se nos ministraban y que consistían en café negro, ron y galleta picada, amarga y agorgojada, en el desayuno; caldo, jamón ó carne conservada en latas, unas veces, y otras chícharos ó habas guisadas, acompañado esto de un pedazo de pan negro y un poco de vino para la comida; por cena, la misma ración del desayuno. Los viernes eran considerados allí como de vigilia ó ayuno, y la comida del medio día consistía en un pedazo de queso, otro de pan negro y un poco de vino tinto.

Los alimentos que nos servían, condimentados en el buque, eran parte del rancho que tomaban los marineros; y en cuanto a las carnes conservadas, eran de tan difícil digestión, que muchos nos empachamos con ellas. En cuanto a la higiene y el aseo personal, concluyó para nosotros desde el momento del embarque, pues apiñados en aquellas galeras un número tan considerable de cuerpos humanos, teniendo por lecho las duras tablas y sin podernos desnudar; el sofocante calor de la chimenea de la máquina, la falta de baños y sin cambiarnos la ropa interior desde entonces, dio por resultado que nos empiojáramos tanto, que se vio precisado el comandante de la fragata a darnos jabón y preparar sobre cubierta unas cubetas de agua dulce y otras de agua salada, para que nosotros mismos laváramos nuestras ropas.

Ya se comprenderá lo difícil que era está operación para personas no acostumbradas a esa faena, por una parte, y por otra, la falta de utensilios adecuados, y el constante vaivén de la embarcación por el movimiento de las olas. Yo lo inten-



té, aunque infructuosamente y quedando en peor situación que antes, pues lo único que conseguí fue la desconsoladora impresión de ver mi camisa empapada, sin encontrar medio de secarla. Algún compañero, de buena fe, o con la intención de reírse á mi costa, me aconsejó y aun me proporcionó un pequeño cordel para que atara yo en una de sus extremidades la camisa, que debían lavar las olas, sujetando el otro extremo en alguna de las ventanas que caían al mar. Cuando retiré la cuerda, creyendo que la camisa estaría ya limpia, me encontré con sólo un pedazo de ella, porque probablemente los peces se habían llevado lo demás.

La travesía fue muy dilatada, porque el comandante de la fragata, queriendo economizar combustible, mandaba izar las velas cuando el viento era favorable, y entonces la marcha era muy lenta. A esta circunstancia hay que agregar los contratiempos que tuvimos durante la travesía, y fue el primero en el Golfo de México, por haber encallado el buque en los arrecifes conocidos con el nombre de Los Alacranes, a causa de haberse dormido el cabo timonel.

El segundo contratiempo fue más grave que el primero; al cabo de muchos días de navegación, anclamos frente a las islas Bermudas, para hacer agua, y sin que hasta entonces hubiera habido ninguna alteración atmosférica: más no acabábamos de salir de la bahía, cuando empezó a soplar un viento tenue al principio y que el comandante de la embarcación creyó propicio á la marcha, por lo que mandó izar las velas, que rápidamente se hincharon, porque repentinamente se desató un furioso huracán. En vista del terrible peligro que nos amenazaba, pues la embarcación, impulsada por las velas que estaban desplegadas, tan pronto ascendía sobre una inmensa mole de agua, como se precipitaba vertiginosamente al abismo, el comandante dio orden de arriar el velamen; los mari-



neros lucharon desesperadamente sin lograrlo, hasta que la fuerza del viento abrió de arriba abajo la vela del palo mayor, lo que moderó mucho los movimientos del buque y permitió arriar las restantes.

El aspecto que presentaba en esos momentos el mar y la embarcación eran imponentísimos: el primero con sus olas encrespadas que hacían dar tumbos a la segunda, en donde difícilmente se podía uno tener en pie, y sobre la cubierta de ésta, corriendo estrepitosamente en distintas direcciones, una cureña o no sé qué objeto, que arrollaba cuanto encontraba a su paso, además; del desorden en que yacían los cables de las maniobras. Esta tempestad duró algunos días, aunque, por fortuna, disminuyendo insensiblemente, pero no sin haber causado grandes averías, pues el buque hacía agua por varias partes, que había que desalojar por medio de bombas absorbentes.

Antes de continuar debo referir un hecho que honró mucho al señor general González Mendoza, cuartel maestro nuestro, y fue el siguiente: al llegar á las Bermudas, supo que los prisioneros de la *Cérés* estábamos pésimamente alimentados, y dispuso que por su cuenta se nos diera diariamente, a cada uno, un plato de papas. Este mismo general, al anclar en el puerto francés Brest, en cuyas aguas fuimos transbordados a una embarcación de porte mayor, a todos los prisioneros nos dirigió una corta alocución, deplorando nuestra angustiada situación, exhortándonos a ser pacientes, en la adversidad, y ofreciéndonos su protección.

Sin desembarcar, continuamos nuestra ruta hacia el puerto L'Oriente, en donde desembarcamos sucesivamente, el primer día, los generales, con destino a Evreux; el segundo, los jefes, a Tours, y en los siguientes los oficiales subalternos, de cien en cien, y con destino á Blois, Bourges, Clermont-Ferrand y Moulins-Sur-Allier.



*Antes de desembarcar se presentaron a bordo las autoridades militares del puerto para exigirnos, bajo nuestra firma, la obligación de seguir el derrotero que se nos indicara, y entregarnos en metálico el importe de la liquidación por el tiempo de la travesía.

Armados de nuestros boletos de pasaje de segunda clase, los destinados á Moulins-sur-Allier, y libres por primera vez de nuestros inseparables guardianes, recorrimos casi alegres la distancia que separa ambas poblaciones, haciendo alto por poco tiempo, la noche de ese día, en la importante ciudad de Orleans, cuna de la célebre Juana de Arco.

Al día siguiente, antes del medio día, llegamos a la capital del Departamento. En la estación nos esperaba el comandante militar acompañado de su Estado Mayor y miembros de la corporación municipal. El primero nos hizo saber que quedábamos prisioneros en aquella plaza, bajo nuestra palabra de honor, pudiendo salir de ella, sin licencia, hasta dos kilómetros y con obligación de presentarnos cada tercer día en la Comandancia de la Gendarmería Imperial para firmar un rol en que constara nuestra presencia.

Terminada la ceremonia de recepción se nos proveyó de cédulas para alojamiento, por tres días, en cuyo espacio de tiempo nos dedicaríamos a buscar los que pudiéramos ocupar a nuestras para quedar definitivamente instalados y en espera del desenlace.

El general José González Mendoza y sus ayudantes quedaron en París por disposición del ministro de Marina; los demás generales, con sus, ayudantes, fueron á Evreux; los coroneles, tenientes coroneles y comandantes á Tours, y los capitanes, tenientes y subtenientes se repartieron entre Blois, Bourges y Clermont-Ferrand.



Con escasísimos haberes, sin equipajes, pues casi todos se perdieron en la travesía, los deportados sufrieron angustias, desnudeces, hambre, humillaciones y enfermedades que les hacían insoportable la vida.

Vive aún en Morelia, para honor de la República, el valiente veterano de la Reforma, el general de división Eпитacio Huerta,² inspector general del benemérito Ejército de Oriente y en jefe del cuerpo de oficiales prisioneros internados en Francia, y él escribió y publicó un folleto de 92 páginas, intitulado: *Apuntes para servir a la Historia de los Defensores de Puebla, que fueron conducidos prisioneros a Francia*, enriquecido con documentos auténticos.

En estas páginas, llenas de imparcialidad y de verdad, escritas con el severo y frío estilo que requiere un relato sencillo, se admira la resignación con que las almas fuertes soportan las privaciones más amargas por no faltar a sus deberes con la patria; se lamenta la debilidad de muchos que se sometieron a las exigencias del Gobierno francés, y conmueve la generosidad del inolvidable general don Juan Prim, que abrió una subscripción, para socorrer a los prisioneros, la cual produjo 29790 reales de vellón, colectados entre el partido progresista.

Un mexicano inolvidable, de corazón lleno de nobleza, don Manuel Terreros, tuvo siempre su bolsillo abierto para socorrer a sus infortunados compatriotas.

El Gobierno de Napoleón III les exigió el juramento de no volver a tomar las armas contra el Imperio de Maximiliano. Prestar ese juramento era volver al país, con sueldo y consideraciones.

² Eпитacio Huerta (1827-1904). Militar que bajo la bandera liberal combatió en Ayutla, la Guerra de Reforma.



Negarse, era quedar en Francia, incluido en la lista de los mendigos, de los que ven amanecer sin haber tenido lecho en que dormir y sin esperanza de un pan para alimentarse.

En aquel horrible trance, ciento veintidós no se juramentaron, y en consecuencia sufrieron las más duras penalidades, sin abandonar la seguridad del triunfo después del martirio.

El eminente poeta y hombre de Estado don Miguel de los Santos Álvarez, en una carta dirigida al general Huerta en Octubre de 1864, en la cual se anunciaba que el señor Prim dirigiría una circular para coleccionar fondos, agrega:

Yo creo que al fin y al cabo saldremos adelante con más o menos trabajos, y que algún día, que no ha de ser muy lejano, los ahora emigrados y pobres serán afortunados y vencedores en su hermoso país.

‘Así sea, y, entretanto, ¡buena esperanza!’ Esta profecía se cumplió. Los generales Epitacio Huerta, Francisco Paz, Ignacio Mejía, Francisco Alatorre y Joaquín Colombres; los coroneles Luis Terán, Luis Legorreta, Amado C. Verumeu, Agustín Alcérreca,³ José Gregorio Patiño,⁴ Sebastián Hernández y C. Gagern; los tenientes coroneles Rafael Echenique y Hércules Savioli; los comandantes Alejandro Casarín,⁵ José Inclán, Carlos Noriega, José V. Altamirano y Rafael Huerta, y el teniente

³ Agustín Alcérreca (1828-1907). Nació en la Ciudad de México, inició su carrera militar en 1846 combatiendo la rebelión de los Polkos. Deportado a Francia regresa a México en 1865.

⁴ José Gregorio Patiño (1825-1917). Originario de Morelia.

⁵ Alejandro Casarín (1840- 1907) caricaturista y pintor, sirvió en el Ejército de Oriente con el rango de Teniente coronel. Fue autor de los Indios Verdes, monumento en bronce de la Ciudad de México.



Esteban González Verástegui,⁶ volvieron al país con sus propios fondos.

El general Manuel F. Loera,⁷ entonces coronel, tuvo que buscar con su trabajo personal recursos para vivir en el destierro sin mancharse, y aceptaba faenas rudas y mal retribuidas; el general Francisco Z. Mena,⁸ entonces comandante, soportó con imperturbable resignación toda clase de sacrificios; el general José Montesinos, entonces coronel, se presentó, como en otro artículo lo he dicho, en unión de sus compañeros residentes en San Sebastián de Guipúzcoa a trabajar como albañiles en el castillo de la Mota; el general Pablo Bocha y Portú, entonces comandante y pagador, daba lecciones de contabilidad, y Casarín pintaba y vendía cuadros originales.

Entre los principales beneméritos figura el entonces subteniente del primer batallón de Guanajuato, José María Obando, pues siendo muy joven rehusó por cuatro veces admitir las propuestas que le hicieron para volver a la patria; sufrió todo género de privaciones, llegando a dedicarse a las duras faenas de jornalero, pues trabajó en clase de peón en las obras que en el castillo de la Mota, de la plaza de San Sebastián, se estaban ejecutando en 1865.

⁶ Esteban González Verástegui (1841-1870). Poeta. Durante su paso por España compuso el poema "Canto a Granada".

⁷ Manuel F. Loera (1839-1913). Nació en Zacatecas. En 1855 es nombrado Subteniente de la Guardia Nacional. Combate en las filas nacionales. Capitán de Zapadores en el ejército permanente. Combatió contra los franceses en el sitio de Puebla. Fue aprehendido y deportado a Francia. Magistrado de la Suprema Corte de Justicia Militar; ascendió a General de Brigada en 1871.

⁸ Francisco Z. Mena (1841-1908) Nació en Guanajuato. En la Guerra de Reforma figuró en diversas acciones. Prisionero en Puebla y deportado a Francia, logró regresar a México en 1865, para luchar en Tabasco. Murió en París, Francia.



Obando mereció los más grandes encomios del general Huerta, de Pérez Milicua, otro de los admirables en el destierro, de Montesinos y de sus más notables compañeros de infortunio.

Era muy joven y daba ejemplo de entereza y patriotismo.

En el destierro murieron los tenientes coroneles Eduardo Delgado y Domingo Bernal; comandante Rafael Ferniza; los capitanes Teodosio Lares, Juan L. Gallardo, Demetrio Rodríguez y Pedro Barrón, y los tenientes Pedro Reguero, N. Saucedo, Luis Campos, Francisco Cienfuegos y Luis G. del Villar.

La bandera de la patria abraza, como amorosa madre, las tumbas de aquellos proscritos que no volvieron a ver nunca nuestro diáfano cielo.

El general Huerta, ese valiente mutilado Cocula, hizo cuanto estuvo a su alcance para mejorar la situación de sus compañeros, y conmueven las cartas en que muchos de ellos le expresaron su gratitud y su reconocimiento.

Los nombres de Manuel Terreros, en lugar prominente, pues dio más de tres mil pesos para socorrer a los desterrados; los de Pedro Rincón, M. Villamil, N. Asúnsolo, Joaquín Redo, N. Pacheco, Landa y Ramón Ceballos, merecen gratitud de los buenos mexicanos, así como del general Prim y Miguel de los Santos Álvarez, que reunieron en las subscripciones de la Junta Progresista en Madrid, Gijón y San Sebastián, cerca de cinco mil pesos.

Todos los donativos se gastaron en la manutención y transporte de los prisioneros, y honra al general Huerta la escrupulosidad con que dio cuenta de todo esto.

Muchas deudas de los desterrados no fueron reconocidas hasta que el general Porfirio Díaz subió al poder y mandó amortizarlas, acto que se le aplaudió en España con entusiasmo.



No he querido señalar los nombres de los que se juramentaron; algunos por debilidad punible, otros por miedo a la miseria o por excesivo amor a la familia, se ofuscaron en aciagos días, sin calcular que en lo porvenir la patria ungiría con sus besos de madre las frentes limpias de sus mártires.



Bibliografía

- AGUIRRE, Manuel J., *La intervención francesa y el Imperio en México*, Guadalajara, Edición del Gobierno del Estado de Jalisco, 1969.
- BOCHET, J. A. J., *Campagne du Mexique (1862-1867). Journal d'un officier de Chasseurs a Pied*, Paris, Imprimerie Pairault et Co., 1894.
- BLANCHOT, Ch., *Mémoires. L'Intervention Française au Mexique*, Paris, Librairie Émile Nourry, 1911.
- CASTILLO, José R. del, *Juárez, la Intervención y el Imperio*, México, Herrero Hermanos Editores, 1904.
- CHÁVEZ OROZCO, Luis, *Jesús González Ortega defensor de la Patria*, México, Colegio Coahuilense de Investigaciones Históricas, 1981.
- CÓRDOBA, Tirso Rafael, *El sitio de Puebla o Apuntes para la Historia de México, sacados de documentos oficiales y relaciones de testigos fidedignos*, Puebla, Imprenta a cargo de J. M. Vanegas, 1863.
- CORTÉS, Tranquilino, *Diario de Operaciones del Sitio de Puebla*, Sobretiro del Humanitas anuario del Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Nuevo León, 1963, núm. 4.
- DÍAZ, Porfirio, *Memorias de Porfirio Díaz, 1830-1867*, T. I, 1922, El libro francés, México.
- GARCÍA, Genaro, *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México. Correspondencia Secreta de los Principales Intervencionistas Mexicanos*, 2ª ed., México, Editorial Porrúa, [1905-1911] 1972, pp. 491-494. (Col. Biblioteca Porrúa, 51).
- HUERTA, Epitacio, *Apuntes para servir a la historia de los defensores de Puebla que fueron conducidos prisioneros a Francia; enriquecidos con documentos auténticos*, México, Imprenta de Vicente G. Torres, 1868

- LAURENT, Paul, *La guerre du Mexique de 1862 a 1866. Journal de Marche du 3^e Chasseurs D'Afrique. Notes intimes écrites au jour le jour*, Paris, Amyot, 1867.
- NIOX, GUSTAVE LEÓN, *L'expédition du Mexique. Récit politique et militaire (1861-1867)*, París, 1874.
- OLLIVIER, Emile, *La intervención francesa y el imperio de Maximiliano en México*, México, Tip. de la Escuela de Artes del Estado, 1906.
- PEZA, Juan de Dios, *Epopéyas de mi patria: Benito Juárez*, México, J. Ballezá y Cía., 1904.
- SALADO ÁLVAREZ, Victoriano, *Episodios militares nacionales (segunda serie), La intervención y el imperio*, T. I, México, J. Ballezá y Cía., 1903.
- SPITZ, Joseph, *Histoire du 2^e Régiment de Zouaves. Rédigée d'après des documents inédits puisés aux archives historiques du Ministère de la Guerre*, Oran, Paul Perrier Imprimeur, 1901.
- TAMAYO, Jorge L., *Benito Juárez. Documentos, discursos y correspondencia*, T. 7, México, Secretaría del Patrimonio Nacional, 1965.
- TRONCOSO, Francisco de Paula, *Diario de las operaciones del Sitio de Puebla en 1863*, Puebla, Editorial Cajica, 1963.



**TESTIMONIOS
E INTERPRETACIONES
DEL SITIO DE PUEBLA 1863**

PROTAGONISTAS, TESTIGOS Y CONTEMPORÁNEOS

Raúl González Lezama

Selección, introducción, estudio y notas

Fue editado por el

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO.

Se terminó en la Ciudad de México en octubre de 2020,
durante la epidemia COVID-19, en cuarentena.

Después de la derrota sufrida frente a Puebla el 5 de mayo de 1862, las fuerzas expedicionarias del general Charles Latrille, conde de Lorencez, se replegaron a Orizaba desde donde esperaron refuerzos.

Un nuevo comandante en jefe fue nombrado por el emperador Napoleón III, el general Elías Forey, quien con un contingente mucho mayor que el de su antecesor se dispuso a lavar la afrenta conquistando la ciudad de Puebla. Después de un sitio que se prolongó por 62 días, del 16 de marzo al 17 de mayo, el ejército intervencionista apoyado por fuerzas conservadoras tomó la ciudad de Puebla guarecida por el Ejército de Oriente bajo las órdenes de Jesús González Ortega y auxiliada por el Ejército del Centro comandado por el general Ignacio Comonfort.

Pese a que el saldo final resultó en la pérdida de Puebla —considerada en esa época la segunda ciudad en importancia de la República— y el desmembramiento del ejército republicano, el sitio de 1863 no carece de mérito y gloria para los sitiados ni de orgullo para el resto de los mexicanos de ayer y de hoy.

Con la intención de que sean los participantes directos de este episodio bélico quienes narren su experiencia, hemos dejado de lado la abundante obra historiográfica y elegido para esta breve antología, textos producidos por los propios protagonistas: Jesús González Ortega, Juan de Dios Peza, Ignacio Comonfort, Francisco de Paula Troncoso, Tirso Rafael Córdoba y Tranquilino Cortés, entre otros. Textos en su mayoría escritos al momento en que las acciones se desarrollaban.

